

*Lena Wolf*

**JUEGOS SALVAJES**

*John*

**JUEGOS SALVAJES:**  
**John**

Copyright © 2018 Lena Wolf  
Título: Juegos Salvajes: John  
1a Edición diciembre 2018  
All rights reserved.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento.

ISBN: 9781791794422

Sello: Independently published

A mi caracol zombi y mi malvada bruja pelirroja.

Dos personas sin las que todo esto no habría sido posible.

## Prólogo

Seguía mirándole fijamente, cerró un segundo los ojos para después volverlos a abrir, John tragó saliva de manera instintiva, no había imaginado que su reencuentro sería así. En realidad, no se había permitido el lujo de soñar con ello, ni había fantaseado con que ella abriera sus brazos y lo perdonara. Desde que Lena se había marchado todo había sido un descontrol, ya no tenía rumbo, ni Norte ni Sur. Había perdido la cabeza y el sentido de la vida en general.

—La idea de que pudieras quererme —dijo ella con un hilo de voz haciéndole regresar al presente, del cual se había evadido por un instante— hizo que me quedara, cuando descubrí que todo estaba en mi cabeza, que tú jamás lo harías, eso fue lo que me hizo abandonar.

Y con esas palabras John sintió como todo su mundo se derrumbaba, si no lo estaba ya. Todo a su alrededor carecía de sentido, ella era lo último a lo que podía aferrarse, la última bala que le quedaba en la recámara para matar sus miedos, antes de dispararse a sí mismo. Tragó saliva sintiendo como casi se atragantaba al hacerlo, y se atrevió, por primera vez en todo ese rato, a alzar la mirada hasta conseguir clavarla en ella. El rostro de Lena permanecía sereno e impassible, mientras que sus propios ojos hacía ya un rato que se habían empañado de humedad. Se sintió pequeño, minúsculo, encogiéndose más y más a cada palabra suya.

—Siento todo el daño que te hice. Por eso he venido, necesito pedirte perdón... Yo solo... —trató de explicarse.

—No John, no lo sientes porque jamás lo hiciste. No te confundas, no es mi perdón lo que buscas, solo quieres aligerar tu carga para poder dormir por las noches con la conciencia tranquila. ¿Quieres que te diga que no pasó nada? ¿Que solo fue una estupidez sin importancia? ¿Que no me odio? ¿Que nada más fue un juego al que me presté para jugar? —comenzó a decir ella.

—Lena —intentó interrumpirla.

—¿Quieres que te mienta o quieres la verdad? Si no recuerdo mal, eres un gran defensor de aquello que tú crees que es lo correcto, y enarbolas la verdad por bandera, así que no voy a mentirte para evitar que sufras. Me duele. Me

duele todo el rencor que tengo dentro —le espetó señalándose el pecho—. No puedes tener ni la más remota idea, de lo que me duele acostarme cada noche maldiciendo el día en que te cruzaste en mi vida, me duele recordar cada beso que me diste, cada caricia, cada noche que me dormí abrazada a tu cuerpo pensando que por fin mi vida iba a mejorar, que podría ser feliz, y ¿sabes qué? Lo que más dolor me causa, es recordar lo estúpida que fui, pensando que podrías llegar a amarme... ¡Ja! Tú no puedes amar a nadie, eres incapaz —le escupió. Lena aguardó a que sus palabras calaran en él, y cuando comprobó que así había sido, pues John había vuelto a clavar la mirada en el suelo recorriéndole un escalofrío por todo el cuerpo, decidió continuar. No quería hacerle más daño, sin embargo necesitaba decirle toda la verdad—. Un día no muy lejano dejará de doler, te olvidaré y será como si jamás hubieses existido. No serás ni siquiera ese efímero recuerdo que me desvele por las noches, no serás nada —sentenció sin quebrarse la voz.

Lena le observó por última vez antes de marcharse. No sabía ni de dónde había sacado las fuerzas para soltarle todo lo que acababa de decirle, por lo que se sintió por un segundo, orgullosa de sí misma.

John quiso llamarla, hacer que se detuviera, agarrarla del brazo y aferrarse a su cintura, necesitaba llorar con ella y por ella, anhelaba que estuviese a su lado, sin embargo, Lena se fue alejando sin ni siquiera echar una mirada atrás, como supuso que tampoco había hecho el día que se marchó. Se quedó parado en medio de esa calle, una calle cualquiera de una ciudad cualquiera, donde todo a su alrededor seguía su ritmo, todo bullía con aparente normalidad ajeno a que él estaba ya, más muerto que vivo. Lo había tenido, lo había rozado con la punta de los dedos y lo había perdido. Ahora, todo carecía de sentido. Moverse de ese punto concreto en el que ella le había dejado, fue el mayor esfuerzo que tuvo que hacer nunca, sin embargo lo hizo, ese último sacrificio que exigía su vida. Entró en un bar y dejó un billete sobre la mesa. El primer trago quemó su garganta, whisky mezclado con dolor, así era el sabor amargo de la derrota; el miedo lo tragó con el segundo, la tercera copa, tiró abajo todos los momentos felices, que también los había habido, aunque su mente ya mermada con los vapores del alcohol, se empeñaba en no recordarlos. Y así logró descender hasta lo más profundo de su ser, todo lo que se le atragantaba en la garganta desde hacía tiempo. Lena solo era esa página incompleta que había querido terminar de escribir. En el libro de su vida, ella era el capítulo que marcaba el inicio del final, pero sin duda, el desenlace venía de la mano de esa otra mujer de ojos fríos y movimientos calculados. Solo evocando su

nombre, todo su cuerpo se estremecía y el corazón se le encogía.

Habría querido poder decirle a Lena que ahora la entendía, que le habían pagado con su propia moneda, o usando una analogía más propia del campo médico, ese que ya jamás sería el suyo, había probado su propia medicina. Había amado y le habían usado, para él el amor, era una auténtica estupidez. Él le había partido el corazón a Lena, para poco después ser él quién tuviera el corazón roto. ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Qué cruel broma del destino era esa? ¿Quién se había empeñado en jugar con ellos para no dejarles ser felices? Podría haberla querido, de hecho, a veces lo pensaba, debería haberla amado, si se hubiera enamorado de ella, todo habría sido más sencillo si él también hubiese sentido lo mismo. Se maldecía por no haber sido capaz de quererla. Ahora ella estaba rota, aunque sabía que podía tener solución, Lena podía dejar que alguien reparara su maltrecho corazón, aunque el suyo estaba roto sin remisión.

Tomó un último trago e intentó levantarse, cosa que hizo con mucha dificultad. Él había sido siempre un buen tío, con un gran porvenir, sin embargo en algún punto del camino se había desviado de su objetivo.

—¡Eh amigo! —gritó un hombre a su espalda—. Será mejor que llames a alguien, no estás en condiciones de conducir.

Claro que iba a hacer una llamada, la última. Esperaba que no fuese demasiado tarde.

La noche era fría, las fiestas navideñas habían quedado atrás, pero lejos de molestarle, ese frío le reconfortó. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y entre brumas, buscó su número en la agenda. Sabía que lo había cambiado, pues no quería saber nada de nadie, no obstante no le había sido difícil conseguirlo. Marcó y rezó para que fuese el contestador lo que le diera paso y sonrió cuando fue así, al menos al final, el destino se ponía un poco de su parte. Esperó a que el pitido le diera turno para poder hablar. Tenía la lengua dormida, la voz pastosa, la mente nublada y las palabras se negaron a salir con fluidez, aun así consiguió formular la frase que llevaba horas creando en su cabeza.

—Tienes que lograr arreglar lo que nosotros jodimos. Sé que la quieres. Solo tú puedes hacerla feliz.

Colgó. Tiró el teléfono en la primera papelera que se cruzó a su paso. Caminó errante, pero con rumbo fijo. Esperaba, al menos, haber hecho una última cosa buena.

# Capítulo 1

*6 meses antes*

John terminó de fregar el último plato que dejó sobre el paño de cocina recién extendido. Se pasó el dorso de la mano por la frente, y volvió a pensar que tenía que llamar al casero para que les arreglara de una vez el aire acondicionado o no pasarían de ese verano, era imposible vivir con tanto calor, y lo peor estaba por llegar, o al menos eso decían en las noticias, solo estaban a principios de verano y ya era asfixiante. Las previsiones más fatalistas hablaban del verano más caluroso de las últimas décadas. Dejó el trapo sobre la mesa, aunque antes de salir de la cocina abrió el frigorífico para coger una lata de refresco, y no pudo evitar fijarse en el hueco del primer estante, ese en el que Max solía poner las guarradas energéticas y los yogures proteicos que tomaba. Resopló antes de cerrarlo, abrió la lata y dando un largo trago salió de allí en dirección al salón.

La casa estaba solitaria y silenciosa, algo bastante inusual, haciendo que todo a su alrededor le pareciera un tanto irreal. Cientos de veces había querido llamar a Max o ir a buscarle, deseaba pedirle perdón por lo que fuese que había hecho, y suplicarle que volviera, que todo sería como antes. Después recordaba que ya nada podría ser igual, y abandonaba esas ideas, hundiéndolas en lo más profundo de su subconsciente, el problema era que flotaban, y a los pocos días volvían a la superficie de su mente, y de nuevo la tentación de llamarle regresaba. Cada vez le costaba más no hacerlo, sin embargo si algo tenía claro era que Max necesitaba tiempo, no sabía muy bien para qué, pero con Max lo mejor era «dejarlo pasar» y cuando se calmara, lo más probable sería que podrían solucionarlo todo. O eso esperaba, pues le necesitaba en su vida, como había estado siempre.

—Me largo —anunció Heit desde el quicio de la puerta.

Llevaba puesto un traje azul marino e iba impolutamente peinado, a pesar de que era sábado y se suponía que no trabajaba. El caso era que en las últimas semanas, John ya no sabía ni cuándo entraba ni cuando salía, cuándo trabajaba o no, en realidad, Heit se había vuelto más hermético aún. Era

imposible acercarse a él en ese estado en el que se encontraba. Casi prefería los arrebatos de Max, más sonoros, más destructivos, aunque más entendibles y manejables, con Heit era imposible saber si estaba triste, contento, enfadado o alegre. Descifrarle tras esa máscara de indiferencia con la que escondía su verdadera faz cada día, se había vuelto en un ejercicio demasiado complicado e infructuoso. John llegaba a preguntarse si siempre había sido así y no había querido verlo, el caso es que no recordaba tanta hosquedad en su amigo, siempre había sido un chico complicado, con pocos amigos, solitario... sin embargo el Heit que ahora estaba frente a él había ascendido unos cuantos peldaños su nivel de psicopatía.

—Oye, que teníamos que hablar —le recriminó John—. Es importante.

—No, no lo creo.

—¡Joder Heit! Este mes podremos pagar el piso, pero sin Max va a ser complicado seguir aquí, y a mi me encanta este apartamento.

—¿Y la solución es? —inquirió Heit mirando impaciente el reloj que adornaba su muñeca.

—Ya te lo dije, tenemos que alquilar la habitación.

—Pues hazlo —respondió Heit con indiferencia.

—Está bien, pondré un anuncio —claudicó John viendo que no llegaba a ninguna parte la conversación.

—Bien —acotó Heit que entró un segundo a la cocina y volvió a salir—. Oye, procura que no sea una tía ¿vale?

John sonrió casi sin ganas, Heit no dio muestras de hacerlo ni con ganas ni sin ellas. Su sonrisa parecía que había quedado soterrada bajo ese rictus de amargado que arrastraba las últimas semanas.

—¿Trabajas hoy? —inquirió John.

—Horas extra y llego tarde —declaró Heit.

—Quiero hablar contigo —dijo John.

—Y yo quiero la paz en el mundo... Parece que ninguno de los dos va a tener suerte hoy —replicó socarrón.

—Eres imbécil.

—Lo sé —afirmó desapareciendo escaleras abajo.

John cerró de un portazo y se fue al salón, se dejó caer en el sofá abatido. Todo había cambiado mucho en las últimas semanas, y no le gustaba como estaba todo ahora. Le encantaban los cambios, como a todos, solo si estos eran para bien, y no como en este caso que parecía que todo estaba a punto de desmoronarse a su alrededor. No quería a un extraño en el piso, sin embargo

tenía que ser realista con la situación, y esa era que no podían afrontar los gastos ellos dos solos, aunque Heit parecía no querer verlo. Esos pensamientos le llevaron de nuevo a la idea de llamar a Max, puede que todo tuviera solución, se animó a sí mismo, para instantes después ser sincero y dejar de engañarse, Max jamás volvería, su amistad se había ido al garete por una mujer. Maldita mujer. Cerró los ojos para dejar que ese sábado pasara lo más deprisa que pudiera.

Esa mañana John se levantó más temprano de lo normal, había quedado con un par de posibles candidatos para ocupar la habitación vacía, la que había sido la de Lena. Heit, una vez Max estuvo fuera del piso, decidió quedarse en la habitación del final del pasillo y no regresar a la suya propia, la verdad era que John no terminaba de entender el motivo, pues tenía más luz y se había cabreado mucho cuando había tenido que mudarse a la del final del pasillo que decía detestar. El día que tocó empaquetar todas las cosas de Lena, Heit buscó un pretexto para marcharse del piso, y desde ese día estaba más taciturno todavía, si es que eso era posible. John tuvo que decidir qué hacer con la ropa y los objetos personales de Lena, primero fue a ver a Vicky, la amiga con la que se alojó y por la que acabo con ellos aquella tarde, sin embargo ella no había vuelto a saber nada de Lena. Como ahí terminaban sus contactos para poder localizarla dio la ropa a la parroquia y los libros a una biblioteca, ¿qué más podía hacer? Y con ese pensamiento llegó a la cocina para preparar café. Las mañanas eran menos llevaderas desde que no se lo encontraba recién hecho ni con tostadas calientes.

—Me voy —anunció Heit apareciendo por el pasillo vestido de manera impecable.

—Ah no, y una mierda, a mí no me dejas solo con el marrón, que ya viste lo que pasó la última vez —replicó John sonriéndole con picardía, aunque no arrancó ni una pequeña expresión en su compañero—. Heit, no me jodas —susurró con los dientes apretados.

—A ver, ¿qué quieres?

—Solo que estés aquí y me des tu opinión, los dos vamos a tener que vivir con un desconocido, al menos que lo hayamos decidido debemos decidir juntos ¿no?

Heit rebufó, dejó el maletín sobre uno de los taburetes dispuestos alrededor de la barra, y salió con el móvil en la mano para poder advertir que ese día no podría ir a trabajar. No hacía falta que dijera que estaba cansado, lo estaba, mucho, y no hacía nada para evitar que se le notara. Odiaba estar en esa casa,

y no, no era que las paredes se le cayeran encima, lo que le estaba sepultando en vida eran todos los recuerdos, todos los momentos vividos, todo tal como pasó, y todo como le gustaría que hubiera pasado. Si permanecía allí era por John, más que un amigo, era un hermano, y ya había perdido a Max, no quería también perderle a él. Por eso soportaba estar en ese apartamento, sobreviviendo que a cada instante le atacara la imagen de Lena. Lena vestida, Lena desnuda, Lena, Lena, Lena...

—Heit... ¡Heit! —gritó John haciendo aspavientos para llamar su atención, pues el chico se había quedado parado en medio del pasillo con la mirada perdida en ninguna parte.

—¡Me cago en todo! —rebufó Heit asustado, ya que no había advertido que John le había seguido—. Deja de hacerme eso o un día al girarme te suelto una hostia.

—Pues escúchame cuando te hablo —se quejó John, que comenzaba a estar harto de todo eso.

—Empiezas a hablar como una tía.

—¿Sabes una cosa Heit? —susurró captando su atención—. ¡Vete a la mierda!

—¿A la mierda? —inquirió—. A la mierda... —repitió sin poder evitar soltar una carcajada—. ¡Ya estoy en ella! —gruñó encerrándose en el baño, que era la puerta más cercana con la que poder dar un portazo.

—Pero... ¡¿Qué haces en el baño?! —le interrogó John sorprendido. Heit abrió la puerta y salió con los puños y los dientes apretados.

—¡Yo qué sé! —exclamó.

—De verdad tío, cada vez estás más loco.

—Y tú cada vez... —ambos se miraron, Heit intentó dilucidar en su agitada mente algún mal calificativo para su amigo, sin embargo se había quedado en blanco, algo que detestada y que sucedía con mayor frecuencia en las últimas semanas— Cada vez... Aahhhh —siguió intentando pero nada, no se le ocurrió qué decir, así que se rindió—. ¿Y cuándo dices que vienen los candidatos?

—El primero debe estar a punto de llegar. Es un estudiante de...

—Paso de estudiantes.

John enarcó una ceja. Heit bufó y se dirigió hacia la cocina donde se sirvió un café, después buscó en su maletín hasta encontrar algo para el incipiente dolor de cabeza, y que bien seguro iría a más a lo largo de ese tedioso y aborrecible día.

El primer chico resultó ser una copia barata de John, esa fue la sensación

que le dio a Heit. Estudiante de farmacia, de buena familia, educado, correcto, un auténtico muermo. Hablaba como si quisiera sentar cátedra con sus frases lapidarias y sus vastos conocimientos en un montón de temas, que a Heit le parecían de lo más absurdo e inútil. Para lo único que podía servir un estudiante de farmacia era para conseguir cosas para colocarse, y en eso ya iba servido. El chico rechazó el refresco porque no tomaba nada con azúcar, también el café, pues la cafeína era un estimulante demasiado fuerte, y rehusó el hacer bote para la comida. Un auténtico gilipollas. Heit se sentó en el taburete, mientras John terminaba de despedir al energúmeno del cual ya ni recordaba el nombre.

—Me gusta —dijo John al entrar— parece buen tío y...

—Ni de coña.

—¿Sin más? —inquirió John.

—Es un pedante, me recuerda a ti, y ya tengo bastante con el original como para que intentes endiñarme una copia barata. Solo le faltaba el «made in china». Paso —declaró Heit.

—Mira, no tengo ganas ni de pelearme contigo —bufó John—. Pasamos de él, a ver el siguiente. Pero joder Heit, intenta tener la mente un poco abierta y receptiva, por favor. No eternicemos esto, no es necesario.

—No es mi intención eternizar nada, de hecho, quiero terminar cuanto antes.

—Estamos de acuerdo en algo.

Era casi la hora de comer cuando el siguiente posible nuevo inquilino llegó al piso. Lo hizo con casi una hora de retraso por la que no se disculpó. Era algo mayor que ellos, bien vestido, engominado y acarreaba un maletín que parecía pesar más que él. Heit lo observó de hito en hito, mientras el hombre, que se llamaba Carlos, hacía lo propio con la que podía ser su habitación. Parecía examinarlo todo a conciencia, cosa que molestó sobre manera a Heit, aunque a esas alturas ya todo le molestaba.

—¿Y eso? —le susurró Heit a John señalando el maletín que el hombre no había soltado ni un segundo.

—¿Qué pasa, te molesta no tener la exclusiva en maletines?

—¿Llenos de droga? Sí.

John le miró entrecerrando los ojos, sopesando hasta que punto podía Heit estar en lo cierto. ¿Droga? Miró con suspicacia e incluso olisqueó, hasta que se sintió un poco absurdo haciendo eso.

—No está mal —dijo Carlos saliendo al pasillo, donde un sorprendido

John le hizo un gesto para que le siguiera—, la verdad es que es lo mejor que he visto hasta el momento. Buena zona, la habitación es grande y el salón es perfecto.

Heit les siguió un par de pasos por detrás, sin perder de vista el sospechoso maletín. Era un tipo fuerte, y la cabeza rapada le daba un aire aún más imponente. Parecía algo rudo y arrogante... No recordaba cómo se llamaba.

—¿De qué trabajas... ahh...?

—Carlos —repitió mirándole, pero sin mostrar una evidente molestia porque no recordara su nombre—. Soy representante musical, bueno, lo era —rectificó de inmediato—, acabo de firmar un contrato con una discográfica para ser su nuevo «cazatalentos», así que, si todo va bien, esto de compartir piso será solo de manera temporal.

—Vaya... —John dejó unos refrescos sobre la mesa y se sentó al lado de su amigo.

—¿Viajarás mucho? —quiso saber Heit dando un trago de la lata.

—Es posible, sí. ¿Ventaja o inconveniente?

—Si pagas todos los meses ventaja —respondió Heit.

—Eres un tipo práctico. Puede que algunas semanas esté más tiempo fuera que aquí.

—No hay problema —se apresuró a decir John.

—Solo hay un pequeño detalle, sin mucha importancia tampoco. El traslado ha sido algo precipitado —explicó con voz pausada mientras vertía su refresco en un vaso—, y no he podido organizarme muy bien con mi chica, así que puede que algunos días, ella venga aquí.

John esbozó una media sonrisa sin poder evitar ese pequeño destello de maldad al mirar a Heit que, a diferencia suya, las palabras de Carlos no habían despertado idea ni interés alguno.

—Puede que nos deje follárnosla —gesticuló John en su dirección con discreción, pero de nuevo Heit no dio muestras de querer seguirle la corriente, no tenía ganas de bromas.

John rebufó, cansado del mal humor que arrastraba Heit desde que... sacudió la cabeza.

—Si tiene que ser un problema... —comentó Carlos.

—No —atajó John—. Bueno, no tiene porqué.

—Depende cuántos días sean «algunos días» —replicó Heit con su habitual tono metálico en la voz.

—Si queréis podemos hacer lo siguiente: si la estancia de Angélica se alarga más de lo normal puedo pagar un plus en el alquiler de ese mes.

—Me parece correcto —convino Heit satisfecho—. Podemos añadirlo en el contrato.

Carlos se levantó dando un último vistazo a su alrededor, su presencia en sí era imponente. Se pasó la mano por el mentón, cómo si estuviera meditando alguna cosa antes de volver a fijar su vista en ellos, que aún permanecían sentados.

—¿Qué pasó con el otro inquilino? —se interesó de pronto, como si eso fuera de alguna importancia para él.

Los chicos no pudieron evitar mirarse, el primero en desviar la mirada fue Heit, pues pensar en Max le escocía aún, porque al hacerlo era inevitable acordarse de Lena, y eso no era escozor, era dolor directamente. De ese tan lacerante en medio del pecho que no le dejaba ni respirar, y que le hacía preferir que alguien le arrancara la piel a tiras.

—Se marchó por trabajo hace unas semanas —atajó John haciéndose con la situación—. De un día para otro, por lo que no nos ha dado mucho margen de maniobra, sin embargo la habitación como ya has visto la hemos vaciado y aseado, está para instalarse.

—Quinientos, ¿verdad? —quiso asegurarse—. Está bien. Me la quedo.

—Genial —bufó Heit contento por haber terminado ya el trámite, y de haberle subido doscientos de más que el idiota se había tragado sin masticar—. Redactaré un contrato y...

—¿En qué trabajáis? —quiso saber Carlos volviendo a tomar asiento, y cogiendo de nuevo el vaso de refresco.

Heit sopló y volvió a sentarse de nuevo, parecía que el nuevo compañero de piso era de esos a los que le gustaba hablar, y a esas alturas él prefería un tiro en la nuca que socializar, no obstante se obligó a tomar aire para responder.

—Asesor financiero —acotó sin más.

—Vaya, eres muy joven.

—Y soy el mejor, no tengo escrúpulos.

—Entonces eres un grandísimo mentiroso y lo llevas con orgullo —rio Carlos, no así Heit, pero él ya no lo hacía nunca—. ¿Y tú? —inquirió dirigiéndose a John.

—Estudio medicina, último año —respondió.

Obvió decir que era el segundo año que estaba en el último año...

—¿Bromeas? —sonrió Carlos—. Entonces me puedo poner enfermo con tranquilidad... Me gusta, creo que vamos a llevarnos muy bien.

Heit no pudo evitar agriar el gesto. Despidieron a Carlos casi una hora después, todo fueron preguntas junto con una charla intrascendente, que solo sirvió para encender el ánimo de Heit, que no paró de resoplar en todo el rato. John cerró la puerta despacio, suspiró un segundo y tomó aire, pues ahora tocaba enfrentarse a su amigo. Ya no sabía ni por dónde ni cómo conseguir que soltara lastre, pero de seguir por ese camino, Heit terminaría hundiéndose sin más.

—Bien ¿no? —preguntó John dándose la vuelta, intentando buscar qué era lo que pensaba en realidad Heit.

—Un gilipollas, pero pagará el mes entero y puede que haya semanas que ni lo veamos. A mí me vale con eso.

—Heit, me desesperas —se quejó John—. ¿Podemos hablar? —propuso.

—¿Ahora? ¿Antes de comer? Tengo hambre.

—Pues después.

—¿En serio? ¿Recién comidos? ¡Que indigestión!

—¡Basta! —gritó John sin poder aguantar más—. Se ha ido, ¡supéralo!

—No sé de qué me hablas —replicó Heit encogiéndose de hombros.

—Tienes dos opciones Heit, o seguir con tu vida o ir tras ella... Yo lo tengo claro, mi vida sigue, pero tú debes decidirte ya o vas a terminar volviéndote loco y volviéndome a mí.

—Sigo sin saber de qué cojones me hablas.

—Ya, claro... Heit, cuando aceptes que estás hecho polvo por culpa de Lena, estaré aquí para aguantar tu mierda, emborracharnos o lo que sea que hagan los tipos como tú para superar un trauma, pero por favor, haz algo ya, porque esto es insoportable.

Heit lo miró con odio, ¿desde cuando se había vuelto tan transparente? No dijo nada, temía que de hacerlo eligiera mal las palabras, que su voz o actitud le delataran en algo y no se lo podía permitir.

—Insoportable soy yo, no la situación —sentenció antes de desaparecer hacía su habitación.

—¿Qué quiere decir eso? —repuso John siguiéndole, sin embargo Heit le dio con la puerta en las narices.

El día que Carlos hizo el traslado, Heit no apareció en todo el día. Ya no le extrañaban esas ausencias, los primeros días se preocupaba, y no dejaba de llamarlo, pero después de unas semanas ya era habitual que Heit estuviese más

tiempo fuera que dentro de casa. Supuso que cada uno tenía su manera de enfrentarse a lo que había pasado, Heit ocupaba todas las horas que podía en el trabajo, para él era fingir que no había pasado nada, y estaba contento con esa decisión. Lena no había existido, y cuando se colaba en sus sueños, que solía hacerlo bastante a menudo, intentaba olvidarlo al despertar. Era la única manera de poder seguir adelante, no podía volver a casa de sus padres, cómo seguramente había hecho Max, ese era un paso atrás que no estaba dispuesto a dar. Y tampoco podía enloquecer como Heit, no podía permitírselo, no estando el final tan cerca, todo su esfuerzo, todos esos años, tantas horas y horas de estudios, de prácticas, todo... No iba a renunciar a su futuro por nada ni por nadie, aunque ese alguien fuese Lena.

Cerró la puerta de la habitación y se tumbó en la cama para descansar un poco, se sentía agotado esas últimas semanas, y el calor no ayudaba en absoluto. Fuera, en el pasillo, se escuchaban los pasos de los chicos de la mudanza, que estaban llevando una caja tras otra a la antigua habitación de Lena, y no pudo evitar recordar su mudanza, tan solo esa bolsa de deporte con la que llegó, y un par de cajas más que recuperaron de su antiguo piso, eso era todo lo que ella tenía y todo lo que se dejó al marcharse, pues se fue sin nada. De nuevo, ella. John se giró sobre sí mismo para alcanzar el móvil, pasó el dedo por la pantalla y se fue directo a la galería de imágenes. Había borrado todas las fotos de los últimos meses, todas salvo una. Observó esa instantánea que recogía la felicidad del momento. Una tarde cualquiera, en esa misma cama, Lena estaba despeinada y tenía las mejillas sonrosadas, acababan de hacerlo, aún se adivinaba el brillo de placer en sus encendidos ojos almendrados que tenía clavados en él. Mirar esa fotografía hacía que se le encogiera el estómago y se le partiera el corazón, y después de ese sentimiento, venía, como cada vez, un desfile de tantos otros. Y de nuevo esa pregunta ¿por qué? Y pasaba de la pena al enfado, ¿por qué no había parado todo eso? Él fue un cobarde por no atreverse, y ella... ella... No entendía qué era lo que la había movido a soportar todo lo que en ese piso había vivido. Al principio pensó que lo hacía por que no tenía más opción, pero conforme las semanas fueron pasando esa idea quedó relegada por otras, como que pudiera ser que le gustara, ¿podía Lena disfrutar con todo eso? Llegó a pensar que sí. Ahora no lo tenía tan claro. Si no era una cosa ni la otra, no entendía por qué había aguantado siete meses allí. Ella decía que le quería, John miró la pantalla de móvil, verdaderamente en esa foto le miraba con ojos enamorados, no obstante además de preciosa y desesperada, Lena también era una chica

lista, muy lista, John estaba convencido que ella tenía que saber que el amor nada tenía que ver con eso... así que su pensamiento entonces se reducía a uno: jugó. Lena jugó con todos. Ellos pensaban que tenían el control, sin embargo puede que en el fondo siempre hubiese dominado ella. Sabía como hacerlo, esa tarde se presentó ante su puerta con un propósito, encontrar un lugar donde vivir y lo cumplió.

Fuera en el pasillo dejaron se escucharse voces y pasos, lo más probable era que los de la mudanza ya hubiesen terminado. John volvió a mirar esa fotografía, la única que le quedaba, la que no había tenido el valor de borrar. Dejó el móvil en la mesilla, abrió el cajón y sacó de ahí dentro esos tres papeles que habían sentenciado su amistad con los que, hasta ese momento, había considerado sus hermanos. El contrato de sumisión, ese maldito contrato... a veces volvía a leerlo, y de nuevo miles de preguntas se agolpaban en su mente, la primera de todas era la de cómo había permitido él algo así.

Si esa tarde la hubiese dejado marchar...

Max jamás pensaba lo que salía por su boca, era así, espontáneo y visceral, Heit... Heit era un misterio que llevaba desde el colegio intentando resolver, pero él se suponía que era el sensato de los tres, el que ponía cabeza en todas las locuras, sin embargo en esa había fallado. Pensó que lo mejor que podía hacer era cumplir el contrato, todo lo que había escrito en esos malditos papeles, y lo había hecho, punto por punto. A veces pensaba que era el único que se había tomado eso en serio, el único que había respetado todo lo que habían acordado.

—Pues parece más grande de lo que me decías.... ¡Uy! Perdón.

John alzó la mirada hacia la puerta que se acababa de abrir para descubrir ahí, a una mujer con gesto sorprendido. Debería rondar los treinta y bastantes, era alta y robusta, con las curvas en su sitio, una despampanante delantera y una melena rizada que caía en cascada hasta más de media espalda de un tono anaranjado, como los últimos rayos de sol. John tragó saliva con dificultad, mientras se levantaba intentando que no se evidenciara su aturdimiento.

—Ho-hola —farfulló dejando los papeles que tenía entre las manos sobre la cama—. Soy John.

—Yo soy Angélica, la pareja de Carlos...

Se disculpó desde la puerta mirando en todas direcciones por el pasillo, parecía dudar.

—Oh vaya. ¡Joder! Sí, sí... Claro... —John se acercó para darle la mano

—. Su habitación es la de aquí al lado, no tiene pérdida —dijo sonriente.

—Perdona, siento haberte interrumpido... aunque así ya te he conocido — comentó guiñándole un ojo.

—Claro, si necesitáis cualquier cosa estoy por aquí.

—Gracias John, y siento mucho la intromisión.

Angélica cerró la puerta tras de sí dejándolo ahí parado, John sacudió la cabeza, pues pensamientos impuros habían empezado a enturbiar su mente. Si algo bueno había tenido la existencia de Lena era que le había abierto las puertas un mundo nuevo, esos meses atrás había descubierto que el sexo no tenía por que ser solo sexo, que el acto sexual englobaba mucho más de lo que jamás había llegado a imaginar. Y era asombroso todo lo que se podía hacer, era fascinante el abanico de posibilidades que se había abierto ante él, todo un submundo por descubrir, desde dominar a ser el dominado, el placer de solo mirar, juegos que escapaban de su control, intercambios, tríos... Lena le había dado la oportunidad de conocer algo que jamás había sabido que llevaba dentro. Y ahora mismo, en ese instante, su mente volaba un poco más allá con esa mujer con la que solo había cruzado dos palabras. Era extraño, pero lo prohibido hacía que su libido se disparase de un modo inimaginable.

—¡Joder! —rezongó palpando la creciente erección que había nacido en él —. Hay que joderse —soltó entre risas.

Cogió las llaves para perderse un rato en la recién redescubierta vida nocturna de la ciudad, había un par de locales que había empezado a frecuentar que no estaban nada mal, compañía femenina de moral laxa, justo lo que necesitaba esa noche.

Cuando amaneció se dio cuenta de dos cosas, que ya no tenía edad para trasnochar, y que su cuerpo ya no toleraba de igual modo el alcohol. Se levantó a duras penas arrastrándose como un zombi hasta el baño donde se encerró. Tenía mala cara, pensó mirándose al espejo. Se pasó un poco de agua esperando que eso le despejara un poco, se cepilló los dientes y pasó un cepillo por el pelo, que empezaba a estar un poco largo para su gusto, tenía que encontrar un hueco para ir a que se lo cortaran.

El apartamento estaba silencioso, un silencio al que poco a poco se había tenido que acostumbrar. Se suponía que Carlos no se mudaría hasta el lunes siguiente, y si la memoria y la resaca no le confundía, era sábado. Heit era un misterio, bien podía estar en su cama durmiendo, como llevar horas trabajando. Ya no le contaba nada. Entró en la cocina y sacó de manera mecánica la cafetera del primer armario, la rellenó de agua y la dejó sobre el

fuego. Mientras esperaba a que se hiciera el líquido vital anti-resacas sacó pan de molde y la tostadora. Rodeó la barra que separaba la cocina del comedor, y se dirigió al mueble del fondo, al lado de la ventana, donde guardaban los medicamentos, rebuscó hasta encontrar algo para el dolor de cabeza, aunque por la intensidad del dolor, una pastilla no sería suficiente. No fue hasta que se acercó a la nevera a por la leche que no vio el papel perfectamente doblado colgado de unos de los imanes, el imán con una letra J, el imán con la M hacía un par de días había desaparecido. Cogió ese trozo de papel y lo observó reticente a abrirlo, no obstante tenía que hacerlo si quería saber, qué oscuro secreto escondía en su interior, y sabía que, cuando lo hiciera, no le gustaría lo que allí leyera. No se equivocó.

*«Lo siento»*

*Heit*

John dio un par de vueltas al papel, buscando el resto del mensaje, eso no podía ser todo, vale que Heit siempre había sido parco en palabras, pero eso le parecía demasiado hasta para él.

¿Qué era lo que sentía? ¿Se había acabado la leche? ¿Le había cogido el coche sin permiso? ¿Había roto su taza favorita? John dudó un poco, dejó de nuevo el papel enganchado con su imán, en el mismo sitio donde lo había encontrado. Apagó el fuego en el que estaba la cafetera, sirvió un poco de líquido en una taza para que se fuese atemperando, y se dirigió a la habitación del final del pasillo para ofrecerle un poco a Heit, y preguntarle por la enigmática nota. Golpeó con delicadeza con los nudillos y esperó respuesta, pero en el interior no se escuchaba nada.

—¿Heit? ¿Estás? Creo que no entiendo tu nota.

Abrió poco apoco, metió la cabeza por esa rendija y lo que vio hizo que terminara abriendo la puerta de un empujón. John miró incrédulo en todas direcciones. Se adelantó un paso al interior, y pestañeó pensando que aún estaba bajo los efectos del alcohol. No podía ser, allí no había nada de Heit. Ninguna de sus pertenencias, todo había desaparecido. John se apresuró a abrir los armarios, los cajones, miró bajo la cama, pero Heit se lo había llevado todo. No quedaba rastro de él ni de su paso por el apartamento, era como si jamás hubiera existido.

—Pero...

Se sentó en el borde de la cama de Max, aún llena de cosas suyas y miró aturdido esa habitación sin entender muy bien, qué era lo que acababa de

pasar, sintiendo como una losa lo aplastaba de golpe.

—Joder Heit... ¿Cómo me has hecho esto? —dijo sin poder evitar romper a llorar.

## Capítulo 2

La boca de esa chica se enredó en la suya y John pensó, que si tenía que morir alguna vez, quería hacerlo practicando sexo, ¿o había mejor forma de morir que con una rubia arrodillada frente a él? Aunque lo de la rubia lo hacía extensible a cualquier color de pelo, tampoco iba a ponerse quisquilloso a estas alturas de la vida. Dejó que esa mujer lamiera su cuerpo por entero, regueros de saliva y marcas de carmín rojo decoraban ahora su entrepierna, le gustaba esa sensación de saber que tenía, pero no tenía el control. Ese era el juego. En esa habitación la premisa era dejarse llevar y dejarse hacer, nada más. Atado a esa silla había disfrutado de un desfile de mujeres, que solo pretendían buscar su felicidad haciéndole alcanzar las más altas cotas de placer. Él no podía tocarlas, sin embargo ellas a él sí. Y esa mezcla de goce y frustración hacía que todo su cuerpo y su mente ardieran. Follar era más que meterla en caliente, ahora lo sabía y disfrutaba mucho con ello. Era el poder de la mente, el jugar a imaginar, el querer y no poder o el poder y no querer, era toda una mezcla de pensamientos, acciones y sensaciones que, una vez encontrado el punto exacto eran capaces de catapultarte a lo más alto del placer, a ese cielo prometido, el Nirvana.

Una segunda mujer se unió a la fiesta, John cerró los ojos y dejó su mente divagar, intentaba no centrarse en esas dos bocas que lamían su sexo, pero era imposible y pronto no pudo aguantarlo más y se dejó llevar. Cuando pudo volver a centrar la atención en cualquier cosa que no fuese el orgasmo descomunal que acababa de experimentar, dos pares de ojos le observaban con picardía, y mientras la morena seguía relamiendo su miembro la rubia hacía lo propio con el semen que había caído sobre el pecho de su compañera de juegos. John gruñó ante esa visión, e intentó en vano estirar la mano para poder alcanzarlas, pues necesitaba tocarlas. Eran dos ángeles del infierno dispuestas a hacerle enloquecer, y por más que forcejeaba, las cuerdas no cedían, su mente solo podía pensar en eso, en liberar sus ataduras para poder cogerlas del pelo, rozar sus pechos, o acariciar sus sexos, y ese pensamiento de todo lo que haría pero no podía, hizo que de nuevo su miembro reaccionara.

A veces pensaba que había perdido el control, pero después se percataba

que lo había cedido a ese segundo cerebro que tenía entre las piernas.

—Vaya —susurró la morena señalándole su reactivada erección—, tenemos aquí a todo un semental. ¿Qué pasa bonito, nos lo quieres poner difícil?

—Vamos a tener que esforzarnos un poco más, ¿no crees Tasha?

Antes de que la tal Tasha pudiese responder nada, la rubia ya estaba sentada a horcajadas sobre su miembro. John estiraba la cabeza para poder alcanzar sus labios, y la chica se divertía dejando que la besara a veces para después retirarse, para dejar sus labios huérfanos y con ganas de más. Esas ganas perduraban cada vez un poco más, y aunque aletargadas, parecía que ya se habían instalado en su subconsciente para no abandonarle jamás. Cuando conducía pensaba en sexo, mientras cocinaba, pensaba en sexo, y cuando Angélica, la novia de Carlos, se paseaba por el apartamento con esa ropa que dejaba poco a la imaginación, no podía ni quería evitarlo, pensaba en sexo.

Las dos chicas le hicieron disfrutar, eran todo un deleite para los sentidos. Se dejó embriagar por el ambiente festivo del lugar y perdió la noción del tiempo entre esas paredes. Cuando John salió del local lo hizo relajado y cansado, aunque no satisfecho, pues si bien su cuerpo se encontraba exhausto, su mente pedía más y más.

Había pasado una semana desde que Heit se había ido. Y como todas las noches John intentó volver a llamarle, sin embargo esa vez, y a diferencia de las anteriores, el móvil de Heit dio como resultado un mensaje frío e impersonal anunciando que ese número ya no pertenecía a ningún cliente de la compañía. John arrojó molesto y cansado el teléfono contra el colchón. Pensó en llamar a Max, para saber si había sabido algo de él, no obstante cuando tuvo de nuevo el móvil en la mano, desechó la idea. También podía intentar llamar al padre de Heit, pero sabía que la relación entre ellos no era demasiado buena, así que supuso, casi con la certeza de no equivocarse, que el hombre no sabría nada de su hijo.

John suspiró dejándose caer sobre la cama.

¿Dónde podría estar? No conocía a ninguno de sus compañeros de trabajo y jamás había hablado de otros amigos, ni siquiera conocidos. Hundió la cabeza entre las manos y suspiró de impotencia, no entendía nada y se sentía un estúpido por no haber anticipado todo eso.

—Maldita sea —gruñó golpeando la almohada, como si ella fuese la única culpable de todo lo que sucedía a su descontrolado alrededor.

Estaba enfadado, enojado con él mismo, con ellos, con ella, cabreado con

el mundo, con el planeta, el sistema solar y el universo. Le gustaban las cosas tal y como estaban antes, vivía bien, estaba estudiando sin presiones, se divertía, vivir con Max y Heit era genial, sin malos rollos, se lo pasaban de muerte, eran como hermanos y de pronto, todo se había ido a la mierda. Ellos eran su familia y se sentía traicionado y abandonado, totalmente dejado de lado y ¡maldita fuera! Nada de eso había sido su culpa, él había intentado disuadirlos de esa descabellada idea de convertir a Lena en su... Se negaba a ponerle un nombre a lo que había pasado entre ellos, aunque ahora sabía que lo tenía. Pero los dos se habían marchado y lo habían dejado, como si él fuera el responsable de lo que había ocurrido.

Y por si todo eso que ya de por sí atormentaba su cabeza fuera poco, encima estaban sus padres, que le atosigaban para que terminara de una vez la carrera. Resopló pensando que con ese soplo disiparía todo su mal humor, aunque estaba claro que ni aún siendo el lobo de los cerditos, lograría soplar tanto.

Escuchó ruidos al otro lado de la puerta, al menos en algo no se había equivocado, Carlos resultaba ser el compañero de piso ideal, casi siempre estaba fuera, trabajaba muchas horas y cuando estaba en el apartamento solía encerrarse en su habitación con los cascos puestos escuchando música. Era un compañero musicalmente silencioso. A veces cuando coincidían resultaba ser un tanto impertinente, con tantas preguntas y observaciones. Era de esa clase de hombres a los que les gustaba hablar y tenía mil batallitas para todo, lo peor era que también siempre contaba con algún que otro consejo que regalar a pesar de no haberlo pedido.

Salió de la habitación y se dirigió a la cocina, cogió de la nevera lo necesario para prepararse un bocadillo y en ello estaba, cuando Carlos apareció con los auriculares puestos y aire ausente.

—¡Joder! —gritó el hombre sobresaltado y se bajó los cascos—. Perdona, andaba en mi mundo, no sabía que estabas en casa, no te he escuchado llegar.

—Bueno, he llagado hace un rato —sonrió John.

—Oye, que raro lo de Heit, ¿no? —preguntó sin más Carlos.

John simplemente alzó los hombros y se centró en el apasionante mundo de los *sándwich*. Estaba claro que no tenía ganas de hablar, y menos sobre ese tema, sin embargo eso Carlos no lo entendió, así que firme a su intención de entablar una conversación fuese como fuese, prosiguió con sus preguntas.

—¿No sabes por qué se ha ido? —inquirió Carlos.

—La verdad es que no, no tengo ni idea —respondió John tratando de dar

carpetazo al asunto.

—Joder, el mentiroso era él eh, como médico te delata la cara —replicó Carlos con una carcajada.

—Puede.

—Eres un tipo de lo más extraño —dijo el hombre mirándole—. Suelo calar a la gente, pero contigo no consigo saber de qué palo vas, es como si tuvieras dos caras.

—Podría ser —contestó John encogiéndose de hombros.

—Heit estaba claro que era un cabronazo, a pesar de lo jóvenes que sois, se notaba que era un tipo curtido por los palos de la vida, sin embargo, tú...

John lo miró con cara de pocos amigos, lo que menos necesitaba era que un Jason Statham con ínfulas de psicoanalista le quisiera diagnosticar, aunque no dijo nada y aguardó a que terminara sus diatribas mentales, pues ya había comprobado en el poco tiempo que habían compartido, que era mejor dejarlo terminar de hablar o no callaba nunca, como si le hubiesen dado cuerda o algo por el estilo. Era inaguantable.

—Sin embargo, yo... —le invitó a continuar John.

Carlos sacudió la cabeza e hizo un gesto para restarle importancia a lo que tenía que decir, cosa que molestó aún más a John, así que lo siguió hasta el salón esperando a que terminara ese tan preciso análisis de su comportamiento y personalidad. «Carlos el psicoanalista» se mofó mentalmente.

—Nada chico nada... —Carlos fue a ponerse los cascos de nuevo, pero John tiró de ellos para evitarlo y lo hizo de un modo un tanto brusco, y así se lo hizo entender el hombre con la mirada, aunque no dijo nada.

—No. Ahora has conseguido llamar mi atención, Heit tenía pinta de cabronazo, sin embargo yo... —le instó a seguir.

—Sin embargo, tú pareces un buen chico, pero creo que en el fondo... — Carlos pareció meditar sus siguientes palabras— eres de esa clase de tipos que, en otras circunstancias, cogería del cuello para advertirle que no se acercara a mi chica.

John soltó una carcajada que intentó acallar mordiendo el bocadillo. Carlos lo miró y rio también con complicidad, aunque de pronto su semblante cambió un poco, poniéndose algo más duro y mostrando seriedad.

—Era broma —le dijo sin quitarle la vista de encima—, pero por si acaso...

—Ni mirar a Angélica, lo pillo. Las novias de los colegas son sagradas.

La cosa era que él y Carlos no eran amigos, ni lo serían jamás. John salió

del comedor para ir a su habitación a terminar tranquilo su comida, ya había tenido suficiente contacto social para las siguientes horas.

—Puedes quedarte —gritó el hombre desde el sofá—, a veces me siento como que te estoy echando de tu casa.

John paró en medio del pasillo bufó y dio media vuelta hasta sentarse a su lado. Era extraño. Ese piso había sido su hogar durante cinco años, cuando lo encontraron no vivía nadie en el edificio, y durante un tiempo estuvieron ellos solos viviendo allí. Lo arreglaron a su gusto, lo pintaron y decoraron, hicieron grandes planes, algunos se habían cumplido, otros habían cambiado y finalmente algunos simplemente habían muerto. Y ahora estaba sentado en ese sofá, el sofá que Max encontró en una tienda en liquidación y compró sin preguntar nada a nadie, el mismo sofá que Heit juró odiar por los restos pues era, según él, «horrible de cojones». El sofá donde follaron con Lena hasta hartarse, donde se acurrucaron para ver alguna película, el sofá que Max disputaba con Heit los fines de semana, uno para leer tranquilamente otro para jugar a la *Play*. Y ahora un extraño estaba ahí sentado, con el mando del televisor en la mano, pasando canales de forma indiscriminada mientras sorbía una lata de cerveza. Era jodidamente raro y le iba a costar mucho de asimilar tanto cambio.

—Podríamos poner *Netflix* —comentó Carlos, y su áspera voz le hizo regresar de ese mundo de autocompasión en el que se hundía a veces.

—Lo había pensado —reconoció a media voz, la verdad era que había sido una propuesta de Max, estuvo un tiempo insistiendo en eso, justo después llegó Lena, y ya nunca más hablaron de ello.

—¡Hecho! Después nos doy de alta... Así los días que estoy por aquí puedo disfrutar de alguna serie.

—Tienes un trabajo de lo más divertido —mintió John, pues no le interesaba en absoluto.

—Siempre he adorado la música. Mi madre era compositora, ¿tocas algo?

—Los cojones —respondió John y ambos rieron.

—¿Y algún instrumento?

—No —negó, y no pudo evitar volver a pensar en Max.

—La música es la mejor válvula de escape, mejor que cualquiera de esas drogas modernas que se meten los chicos de tu edad... Es mejor que nada —afirmó rotundo Carlos.

—¿Mejor que el sexo? —inquirió John alzando una ceja.

—Bueno —rio Carlos—, no exageres tampoco, el sexo es lo mejor del

mundo, siempre que sepas cómo y con quién practicarlo.

—Creo que yo me perdí alguna clase de esas —soltó John con una mueca, arrepintiéndose de inmediato de lo que había dicho, no quería dar pie a ningún tema de conversación.

—¡Eres joven! Tienes mucha vida por delante.

—Supongo —gruñó John no muy convencido.

—¿Y la chica? —indagó Carlos de pronto.

John casi se atragantó con esa pregunta, que le pillaba totalmente fuera de juego.

—¿Chica? —consiguió formular la pregunta sin que su tono de voz cambiara de registro.

—Angélica dice que aquí antes vivía una chica, que esas cosas se notan —aseguró Carlos.

—¿En serio?

Carlos alzó los hombros, él tampoco tenía muy claro en qué consistía ese sexto sentido que se les solía atribuir a las mujeres, pero con Angélica había comprobado que era del todo cierto y eficaz, pocas veces se equivocaba, y por la cara que había puesto John ante la pregunta, dedujo que de nuevo su chica había vuelto a acertar, aunque decidió que no se lo diría, porque después se ponía muy pesada con los «te lo dije, nunca me equivoco».

—Vaya, así que hay una historia de desamor por medio, a lo mejor por eso se fue el primer chico, y ahora Heit. ¿Os enamorasteis todos de vuestra compañera de piso? —John dio el último bocado del *sándwich*, y terminó la lata de refresco mirando fijamente a Carlos sin poder salir de su asombro. Carlos rio satisfecho de haber dado en el clavo—. ¿Y bien? —insistió, esperando una historia de lo más interesante.

—Eso es una gilipollez —intentó defenderse John, sin embargo estaba claro por la expresión de Carlos que no iba a quitarle eso de la cabeza, y la verdad era, que no le faltaba razón, aunque a la historia con Lena le sobraba sexo y le faltaba cariño, pero en cierto modo sí era una historia de desamor, como él acababa de llamarla.

—Ya, claro —soltó Carlos sin más, pues tampoco estaba muy interesado en iniciar una conversación que fuera a un terreno mucho más personal.

Pronto Carlos se enfrascó en una película, y al poco rato John ya estaba aburrido y extraño. Sin duda no era lo mismo estar en ese salón sin ninguno de ellos dos, era algo que le iba a costar. Se disculpó con una excusa para volverse a su habitación, al menos allí podía fingir que todo seguía igual, que

Max y Heit peleaban por cualquier cosa al otro lado de la puerta, y que pronto alguno de ellos irrumpiría en la habitación para buscar su apoyo y ganar esa hipotética batalla. Sonrió y se dio cuenta que los echaba mucho de menos, y a Lena, a ella también la extrañaba.

Cerró de un portazo y lanzó un suspiro al aire. ¿Cómo demonios podían saber del paso de Lena por esa casa? Él mismo se había desecho de todo lo que se había dejado... Sacudió la cabeza, cogió la cartera de encima de la mesilla de noche y las llaves para poder salir. Y de nuevo la palabra «desamor» volvió a él, y esa tajante afirmación de Carlos, ¿se habían enamorado todos de la misma chica? Estaba claro que al menos dos de ellos sí. John rebufó... cuán estúpido había sido al no haberlo sabido ver, puede que hubiese podido ayudar a que todo terminara de un modo diferente.

—¡Salgo! —anunció, aunque no sabía para qué, a ver qué narices iba a importarle a Carlos que él saliera o dejara de salir, eso era antes, cuando en esa casa eran todos una familia.

—Pues felicidades —respondió el hombre sin alzar la voz.

Saltó los escalones de dos en dos hasta la calle, donde le recibió el sofocante calor de mitad de Julio. Era horrible. Al menos el casero les había arreglado el aire acondicionado. A pesar de eso, no sentía que el apartamento fuese más confortable que antes. En poco menos de dos meses había perdido a Lena, Max y Heit. Cogió el coche y condujo durante un rato sin prestar demasiada atención a lo que hacía, simplemente se dejó llevar por el tráfico de la ciudad, mientras daba vueltas en su cabeza a todo lo que había pasado, todo lo que pasaba y también se preguntó, con bastante temor, qué pasaría a partir de ese momento.

Se acercó hasta el edificio dónde supuestamente trabajaba Heit, pero siempre supo que mentía cuando hablaba de «las oficinas». Estacionó en doble fila, y se quedó con la mirada fija en ese edificio que, obviamente al ser fin de semana, estaba prácticamente desierto. Tampoco sabía qué esperaba, ¿encontrarlo allí? Y si estaba ¿qué? Había sido él quien se había largado sin más, con una nota con tan solo dos palabras. Como si no le importara nada, toda esa amistad y camaradería que habían acumulado con el paso de los años, todo eso había caído en saco roto. Al menos Max se había despedido, de malos modos y entre gritos, pero era Max, esa forma de despedirse parecía casi obvia, y Heit, en el fondo Heit también se había ido haciendo honor a su verdadero yo, con dos simples palabras y rodeado de misterio. John sonrió, cada uno en su estilo, pero los dos con mismo resultado, que ahora él estaba

solo.

Arrancó el vehículo de nuevo, sin embargo no se dirigió al apartamento, al piso con un extraño, sino que enfiló la carretera hasta que pronto dejó la ciudad atrás. Tampoco se dirigía a su pueblo natal, tenía pensado hacer una parada a medio camino. Solo necesitaba verla y charlar un rato con ella.

Leah se sorprendió mucho al verle ahí parado, se apartó para dejarle entrar, John parecía cansado, apático... ya lo había notado la vez anterior, pero ahora era muchísimo más evidente, era como si esa luz que siempre desprendía su hermano se hubiese apagado. Lo siguió en dirección al salón, y observó cómo tomaba asiento dejándose caer pesadamente en el sofá sin decir nada. Ni siquiera saludar.

—¿Café? —preguntó Leah un tanto aturdida.

—Vale... ¿Y Sarah?

—Trabajando —respondió su hermana desde la cocina, con lo que no pudo advertir el gesto de alivio en la cara de John, adoraba a Sarah pero no le apetecía que en vez de una le compadecieran dos—. Está bien —dijo Leah volviendo a su lado con el café—, ¿qué es lo que pasa?

—Nada —mintió John, consciente que mentir a su hermana era como intentar tapar con un dedo el sol.

—Ya —soltó ella tomando asiento a su lado—. Que Max esté de nuevo en el pueblo es mera casualidad ¿no?

—Se ha cansado de la gran ciudad, es un chico de campo, ya le conoces —repuso John.

—¿Y Heit? —inquirió de nuevo Leah.

—Ha decidido vivir una aventura... Creo que habló de un safari en Kenya o algo así.

—Ya claro, la verdad es que le pega eso de ir armado detrás de animales salvajes... —meditó ella—. ¿Y la chica esa con la que vivíais? ¿Cómo se llamaba?

—Lena. También se ha ido.

—¿Ves? Eso no me sorprende tanto, debía estar muy loca para compartir piso con vosotros tres.

—Puede... —John dio un sorbo y volvió a depositar la taza en la mesilla—. Papá y mamá me agobian para que termine la carrera.

—Normal, ¿no crees?

—Pensaba que estarías de mi parte —se quejó a media voz John, sin poder disimular su apatía.

—Siempre lo estoy —afirmó Leah.

—Pues no lo parece.

—John, no me toques las narices, ¿vale? —exclamó Leah.

—Vale —dijo él alzando ambas manos.

—¿Qué diantres te está pasando? —preguntó exasperada.

—Astenia primaveral —replicó John.

—Estamos en verano —señaló ella.

—Se me habrá atrasado.

—El cerebro es lo que llevas con retraso —recriminó Leah—. Ponte las pilas ya, y soluciona todo este lío mental que tienes, termina la carrera de una maldita vez, ponte a currar y manda al carajo a nuestros padres, solo así lograrás ser feliz.

—Yo no soy como tú —se lamentó John—, no soy tan independiente.

—Eres el mejor tío y el más listo que conozco, y no sé si estás así por una chica o por tus amigos, pero sea como sea, piensa un poco en ti John, te has esforzado mucho para llegar hasta aquí, no lo mandes todo a la mierda ahora que estás tan cerca del final, por favor.

—Lo intentaré —claudicó John.

—No lo intentes y hazlo «peque»...

John se dejó caer contra su hermana y se abandonó entre sus brazos, siempre había estado allí, en lo bueno y en lo malo, a pesar de que Leah seguramente no podía decir lo mismo de él, y a veces se culpaba por ello. Su hermana le alborotó el pelo con un gesto afectuoso y ambos se quedaron así un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. John perdido en sus recuerdos con Lena y en la preocupación de dónde estaría en ese momento, se lamentaba por no haber sido capaz de cuidarla mejor y de haberle hecho tanto daño, pues en ningún momento había pretendido hacérselo.

Leah sin embargo estaba preocupada por él, tenía claro que algo había pasado entre los «tres mosqueteros» y le inquietaba, pues John siempre había dependido mucho de ellos... En realidad John siempre había dependido mucho de todos. Parecía un chico duro e independiente, no obstante eso era solo la fachada, bajo toda esa capa de seguridad se escondía un chico tímido, sensible... había construido su vida alrededor de los caprichos y expectativas de sus padres, ¿John médico? Leah no pudo evitar resoplar...

—¿Quieres quedarte a cenar? —preguntó, y John asintió con un leve gesto de cabeza—. ¿Y a dormir? —le interrogó dudosa, y él volvió a asentir, no tenía ganas de volver al apartamento.

—Sí —afirmó él de nuevo, Leah siempre había sabido ver lo que necesitaba y cuando lo necesitaba.

—Está bien, venga, ¡levanta! Pela patatas, voy a hacerte un puré —le instó, y John no pudo evitar sonreír. Leah era la mejor hermana que un gilipollas como él podía tener—. Pero mañana te pones las pilas ¿eh? —le advirtió—. Y no le digas a papá y mamá que me has visto, ¿vale?

—Algún día tendréis que hablar.

—Sí, cuando haga calor en enero y los cerdos vuelen, las ranas tengan pelo... y esas cosas.

—Eres una cabezota —se quejó John empezando a seleccionar patatas.

—Le dijo la sartén al cazo, hay que joderse —exclamó Leah con media sonrisa.

—Ni sartén ni cazo, eres una soberana cabezota.

Leah le miró enarcando una ceja, pero no dijo nada, simplemente siguió con lo que había empezando a hacer.

Le dolía la espalda cuando despertó, se estiró sobre el sofá cuan largo era, se incorporó notando el sudor en todo su cuerpo y empapando la camiseta que le había prestado su hermana. Hizo crujir sus cervicales y estiró los brazos, sonrió al ver a Sarah que le observaba desde el quicio de la puerta que daba del pasillo al salón, al igual que él, Sarah solo llevaba puesta una simple camiseta.

—Buenos días —le saludó Sarah avanzando hacia él—. Leah se ha ido a trabajar, pero me ha dado carta blanca para ponerte en tu sitio.

—¿Tú también?

Sarah alzó los hombros, como si tampoco estuviese muy entusiasmada por la tarea encomendada, así que simplemente lo miró y se sentó a su lado recogiendo las piernas sobre el sofá, dejando así sus muslos expuestos a la mirada de John, que reaccionó pronto y apartó los ojos del borde de esa camiseta.

—¡Ja! —rio ella—. Tíos.

—Tíos —repitió él azorado—, pero joder Sarah, es que ¡estás muy buena! —exclamó ganándose así un manotazo en el hombro.

—Tienes a Leah muy preocupada.

—Lo sé y de verdad que lo siento.

—No lo sientas —respondió ella alargando la pierna y poniéndola sobre su muslo, John instintivamente empezó a masajear su tobillo—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es por una chica?

—En parte.

—¿En serio? ¿Tú, problemas con las mujeres? Me sorprende, tengo entendido que eres un chico muy apañadoooo... ¡Ooohh joder! —soltó con los labios apretados sintiendo la presión de las manos de John sobre su pierna—. En serio, ¿cómo vas a tener problemas de chicas con estas manos...?

—Porque abro la boca y la cago —soltó él con media sonrisa.

Sarah le miró inquisitiva, como esperando a que contara un poco más, siempre se habían llevado bien, se entendían y habían logrado algo de complicidad, aunque nunca habían hablado de chicas, solo de temas médicos y relacionados con la carrera, pues Sarah era pediatra y trabajaba en el hospital donde John había realizado parte de las prácticas.

—¿Tengo que sonsacarte? Porque me da un poco de pereza no te creas —comentó socarrona Sarah.

—El amor es una mierda —sentenció John—. Creo que soy incapaz de enamorarme, ¡y no lo entiendo! Este era mi sueño, vivir la vida a tope con Max y Heit, terminar la carrera, sentar la cabeza y formar una familia. Lo tenía todo planeado.

—No has encontrado a la mujer adecuada, además aún no has terminado la carrera, tienes tiempo de encontrar al amor de tu vida.

—¿Y cómo se sabe eso? ¿Cómo sabes que es la adecuada? —interrogó John.

Sarah alzó los hombros y cambió la pierna, pues la otra también quería recibir su parte de atenciones. John siguió masajeándola, pero con la mirada perdida al frente, realmente no sabía cómo se sabía que uno estaba enamorado, sin embargo la pregunta que más le inquietaba, aunque no se atrevía a verbalizar en voz alta, era la de si realmente quería enamorarse. Ya no lo tenía tan claro. Puede que su plan de futuro, ese que tan estudiado tenía, no fuese tan bueno al fin y al cabo. Al contrario, puede que fuera una mierda de plan.

—Puesssss... —siguió Sarah ajena a esa otra pregunta que John se formulaba sin atreverse a ponerle voz.

—¿Cómo supiste que estabas enamorada de Leah? —se interesó de pronto John volviendo la mirada hacia Sarah.

—Creo que porque me lo dijo ella —exclamó Sarah soltando una carcajada a la que John se unió, Leah podía llegar a ser un poco mandona a veces—. No sé, piensas en ella a todas horas, tienes ansiedad por verla, disfrutas de su compañía, añoras cuando no está, te hace sentir bien, con ganas de ser mejor persona...

—Todo positivo.

—¡Claro! El amor es eso ¿no? Felicidad en estado puro, hasta en los momentos malos, siempre hay algo positivo en ellos. Cuando das con ella, lo sabes, tienes esa sensación de «esta es la mía»

—La mía... —repitió John en un hilo de voz, le gustaba la manera en la que sonaba eso en su cabeza, ese «mía» que nada tenía que ver con el tener una posesión material, sino el de corresponder y ser correspondido, simplemente sentir a alguien tan suyo como él sería de ella—. Creo que nunca me he enamorado... y no me digas eso de que soy joven.

—No lo eres... Pero tampoco tengas prisa, todo llegará.

—Supongo —dijo John no muy esperanzado—. Sarah, creo que es una charla demasiado trascendental para hacerla con el estómago vacío.

—Voy a prepararte unas tortitas, te lo has ganado por el masaje. Pero haz el favor de cambiar esa cara de amargado que arrastras y hablar con tu hermana, antes de que me vuelva loca.

—Te lo prometo.

Cuando salió del apartamento de Leah y Sarah lo hizo con el estómago lleno, y con algo más de esperanzas de las que tenía al llegar. No de que fuera a encontrar al amor de su vida, o por la certeza de que lo que había vivido con Lena ni se acercaba a ese sentimiento, sino que le sentó bien hablar de eso con alguien como Leah o Sarah... Echaba de menos poder hablar con alguien. Envidiaba a su hermana, siempre tan fuerte y decidida, a la par que cabezota y fatalista, no obstante esos eran otros temas. Sarah era una buena tía y estaba contento que se tuvieran la una a la otra, él también quería una relación así pensó, o no, la verdad era que, en ese punto de su vida, no tenía ni idea de qué era lo que quería o necesitaba. Justo en el momento en el que entraba en uno de los edificios de la universidad se cruzó con un par de chicas de segundo año, a las que no pudo evitar mirar.

—Y así es como canalizas toda la sangre en un mismo punto —rio Liam, uno de sus compañeros de clase, que se encontraba en el vestíbulo también—. Se le llama ponerse palote.

—Joder, di que sí, que se note que eres estudiante de medicina, muy técnico todo —se mofó John reuniéndose con ellos.

—Están buenas eh... —siguió su amigo sin prestar atención a su comentario—. La pelirroja es una fiera en la cama, aarrrrgggsss —gesticuló un zarpazo en el aire.

—¿Te la has tirado? —inquirió John enarcando una ceja con perplejidad, le

parecía demasiada mujer para él.

—Yo no, ya me gustaría, pero conozco a un tío que conoce a un tío, que salió con ella, y dice que es toda una puta, de las que le gustan que las aten y azoten, ya sabes, esas cosas. ¿Cómo se llamabaaaaaaa...?

—¿50 sombras de Grey? —intervino Leo que hasta entonces se había mantenido al margen de la conversación.

—No idiota, ¡la tía! —se puso Liam a hacer memoria— ¡Sophie! Joder, si hasta el nombre suena a guarrilla francesa...

—Estás muy mal —sentenció John, sin poder evitar volver a mirar a la pelirroja en cuestión, la verdad era que sí era muy guapa, y tenía un buen cuerpo, no demasiado delgada, con las medidas justas, como a él le gustaban.

—Ahora piensas en todas esas guarradas que te gustaría hacerle —Liam le empujó—, ¿verdad?

—En realidad pensaba en cómo puedes seguir aún campando tan libremente por el campus sin que te hayan denunciado por acoso.

—¡Cierto! —se burló Liam—. A eso amigo se le llama tener potra.

—Ponerse palote, tener potra... Sí señor, tus padres estarán orgullosos del dinerito que les ha costado tu educación —comentó John, que empezó a caminar en dirección a dónde se habían dirigido las dos chicas.

—¿Qué haces? —preguntó Leo—. ¡La clase está para el otro lado!

—Pues como bien ha dicho Liam, me he puesto «palote» así que voy a ver si tengo «potra» con alguna de las dos, a poder ser con la guarrilla pelirroja.

—¡Qué cabrón! —se rio Liam viendo cómo se alejaba por el pasillo—. ¡Le va a tirar la caña!

—¡A ver si pica! —le gritó Leo antes de dirigirse a su clase—. ¡Suerte!

—¿Para qué? —John los miró desde el otro extremo del pasillo—. No la necesito.

## Capítulo 3

Estaba tumbado boca arriba en su cama, con los ojos como platos, se había desvelado y trataba de dejar la mente en blanco para no pensar, aunque ese hecho en sí ya era pensar, y eso se convertía en un bucle difícil de romper. Enlazó las manos tras la nuca, así permaneció aún un buen rato hasta que decidió incorporarse un poco, y en esa posición, apoyado en parte contra el cabezal de la cama, su mirada de forma irremediable se fue a esa mancha en la pared. Aún podía adivinarse el contorno de las nalgas de Lena perfectamente dibujadas. Una reproducción exacta de ese culo que le había vuelto loco durante el tiempo que pudo disfrutar de él, y debía reconocer, que seguía haciéndolo. Había sido una idea de lo más loca, ella estaba haciendo unas magdalenas, o puede que fuese un bizcocho, no lo recordaba, él llegó del hospital dónde estaba haciendo las prácticas, aún llevaba el uniforme azul celeste puesto, y esas horribles alpargatas que de tan feas eran hasta cómodas. La casa estaba impregnada de ese aroma que desprendía el horno cada vez que lo encendía, un olor entre dulce y tostado. Entró y la vio ahí de pie, removiendo con pasión la mezcla, se acercó a ella para cogerla por detrás haciéndola voltear sobre sí misma y poder besarla, aunque se entretuvo poco en sus labios, ya que en seguida descendió la lengua en dirección a uno de sus pezones, el cual atrapó por encima de la fina tela de la camiseta. La sujetó de las caderas y la alzó dejándola caer contra la encimera, mientras él cogía la mejor posición, que no era otra que entre sus piernas. Toda la masa de bizcocho se derramó, pero nada importaba en ese momento, solo la necesidad perentoria de meterse dentro de ella de manera ruda, apresurada y bestial. En eso estaba cuando la puerta de la calle se abrió, para dar entrada en escena a un Heit mal humorado que enseguida se quejó de tener que estar viendo como se follaban a la mascota encima de la encimera dónde él se preparaba las ensaladas, como siempre Heit tan agradable. Entonces, con Lena asida de su cuello y abrazada con fuerza con las piernas en su cintura, sin salir de su interior, caminó a trompicones hasta la habitación donde la estampó contra la pared, buscó sus labios y terminó lo que habían empezado en la cocina. Follar con Lena se había convertido en algo necesario. Durante esos siete meses solo había tenido necesidad de fundirse en ese cuerpo que entonces le pertenecía, o

creía que le pertenecía. Fueron cuatro acometidas bestiales y se corrió soltando un gruñido animal. Ella le miró con los ojos vidriosos y las mejillas sonrosadas. Cuando descendió de su cintura la forma de sus posaderas había quedado marcada en la pared.

Un recordatorio de por vida, un «Lena folló aquí».

Se levantó de la cama con sigilo, sobre el colchón había quedado tumbada la pelirroja, desnuda y plácidamente dormida con esa larga y sedosa melena desparramada por su rostro. John la miró y suspiró con fastidio, ¿cómo se hacía eso de echarlas antes de que se durmieran? Un polvo estaba bien, que ocuparan su cama ya no tanto. Encima para lo que había pasado en ese colchón que había sido, cuanto menos, el polvo más decepcionante de los últimos tiempos, no merecía la pena. ¿Había perdido la capacidad para apreciar el sexo «normal»? Pero joder ¿qué era o no era normal!? Se acercó a esa mancha amarillada de la pared y la acarició con nostalgia. ¿Podría encontrar alguna vez una mujer que despertara todo lo que le despertó Lena? Sin duda el listón había quedado muy alto, y estaba claro que ni veinte «Sophies» por más pelirrojas que fuesen valdrían para siquiera emborronar el recuerdo de esos siete meses.

Se puso los calzoncillos y salió al pasillo, era bien entrada la madrugada y le extrañó ver luz en el salón. Dudó un poco, a decir verdad, no le apetecía una conversación trascendental con Carlos, pero tenía sed, así que no tuvo más opción que acercarse hasta la cocina y por ende, ser visto por quien estuviera en el salón.

—Vaya —susurró Angélica al verle.

—¡Joder! —exclamó John—. Lo siento, no sabía que estabas en el apartamento, y mucho menos te esperaba despierta a estas horas.

—Tranquilo —sonrió con lo que a John le pareció picardía, o puede que solo hubiese sido una impresión suya—. Para haber llegado con una chica llevas una cara de decepción... —observó la mujer alzando su copa y dando un pequeño sorbo de ella—. ¿Una mala noche?

—Un mal año.

—No será para tanto —sonrió Angélica con condescendencia.

John se azoró un poco, no tenía nada de confianza con ella, salvo por las dos o tres cenas que habían compartido, llenando el silencio con charlas de lo más insustanciales, le había parecido simpática, sin embargo no tenía ninguna impresión más sobre ella. Angélica clavó los ojos con descaro en él, para ser exactos en una parte muy concreta de su anatomía solo cubierta por la escasa

tela de los calzoncillos, se llevó la copa a los labios para tomar un nuevo trago aguardando que él dijera algo, sin quitar la mirada de su entrepierna, John empezó a incomodarse y a excitarse a partes iguales, lo que evidenció aún más el bulto en esa zona. Carraspeó inquieto, sin saber muy bien qué hacer ni cómo reaccionar, algo intimidado por ella y la situación.

—Vaya... —susurró Angélica, alzando de nuevo la mirada hacia el acalorado rostro de John—. ¿Y bien? —preguntó, esperando que el chico ampliara la poca información ofrecida. Le divertía, no podía negarlo, era una situación de lo más excitante.

—No ha sido la mejor noche de mi vida, no —reconoció abatido, pues había puesto grandes esperanzas en esa chica y ese polvo. Sin duda o sus expectativas eran muy altas o la fama que precedía a la pelirroja del todo innmerecida.

—Lo lamento...

Llegados a ese punto, John dudó entre ir a la habitación a por algo de ropa con la que cubrirse, seguir el plan inicial e ir a la cocina a por agua o sentarse con ella y amorrarse a la botella de Whisky que Angélica tenía en frente.

—Cosas que pasan —susurró, empezando a encaminarse hacia el interior del salón.

—La chica era mona. Os he visto al llegar —se apresuró a apuntillar ella ante la cara de contrariedad que había puesto John—. No es que os haya espiado ni nada. Estaba aquí y no me habéis visto, la verdad es que la entrada prometía, eso de ir comiéndose a besos, y desnudándose por el pasillo... Ha sido muy peliculero. Me has puesto a tono hasta a mí —confesó, guiñándole un ojo divertida.

—Y hasta ahí la parte buena —soltó con desidia—. Después de eso, nada.

—Que lástima, ¿una copa? Todo se ve más claro con un buen Whisky.

—¿Y Carlos? —preguntó John tomando asiento a su lado con algo de duda y mirando a todas partes.

—Ha sido meterse en la cama y caer inconsciente —respondió Angélica alzando los hombros, y dando un trago al nuevo vaso que se había servido.

—Sí, se le escucha roncar desde mi habitación —comentó, y se acomodó al final a su lado relajándose un poco. La miró de soslayo, era una mujer imponente y el verano le sentaba muy bien, pensó fijándose en las transparencias del camisón que llevaba puesto.

—En cambio de la tuya no ha salido ni un solo sonido —le guiñó un ojo con complicidad Angélica, alargándole el vaso que él tomó sin dudar.

—Podríamos decir que no ha merecido la pena ni alzar la voz, y ahora no sé cómo decirle que se largue, se ha quedado dormida —le contó agobiado.

—Pareces un buen chico.

—¿Solo lo parezco? —inquirió enarcando una ceja, dando un trago al whisky y notando como le quemaba la garganta al bajar. Miró la botella y entonces fue cuando la reconoció. Era de Heit, para las «ocasiones especiales», pero solo le había visto bebiendo de ese licor una vez... El día que Lena firmó el condenado contrato. John soltó un soplido, fijó de nuevo la atención en la botella y apuró la copa de un solo trago.

Angélica le observó con detenimiento, y la sensación de que ese chico no era trigo limpio la invadió de nuevo. Había «algo», no sabía muy bien el qué, sin embargo su instinto jamás fallaba, y ese chico era solo dulce en apariencia. Se percató de como John miraba la botella, con una mezcla de admiración y melancolía, y de nuevo pensó en que había cosas en él que no eran del todo normales, un gran secreto guardaba y ella lo quería desvelar. Podría convertirse en su reto personal, pues en esa ciudad no conocía a nadie y cuando Carlos trabajaba se aburría mucho.

—Lo siento... —se excusó alargando la mano, y pasando un dedo por el cuello de la botella—. Estaba en el mueble bar, no sabía si podía cogerla, pero... es un buen caldo.

—No pasa nada —respondió John, que abriendo el tapón sirvió un par de dedos más.

—¿Por qué brindas? —preguntó Angélica clavando su mirada color de caramelo fundido en él.

—Por solo parecer un buen chico, y por los polvos decepcionantes —exclamó divertido John alzando el vaso e ingiriendo todo el contenido de una vez, para golpear con él sobre la mesa después.

—Y por los que no lo van a ser —aventuró Angélica levantándose, y acariciando su brazo con ternura para justo después agachar un poco su cuerpo y rozarlo con él—. Buenas noches John —le susurró cerca de su oído—. Que descanses.

Y con esa última palabra el aliento de Angélica había rozado a John que miró hacia la puerta por donde la vio desaparecer, y entonces fue consciente que una parte de su cuerpo había reaccionado a ese susurro y a esa caricia más, que con la pelirroja echando un polvo, que había resultado que lo único que tenía de erótico era el nombre, pues el resto había sido insulso, monótono y aburrido a más no poder. Dudó un poco antes de levantarse de la mesa, cogió

la botella y se la llevó a la habitación donde le esperaba Sophie que seguía ocupando más de la mitad de su cama. John rebufó, hasta el nombre le parecía desagradable ahora. Dejó la botella a buen recaudo en el armario y se tumbó junto a ella, evitando rozarla y esperando a que Morfeo estuviese de su lado y no le regalara una nueva noche de insomnio.

A la mañana siguiente le costó mucho lograr que Sophie se marchara de la casa, y solo lo hizo con la promesa de una llamada, una que jamás llegaría, estaba claro. Ahora entendía a Heit, que nunca llevaba chicas al apartamento, debía hacerlo por eso, siempre era más fácil largarse si estabas en casa de ellas o si habías alquilado una habitación de hotel, y jugabas con la ventaja de que no supieran dónde vivías. Heit era todo un maestro en eso, pues en esos cinco años jamás llevó un solo ligue, a decir verdad jamás comentó nada de ninguna mujer. A veces bromeaban con eso, Max tenía su propia teoría, que no era otra que la de que tenía alquilado otro apartamento que usaba solo de picadero. A veces habían intentado sonsacarle, sin embargo Heit jamás decía más de lo que quería dejar conocer, medía siempre bien las palabras y era complicado pillarle en un renuncio. ¿Cómo habían sido amigos tanto tiempo? Ahora que se paraba a pensarlo, a pesar de conocerlo desde el colegio, apenas sabía nada de él.

John cerró la puerta con cara de fastidio, sobre todo porque tanto Carlos como Angélica habían estado pendientes de la conversación que habían mantenido en la puerta. Soltó un soplido, e hizo amago de volverse a la habitación cuando Carlos le llamó para ofrecerle un café. Una dura elección en la que la cafeína ganó la batalla.

—Vaya trola le has soltado —se mofó Carlos, cuando John se hubo sentado en su sitio habitual.

—¡Oh venga! —exclamó Angélica alzando los brazos de manera casi teatral—. Si la chica se ha creído toda esa milonga de la llamada la culpa es suya, pues estaba claro que solo se la estaba quitando de encima. Eso las mujeres lo sabemos, menos las que no tienen dos dedos de frente o la autoestima por los suelos.

—Pues es mona —apuntó Carlos.

—¿Perdona? —inquirió Angélica clavando su mirada en él, que enseguida alzó las manos en señal de derrota antes de presentar batalla.

—Para él... es mona para él, ojo, yo podría ser su padre —trató de apaciguarla.

—Si el tema de discusión de hoy va a ser mi estrepitoso fracaso en cuanto a

relaciones y polvos, cojo el café y me largo, ya tengo bastante conmigo mismo, no necesito a nadie más para terminar de hundirme —refunfuñó John.

—¡Venga! Un chico como tú, con esos ojazos, las debe llevar a todas locas —soltó Angélica, mirándole de frente.

—Locas vienen de fábricaaaaa... menos tú cariño, menos tú —recondujo sabiamente Carlos—. El problema es que John tiene gustos particulares en cuanto al sexo —comentó Carlos, y soltó una carcajada ante la inquisitiva mirada del chico, no así Angélica que lo miró con creciente curiosidad—. Bueno, o tú o Heit, pero en la habitación del fondo, que por cierto deberíamos hablar qué hacer con ella, había algunas cuerdas de esas de seda, y digamos que, material muy «peculiar».

—Heit —dijo sin más.

—Ya, claro... culpa al muerto, qué listo.

John clavó la mirada en el fondo de la taza de café, dónde no hallaría respuesta porque no sabía ni cual era la pregunta. Suspiró. Estaba harto de esa situación, a lo mejor debería hacer como ellos, darse por vencido y buscar otro piso, puede que más pequeño, cerca de la universidad, o del hospital, terminar las dos asignaturas pendientes y hacer, en definitiva, lo que se suponía que tenía que hacer. Lo que sus padres siempre habrían esperado que hiciera. Dejarse de «Lenas» y de búsquedas infructuosas de amor y sexo perfecto, y centrarse en la carrera. Puede que Sarah tuviera razón, y tanto intentar controlarlo todo solo le había servido para terminar descontrolado.

—Bueno, tengo que irme —dijo Carlos poniéndose en pie—. ¿Quieres que te lleve? —le preguntó en un susurro a Angélica. Ella miró el reloj, pareció dudar y finalmente negó con la cabeza.

—El tren no sale hasta dentro de tres horas, no quiero estar tanto tiempo sola en la estación, no me gusta, me quedaré aquí y cogeré un taxi un poco más tarde.

—¿Estás segura? —insistió Carlos.

—Sí —afirmó rotunda Angélica.

—Como quieras —Carlos la besó en los labios—. ¡Nos vemos en un par de días! —le dijo a su compañero golpeando su hombro de manera brusca.

—Joder, ¡qué bruto eres! —se quejó John con el hombro medio dislocado.

Angélica siguió a Carlos fuera de la cocina. John se concentró en el café y en el móvil, leyendo sobre las noticias del día, le gustaba ojear la prensa local. De reojo vio como la feliz pareja se despedía en la puerta entre susurros, besos y abrazos. Se centró de nuevo en la pantalla del teléfono

cuando intuyó su presencia, caminaba como un felino, sin hacer el menor ruido, como si acechara a una presa, y por un momento se vio a sí mismo como un tierno y desamparado corderito. Tragó el café con dificultad. Angélica le ponía nervioso. Era una mujer muy magnética, no le hacía falta ni esforzarse para despertar su instinto sexual. Instinto que debía aplacar, pues Carlos no le parecía el típico hombre con el que se pudiera razonar en caliente, a decir verdad, tampoco en frío.

—Pues ya estamos solos —siseó entre dientes cual serpiente al sentarse a su lado.

—Sssssí —titubeó.

John no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina. Era extraño, supuso que era por todo lo ocurrido, estaba más sensible, seguro que era eso. Todo lo que había vivido había despertado en él una especie de reacción en cadena dentro de su mente y a la vez de su cuerpo. No podía ser otra cosa porque él antes no era así ¿o sí? Se levantó con torpeza, cada vez se parecía más a Max, sacudió la cabeza, no quería seguir pensando en ellos, no a todas horas, se dispuso a salir de la cocina cuando Angélica le agarró con delicadeza por el brazo haciendo que tuviera que detenerse.

—Qué pasa John... ¿Te doy miedo? —susurró melosa acercándose a él como una pantera acechando su presa, sin respetar el tan necesitado espacio personal, hasta pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo y traspasaba la fina capa de ropa que ambos llevaban.

—Tú no, Carlos un poco.

Angélica soltó una carcajada y acto seguido se hizo atrás para que pudiera escabullirse, como cada vez que se habían quedado a solas los últimos días. Era como si John tuviera miedo, pero no de ella, sino de lo que podía llegar a pasar entre ellos, y eso le daba a entender que, si ella lo deseaba, si se lo proponía, podía llegar a pasar algo. Y ese poder la divertía, y por qué no decirlo, la excitaba un poco. John era un chico muy guapo, bien parecido, tenía unos ojos hipnóticos, de un color indeterminado que cambiaba según la luz y una voz muy dulce, se estremecía solo de pensar en esa voz susurrando su nombre en su oído. Suspiró y alzó los ojos al cielo. Debía serenarse o terminaría por provocar una situación de lo más excitante e incómoda, dulcemente fantasiosa, extremadamente morbosa y peligrosa. Una de esas que tanto le gustaban y con la que tanto llegaba a disfrutar.

Amaba a Carlos, aunque a veces le gustaba jugar. No era malo divertirse. Carlos lo hacía, tenía constancia de ello, eran una pareja abierta, estaban

juntos por y para siempre porque se querían y pertenecían, sin embargo no pasaba nada por, de vez en cuando, meter un poco de juego en la relación. Ya habían probado el intercambio de parejas, los tríos... La verdad era que habían resultado experiencias muy positivas y les habían unido más, su relación era más fuerte. Ahora estaba John, que no entendía muy bien por qué, pero le gustaba. Sería por su edad, tan joven y aparentemente inocente, o por su cuerpo, podía ser porque le ponía a mil que fuese compañero de piso de Carlos, o porque en el fondo veía en él a un ser famélico de nuevas experiencias y sensaciones. John era un chico con ganas de experimentar, y a ella le mataba el ansia de ser su banco de pruebas.

Mordió su labio y se levantó del taburete para ir hasta su habitación, paró tras la puerta que golpeó delicadamente pasados unos segundos.

—John —dijo abriendo levemente—, acabo de llamar al servicio de taxis y por lo visto hay no sé qué problema, creo que no voy a llegar a tiempo a mi tren, ¿tú podrías llevarme a la estación? —empezó a preguntar clavando los ojos en él—. Te prometo que será solo esta vez —susurró haciendo un mohín.

—Esto... sí... claro... —atinó a decir desde la cama donde acababa de sentarse.

—¿Seguro? No quiero molestar si tenías planes o algo... —comentó Angélica poniendo cara de niña buena.

—No, tranquila, no me importa —aseguró, aunque en el fondo no estaba muy convencido, y es que algo en la mirada de Angélica le incomodaba.

—Gracias, voy a darme una ducha y a preparar mis cosas. No tardaré.

Su corazón latía a un ritmo frenético. ¿Por qué le alteraba tanto eso? Era una ducha, se estaba dando una ducha, como se las daba él o cualquiera, no obstante la imagen de Angélica desnuda le golpeó de frente, a decir verdad, de frente, de costado y por todos lados, un ataque masivo a su ya de por sí disparada imaginación. John llevó las manos a las sienes, como si con ese gesto pudiese sacudir todo lo que bailaba dentro de su mente, que se agitaba cada vez más y de forma más convulsa. Algo había quedado tocado en su cabeza después de conocer a Lena, era la única explicación lógica que encontraba a su comportamiento de las últimas semanas. Estaba claro que lo que le sucedía no era normal, ¿o sí?

Se cambió de ropa por algo más formal que la camiseta deportiva y el pantalón desgastado que llevaba, se pasó las manos por el pelo recolocando los mechones rebeldes que se empeñaban en caer desordenados por su frente. Se miró de reojo al espejo colgado al lado de la puerta. Recogió la cartera y

comprobó que llevaba dinero, puede que después llamara a Liam para ir a tomar algo. Rebuscó entre los papeles de encima de su mesa hasta dar con las llaves del coche y salió de la habitación para esperarla en el salón. En medio del pasillo cómo si le esperara, estaba Angélica, envuelta en una toalla, con el cuerpo húmedo y el pelo empapado pegado a su rostro y espalda. La observó con detenimiento, no lo pudo evitar, ¿qué otra cosa iba a hacer? Y pensó que debía apartar la mirada, que debía bajar la vista al suelo, darse la vuelta o buscar una excusa para volver a entrar en la habitación, pero no pudo. O más bien algo no se lo permitió. Dejó los ojos clavados en ella de un modo que habría resultado incomodo para cualquiera, aunque no para Angélica, ella solo sonrió, consciente que, de algún modo, la partida del juego al que quería jugar ya estaba en marcha, y ahora era solo cuestión de tiempo y paciencia. Podía llegar a ser muy divertido, pensó.

—Enseguida termino —musitó con voz profunda.

—Sí, claro, no hay prisa... yo... yo espero allí —respondió John señalando el comedor, y se sintió un auténtico gilipollas, ¿por qué había hecho eso? Sacudió la cabeza para no pensarlo. Esa mujer lo aturdía demasiado y eso no auguraba nada bueno.

—Eres taaaan mono —soltó Angélica con una risa y se encerró en la habitación.

¿Mono? ¿Le había llamado mono? Estuvo tentado de abrir la puerta de esa habitación, arrancarle la toalla, tirarla contra el colchón y follársela como seguro que Carlos no era capaz de hacer. Eso era lo que debería hacer. Monos eran los de zoo.

—Yo soy un puto semental —masculló al pasar frente a la puerta.

Entró en la cocina para buscar un botellín de agua, tenía que lograr calmarse o serían los cuarenta minutos más largos de su vida, y eso que conducir solía relajarle mucho. Se acercó a la nevera y por un extraño motivo el imán verde con la H llamó su atención de un modo que no lo había hecho en los días anteriores. Lo cogió y lo sostuvo entre las manos un instante, mirándolo. Había sido un regalo de su hermana Leah cuando se mudaron, uno para cada uno, para poder dejarse los recados «y los teléfonos de las chicas», había bromeado. Leah tenía siempre esos detalles tontos que a la larga se volvían casi indispensables, lo de su hermana sin duda era un don. Recordó esas notas que a veces le dejaba Max antes de irse, «eres un capullo» o sus tan socorridos «chúpamela». No pudo evitar sonreír con cierta congoja.

—¡Estoy lista! —la voz de Angélica llegó desde la puerta—. Cuando

quieras nos vamos —añadió acercándose a la cocina.

—Pues vamos —replicó John, que pisó la palanca del cubo de la basura y lanzó dentro el imán, abrió la nevera y cogió el agua.

—¿Y eso? —preguntó ella señalando la basura con curiosidad.

—¿Qué? Nada, deshaciéndome de lo que no me hace falta, estoy intentando practicar el desapego.

—Interesante —susurró ella.

—Muchísimo, no sabes cuánto —murmuró John, mientras la seguía escaleras abajo.

Era casi mediodía, hacía muchísimo calor y las calles estaban prácticamente desiertas, solo los intrépidos salían a esas horas a pleno sol. Miró a Angélica de hito a hito, estaba encaramada a unos altos tacones, sus piernas se veían de un tono más bronceado debido a las medias que daban un sutil brillo a su piel. La visión de sus muslos perfectos se cortaba a media altura por la tela de un fino vestido negro, de generoso escote, que terminaba atado tras su nuca. Tenía que lograr templar sus nervios y aplacar su libido, necesitaba pensar en algo que lograra distraerle de que esa mujer era todo un espectáculo para la vista, sin embargo estaba claro que iba a necesitar algo más que un simple «pensamiento feliz» para intentar aplacar sus nervios. Carraspeó, resopló e intentó hacer de tripas corazón.

Fueron menos de cuarenta minutos, envueltos entre silencios, conversaciones triviales, miradas furtivas y pensamientos lascivos. John aparcó a un par de calles de la estación central, echó el freno de mano y apagó el motor, antes que pudiera hacer nada más, como abrir la puerta o descender del coche, notó la mano de Angélica sobre su muslo, muy cerca de su polla, tan cerca que, si ella estiraba un poco los dedos, podría llegar a rozarla. No, no era fortuito, al menos no se lo pareció, sin embargo no dijo nada, tampoco sabía muy bien qué decir en esa situación. Giró la cabeza y la miró un instante, ella lucía una pícara sonrisa en su precioso y perfecto rostro. Se había maquillado ligeramente, y el lápiz de ojos negro le hacía resaltar ese bello color miel que se escondía bajo el espesor de sus largas pestañas. Angélica se abalanzó ligeramente hacia él, de manera lenta y ensayada, se acercó a su rostro donde depositó un dulce beso en su mejilla, mientras susurraba un «gracias», aunque esa palabra dicha a media voz quedó relegada a un discreto segundo plano, pues toda la atención de John estaba concentrada en esa mano depositada como por casualidad tan cerca de su ingle, y los pechos de ella que, con ese acercamiento realizado a priori de manera casual, ahora rozaban

su brazo. Vista desde el exterior podía parecer una situación de lo más inocente, pero el interior de ese coche estaba cargado de tal erotismo, que no pudo evitar de nuevo que algo en él reaccionara.

Ella bajó del vehículo unos instantes después, consciente de lo que había despertado en él, sintiéndose victoriosa. Descendió de manera elegante, estirando primero una pierna y después la otra, evitando que el vestido se alzara, y dejara ver lo que ella no quería que se viera. Con un movimiento ensayado, para alterar la atención de todo varón que se encontrara dentro del rango de visión de tan afortunada escena.

John observó como se alejaba, tirando de su maleta de mano, moviendo las caderas de manera provocativa, y no solo para él, pues un par de hombres se giraron también a observarla, y es que era una mujer que no pasaba inadvertida en absoluto, era fuego, desprendía sensualidad a raudales, era en definitiva, una mujer de bandera, ¿lo peor? Que ella lo sabía, y se valía de ello a su antojo.

Había caído en sus redes.

Esa semana pasó rápida, dentro de lo horrible que había sido. John intentó retomar la rutina, lo pretendió por todos los medios, pero le era imposible. No podía concentrarse ni podía dejar de pensar, y a pesar de que luchaba con todas sus fuerzas para hacer como que Lena no había existido, eso tampoco estaba funcionando. Por momentos pensaba tanto en ella que dolía, y sentía la necesidad de encontrarla, después le pasaba como con Max, sabía que era mejor no hacer nada, y dejaba que las ganas murieran antes de aflorar del todo.

Las clases de las dos únicas asignaturas que le quedaban se le hacían tan cuesta arriba que había empezado a saltárselas, y cada vez que iba a la facultad, terminaba sin hacer nada de provecho. Había perdido el rumbo de una manera que le iba a ser difícil de recuperar.

—Pues ya está, ¡decidido! —exclamó Leo a su lado—. Fin de semana en el lago, solo nosotros, póker, alcohol y pizza... la despedida de solteros perfecta.

—Me parece cojonudo —convino Liam, golpeando a su amigo en el brazo—. ¡Planazo! Solo faltan un par de strippers y será la velada perfecta.

—Nada de mujeres —advirtió Leo mirándolo con seriedad—. Solo nosotros —recalcó.

—Joder, no te has casado y ya te han hecho un lavado de cerebro, que pena

me das macho, de verdad, que pena. ¡Nada de mujeres dice! —golpeó el brazo de John, que llevaba largo rato sumido en sus pensamientos.

—¿John? —inquirió Leo mirándole—. ¡John!

—John está en las nubes —rio entonces Liam—, pensando aún en la pelirroja. Al final, ¿qué? ¿Mojaste o no mojaste? No me lo digas, no me lo digas... que me da la envidiaaaa.... ¡Oh! Mierda ¡Sí! ¡Cuéntamelo todo! ¿Folla o no folla bien?

—Ya te vale —se quejó Leo.

John resopló dejándose caer hacia atrás y observó a sus dos compañeros. De nuevo pensó en Max y en Heit, y se maldijo por esa dependencia insana que parecía tener por sus amigos... «ex amigos», se obligó a pensar.

—Esas cosas no se explican —dijo John.

—Precisamente, esas son las cosas interesantes de las que tenemos que hablar, y cuantos más detalles y más cerdos mejor. No como este muermo —Liam señalo a Leo—, que solo sabe hablar de su novia, la boda, la vajilla, los vestidos y la puta madre que le parió.

—Que gilipollas eres —se quejó el aludido con cara de enfado, pero de pronto volvió a dirigir su atención a John—. ¿Y bien? —preguntó, pues también sentía curiosidad.

John resopló, no tenía ganas de hablar del tema, ¿qué iba a decirles? Había sido un polvo decepcionante ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. Seguramente porque Sophie no era Lena, ninguna mujer sería nunca Lena... Puede que fuese porque ya no sentía nada, o porque sentía demasiado, posiblemente se debía a que el sexo en horizontal y normal ya no era lo que deseaba... Sacudió todos esos pensamientos de su alocada mente.

—¡Venga! Nos tienes en un sin vivir —insistieron.

—¡Folla como una verdadera perra! —gruñó finalmente John ante la admiración de sus amigos que aplaudieron y vitorearon tal afirmación—. Se lo dejó hacer por delante y por detrás... tu amigo tenía toda la razón, a esa tía le va todo. ¿Contentos?

—No. Contento estaría si me la hubiera follado yo, llevo cuatro meses a dos velas.

—Pues con el empeño que le pones, no lo entiendo, dicen que la táctica del martillo pilón funciona, lo de convencerlas por desgaste —rio Leo divertido.

—¿Tú cómo lo haces? —se interesó Liam ignorando el comentario de Leo.

—Soy guapo —respondió John alzando una ceja.

—Además tiene cara de buen niño, siempre parece que se preocupe por

ellas, de lo que sienten... ¿lo has probado? —inquirió Leo.

—¡Qué pereza!

—¡Joder Liam! ¿Y qué quieres entonces? ¿Tener a una mujer dispuesta las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana para ti sin que tengas que esforzarte por ello?

—¡Claro joder! ¡Una sumisa! Que yo le diga ¡aquí! Y ella me coma la polla. Es el sueño de todo hombre, una esclava sexual. ¿Es o no?

—Que gilipollas llegas a ser —Leo miró a John, que se había quedado callado de nuevo y le dio un toque en el brazo para hacerle reaccionar—. ¿Se puede saber qué te pasa John? Llevas semanas muy raro.

—Perdón chicos, lo siento —se disculpó levantándose del banco donde habían estado sentados todo ese rato tomando un refresco—. Tengo que irme.

—¿Te vas? —preguntó con preocupación Leo.

—¡Claro que sí joder! Ahora a por la morena —le animó Liam a voz en grito.

La locura se había instalado de manera permanente en su mente y ya no solo podía pensar, sino que tenía que actuar y valerse de esos impulsos primarios que le instaban a no dejar de obsesionarse en lo prohibido, en todo aquello que la sociedad decía que estaba mal. ¿Quién dictaba esas encorsetadas normas? Él quería romperlas todas. Empezando por la de «no fornicarás con la mujer del prójimo», esa pensaba saltársela en cuanto Angélica le diera ocasión, y si no la encontraba, él mismo se crearía su propia oportunidad, la vida estaba para vivirla no solo para verla pasar, y si el destino la había puesto en su camino, no pensaba dejarla escapar. Solo un idiota lo haría.

—Estoy loco —susurró a la nada—. Estoy loco y lo peor es que me encanta.

No pudo evitar soltar una carcajada, mientras caminaba con las llaves en la mano dirección a su coche para volver a casa.

## Capítulo 4

No sabía cómo ni por qué estaba allí. Había sido un impulso irrefrenable, una idea que le había azotado de pronto y por una vez no había querido obviar. Y allí estaba. Con el coche perfectamente estacionado, pero sin atreverse a salir de él. Hacía calor por lo que mantuvo el motor en marcha para poder dejar el aire acondicionado puesto, de no tenerlo lo más seguro es que se asfixiara. Lo sentía por el medio ambiente.

Lo observó de lejos, estaba trabajando en una cafetería. La verdad era que no le pegaba nada, no tenía ni idea de tratar con la gente, era malísimo cara al público, no entendía cómo había durado tanto en la tienda de informática cuando además, Max era un negado en todo lo electrónico. Lo miró con nostalgia contenida, sin poder evitar el suspiro que escapó de su garganta. Era extraño como en unos meses todo se había ido a la mierda. Recordó las anteriores vacaciones de verano, habían coincidido unos días y decidieron atrincherarse en el apartamento con unas cuantas botellas de alcohol, comida chatarra y muchos DVD. Ahora le parecía absurdo y aburrido, pero se lo habían pasado genial. Friki películas en sesión continua, bebiendo, comiendo y fumando. Hablando de chicas, y haciendo nuevos planes para otras posibles vacaciones, realizar un viaje, incluso bromearon con irse a vivir al extranjero. Estaban cumpliendo un sueño, vivir los tres juntos, lejos de todo, se habían reinventado a ellos mismos y todo iba bien. O eso pensaba en aquel entonces, pero estaba claro que algo fallaba en su relación, pues a la mínima de cambio todo se había desmoronado.

Quién le iba a decir que unos meses después de esas vacaciones Lena llamaría a su puerta para joderlo todo. Jamás hubiese creído que algo tan efímero como el paso de una chica por sus vidas, habría podido dar al traste con su amistad de tantísimos años. La culpaba a ella, era más fácil así, le resultaba mucho más sencillo enfrentarse a ello si pensaba de ese modo. Aunque, ¿a quién pretendía engañar? Sabía a la perfección que ellos habían sido los verdaderos villanos de la historia, y que, de un modo u otro, todos pagarían por lo que habían hecho, él ya lo estaba haciendo, estaba completamente solo.

Max salió de la cafetería con una bolsa de deporte colgada en un hombro,

le vio caminar a paso decidido hacia alguien, enseguida reconoció a Jayden, un viejo amigo del instituto. Un musculitos vacilón que nunca le había caído del todo bien, aunque había intentado disimularlo, Heit no lo había logrado nunca. John sonrió, Heit era muy expresivo a pesar de llevar siempre cara de póker. Max y Jayden se saludaron efusivamente, y ambos emprendieron el mismo rumbo en dirección al parque.

Parecía que a Max le iba bien. Suspiró. Entonces, ¿por qué él era incapaz de avanzar? Era como si se hubiese quedado pegado en toda la trama que había envuelto los meses de relación con Lena. Como si algo dentro de él se hubiera quedado anclado en todo aquello y ahora, simplemente no podía seguir hacia delante. Se maldecía por ello, por no ser capaz de levantar la cabeza. Había intentado hacer como si nada hubiese pasado, no obstante estaba claro que todo se había derrumbado bajo sus pies. Había jugado, se había caído, intentaba levantarse, pero ya nunca volvería a ser el de antes. Sin embargo, Max parecía que había logrado volver al punto de partida, y no sabía si alegrarse por ello o maldecirlo por el mismo motivo.

Arrancó y se reincorporó al tráfico alejándose de ese condenado pueblo al que aborrecía desde siempre.

Llegó al apartamento con un coctel de sentimientos encontrados, estaba cansado y decidido a mandarlo todo a la mierda. Empezando por ese piso, que ya no sentía como suyo, que solo le traía recuerdos aciagos de esos que se atragantaban y no podía terminar nunca de tragar. No quería ni podía vivir así. Necesitaba un cambio de aires, puede que un año sabático en algún sitio paradisíaco, algún lugar del mundo en el cual se pudiera hinchar a follar y beber, porque estaba claro que seguir en ese apartamento era enfermizo, siempre se había creído el más listo de los tres y ahora resultaba que era el último en darse cuenta, que lo único que lograría ayudar a cicatrizar la herida era mudarse de allí.

Estaba decidido, iba a hablar con Carlos y a recoger sus cosas. Era una de esas decisiones poco meditadas pero que tomas consciente de que es en ese momento, lo mejor. Tiró las llaves en la mesita de la entrada, tropezó con el banco de detrás de la puerta y qué, curiosamente, desde que Max se había marchado, estaba siempre libre de ropa y trastos. Se pasó las manos por la cara y entró en la cocina, cogió un botellín de agua y se preguntó calladamente cuando había sido la última vez que había comido algo, llegando a la conclusión que no se acordaba. Salió como un torbellino de allí sin fijarse en nada ni en nadie hasta que sus ojos se posaron en: Ella.

—La hostia —soltó sin más.

—¡John! —exclamó Angélica cubriéndose el cuerpo con la toalla a toda prisa—. Pensaba que estaba sola.

—Acabo de llegar —comentó, señalando la puerta como un tonto, pues su sangre había abandonado el cerebro por un instante concentrándose toda en un mismo punto que empezó a endurecerse casi sin remedio.

Intentó apartar la mirada de su cuerpo, pero le estaba resultando bastante complicado teniendo en cuenta que la toalla cubría más bien poco, solo lo esencial, y eso propiciaba que su recién redescubierta imaginación sexual se activara alcanzando cotas máximas. Así que, llegados a ese punto, en que ya había quedado como un perverso, clavó la mirada de manera más insistente en su cuerpo, y sin ser plenamente consciente de ello, no pudo evitar que una estúpida sonrisa aflorara a sus labios. Además, su plan a corto plazo era marcharse ¿no? Pues para que andarse con miramientos, ¡a la mierda los convencionalismos sociales! Si le apetecía mirarla, pues la miraba, ¿qué podía pasar?

—¿Eres de los que les gusta mirar? —rezongó ella acercándose un paso.

Esa reacción era cuanto menos extraña, estaba preparado para que se enfadara, o para que le entrara el pudor repentino, pero si de algo había dado sobradas muestras esa mujer era que era capaz de muchas cosas, hasta de ganarle por la mano a un juego en el que él se creía un maestro. Así que tomó aire, para recobrar el aplomo antes de volver a hablar y así poder hacerlo con naturalidad, como si fuese una situación totalmente normalizada.

—Mirar, tocar, chupar... No descarto posibilidades —soltó en un arranque de sinceridad sin precedentes.

—Bueno, hoy solo puedes mirar —declaró Angélica.

—¿Hoy? —inquirió entornando los ojos. La mención del «hoy» implicaba la posibilidad de un «mañana», y eso no sabía si le gustaba o le apabullaba.

Ella sonrió con maldad y de pronto la toalla cayó al suelo. John abrió mucho los ojos. Angélica era una mujer de medidas casi perfectas, de pronunciadas caderas, de pechos turgentes, vientre plano... No quiso ni parpadear, no quería perder detalle de ese cuerpo tan sumamente sugerente que tenía enfrente. Era explosiva. De un modo totalmente diferente a las chicas de su edad. Era como sí a todas ellas les faltara algo, eso que a Angélica le sobraba. Se sintió intimidado por tanta mujer, aunque a la vez sumamente excitado y tentado a caminar hacía ella, y dejar de mirar para empezar con otras cosas mucho más placenteras. Sacudió la cabeza y entonces sí cerró los

ojos, eso no podía ser, y no porque Angélica no le atrajera, que sí lo hacía y mucho, sino porque Carlos podía matarle. Y no era una forma de hablar. Lo conocía poco, pero lo poco que habían hablado no le parecía un tipo que atendiera a razones.

—¿Qué mierda tiene este piso que os volvéis todas locas? —gruñó entre dientes, mientras se escabullía a su habitación.

Angélica le tomó del brazo justo cuando pasaba por su lado frenando su estrepitosa huida, tiró de él en su dirección y lo atrapó con un beso profundo y húmedo. John sintió esa nueva lengua profanando su boca, y por un segundo, solo por una milésima de segundo, estuvo tentado a rechazarla, sin embargo era un hombre, y de pronto ya no pensaba con la cabeza, sino que relegó la razón para simplemente no pensar y actuar. Fue a alzar la mano para atrapar uno de sus pezones que aún estaban expuestos a él, cuando Angélica le apartó de un manotazo.

—Hoy solo mirar —le recordó.

—¿Y el beso? —inquirió John confuso.

—No iba a dejar que huyeras, ¿qué pasa John? ¿Tanto miedo tienes? —le interrogó Angélica.

—Estoy acojonado —confirmó John, aunque no añadió que a lo que más temía no era a ella o a Carlos, era a él mismo y no saberse ni poderse controlar.

Angélica humedeció sus labios, otra parte de su cuerpo llevaba ya rato húmeda. Alargó la mano y alborotó su pelo de manera maternal.

—¿Te gusta jugar, eh? —repuso juguetona.

—Tengo la sensación de que últimamente no hago otra cosa —confesó John.

—Me tienes desconcertada...

—Desconcertado estoy yo —dijo John, obligándose a mirarla a los ojos—. ¿Qué pretendes, que Carlos me mate? ¿De eso va todo?

—Solo quiero poner un poco de emoción a nuestra relación... —musitó con voz encendida—. ¿Tú no?

—Joder, pues lo estás logrando —repuso volviendo a clavar la mirada en su perfecta anatomía—. ¿Nuestra relación? —inquirió, mientras se relamía mirándole los pechos y pensando en las cientos de miles de cosas que se podrían hacer con ellos. De pronto sintió que hacía muchísimo calor en ese piso.

—Me gusta vivir al límite —siseó ella clavando la mirada a esa zona de

John, que bien seguro tardaría un rato en poder relajarse.

—Al límite me tienes a mí... —soltó John agarrando con la mano su abultada entrepierna, para que pudiese observar mejor cual era el resultado de sus insinuaciones.

En la puerta de entrada se escuchó el entrechocar metálico de unas llaves, Angélica recuperó al vuelo la toalla antes de encerrarse en la habitación, justo en el momento que Carlos abría y entraba como un vendaval, como casi siempre. John no pudo reaccionar así que cuando el hombre entró, lo descubrió allí, en medio del pasillo, acalorado y con la mirada perdida en algún punto inconcreto, parecía totalmente ido, aunque esa actitud en el chico no le sorprendió, la verdad era que a veces parecía estar más en otro planeta que allí, hasta se había planteado que pudiese tener algún problema.

—¡Buenas chico! —exclamó alzando un poco la voz para llamar su atención—. ¿Qué tal?

«Lento» se reprendió John cabreado consigo mismo, «soy muy lento» y entonces sí reaccionó, para encerrarse en su habitación malhumorado, aunque sin saber muy bien por qué o con quién exactamente.

—Joder, ¡yo también me alegro de verte! —gritó Carlos para hacerse escuchar a pesar de que John se había encerrado en la habitación—. Será gilipollas el niñato... —dijo entre dientes.

John se dejó caer pesadamente contra la madera de la puerta. Se recolocó la descomunal erección que amenazaba con reventar el botón del pantalón vaquero, y se apartó de ese lugar solo cuando escuchó la voz de Carlos, que cuchicheaba con Angélica en la otra habitación.

—¿Pero qué mierda...? —gruñó tirándose en la cama.

Estaba muy caliente, demasiado. Era el piso, tenía que ser eso, ese piso volvía a la gente loca, no podía ser de otro modo, y él había resistido por alguna extraña razón, pero de quedarse allí terminaría enloqueciendo y haciendo alguna estupidez como follarse a la novia de Carlos. Tenía que irse para evitar que eso ocurriera... Tenía que quedarse y follarla como un animal. Era un mar de contradicciones.

—¡Joder! —exclamó cubriéndose la cabeza con la almohada y dando un alarido—. Me están volviendo loco entre todos. Esto no me está pasando... no... —sacó la cabeza de debajo de la almohada—. Vaya mierda —se lamentó, volviendo a mirar hacia su entrepierna.

Lo que más le jodía era que no tenía a nadie con quien comentarlo.

Los días con Lena habían sido un cúmulo de sensaciones, no todas buenas,

tampoco todas malas, no solo había habido sexo, aunque en esos momentos fuese lo que más recordaba. Pensar en Lena era pensar en su cuerpo desnudo, en cuando se hundía en su sexo de manera pausada sintiendo el calor que emanaba de su interior, la humedad de sus muslos, esas veces que la agarraba de las caderas y la follaba mirándola a los ojos. Le encantaba ver el brillo del placer reflejado en ellos. Besar sus labios, morder sus pechos, acariciar sus muslos, verla, olerla, sentirla... Esas mañanas, el olor a café, la sonrisa que ponía cuando él la besaba, la felicidad que procedía de todos los poros de su piel cuando cualquiera de los tres se acercaba a ella, o tenía un gesto amable, o cariñoso.

John giró sobre sí mismo para quedar tumbado sobre su espalda con la mirada perdida en el techo.

Durante esos meses no pensó en nadie que no fuese Lena. No sintió necesidad de mirar a otra o de hacérselo con nadie más. Solo era ella, sin embargo no la quería, era algo paradójico. Se alzó sobre el colchón, en la habitación de al lado empezaron a escucharse los inconfundibles sonidos de una pareja haciendo el amor. Supuso que sonaba igual que follar. Cogió el móvil y conectó los auriculares para escuchar música, aunque eso no le distrajo, y pronto se descubrió a sí mismo más pendiente de lo que sucedía en la habitación colindante que en la suya propia. Él la había calentado y Carlos se llevaba el premio ¿Era así como iba a funcionar eso? La verdad era qué, desde que se había marchado Lena, en esa habitación no había ocurrido nada que se tuviese que reseñar, pero empezaba a pensar que podía suceder y eso lo tenía, para ser sinceros, bastante acojonado.

Cuando despertó el móvil estaba sin batería. Se quitó los auriculares y se levantó de la cama cansado, era de madrugada y de nuevo se había vuelto a saltar la cena. Fue al baño para refrescarse un poco antes de ir a prepararse algo para comer, aunque solo fuese un tazón de cereales, no obstante antes de poder alcanzar la cocina Angélica lo interceptó, lo hizo sin que él pudiese reaccionar en modo alguno.

Se plantó frente a él, observándole como un depredador mira a un indefenso conejito, se mordió el labio con lascivia y antes de que John pudiese decir nada, ni siquiera plantearse el poder rechazarla, ella se abalanzó a devorar sus labios sin compasión. John trastabilló y a punto estuvo de dar de bruces contra el suelo, sin embargo la puerta de entrada al apartamento, esa vieja, oxidada y destartalada puerta le sirvió de freno a su inminente caída. Y mientras Angélica lo besaba con pasión, él no sabía qué hacer ni qué pensar, si

podía alargar las manos y tocarla o solo debía quedarse quieto y dejarla hacer.

¿Cuáles eran las normas? ¡A la mierda las normas!

Agarró con fuerza a Angélica de la nuca y la apretó contra él para obligarla a profundizar más el beso, tomó el control de la situación irguiéndose de pronto y haciéndola girar, entonces fue ella la que quedó con la espalda pegada a la puerta. John golpeó la cara interna de sus tobillos con el pie haciendo que abriera un poco las piernas para poder introducir la suya en ese hueco, y así rozar ligeramente su sexo. Era una locura, sobre todo haberse puesto de espaldas al pasillo por donde... y se separó de pronto de ella. Con tal excitación que estaba seguro que le dolerían los testículos durante días.

—¡Oohhhhhh! ¡Joder, cómo me pones...! —confesó ella intentando agarrarle de nuevo, para volver a empezar el duelo de lenguas que habían iniciado y había terminado demasiado pronto.

—Me estás volviendo loco —gruñó John apartándose de esa bruja que solo le invitaba a pecar—, aunque no lo suficiente como para jugarme la cabeza, ¿qué es lo que pretendes? —susurró mirando de reojo la puerta tras la que se encontraba la habitación donde estaba durmiendo Carlos.

—Las tentaciones como tú, merecen pecados como yo —afirmó Angélica con una sonrisa en los labios.

Y dicho eso Angélica se arrodilló frente a él, para después de liberar su erección introducirla en la boca. Lo hizo de manera pausada, como si en medio de ese pasillo, con Carlos durmiendo al otro lado de la puerta, ella no viera motivo alguno para tener que apresurarse. Recorría cada centímetro de su miembro de manera lenta, ensalivando bien toda la envergadura, se entretuvo en eso durante un buen rato antes de introducirla por completo. La mente de John se escindía por momentos, su parte racional le instaba a que detuviera esa locura, le advertía que tenía que frenar esa situación que solo podía llevarle a un muy mal final, mientras esa nueva parte de él, la que había nacido con Lena, le obligaba a seguir, a no pensar y solo dejarse llevar, ¡al diablo con todo! Solo quería disfrutar sin preocuparse por nada más.

Angélica se veía suelta en esos menesteres, arrodillada frente a él, agarrada con fuerza a sus nalgas se la metía y sacaba de la boca a la vez que jugaba con la lengua, y John la observaba desde las alturas, verla ahí abajo postrada frente a él, eso no tenía precio. Angélica imprimió un ritmo endiablado y él supo que no aguantaría mucho más, se aferró a su cabeza para obligarla a seguir, a que no detuviera el ritmo, pero de manera magistral ella se zafó del agarre, y antes de que pudiera culminar su tan ansiado y necesario orgasmo,

ella se alzó dejándolo a las puertas del placer, pero sin dejarle cruzar al otro lado.

John abrió los ojos para encontrarse con esa sonrisa socarrona que le miraba con altanería. No podía creerlo, volvió a mirar a Angélica para después mirarse la entrepierna sin terminar de comprender, qué había pasado y mucho menos el motivo.

—Buenas noches John —se despidió ella divertida.

—Y una mierda, no puedes dejarme así —gruñó tan encendido que no fue consciente ni de que había alzado la voz.

Ella solo sonrió y volvió a meterse en la habitación de Carlos cerrando la puerta tras de sí, y dejándolo tan aturdido que no atinaba a saber qué debía hacer a continuación.

—Maldita hija de la gran puta —refunfuñó, empezando a tocarse él mismo para poder finalizar el trabajo que ella había comenzado—. Maldita zooooorraaa —gimió—, joder, ¡cómo me ha puesto! —reconoció al fin llegando al orgasmo como pocas veces había logrado.

No lo podía creer. John se quedó ahí plantado, aun cogiéndosela con la mano, mirando a la nada pero atento a todo. No lo podía creer. Esa frase se repetía como eco en su cabeza. Resopló cansado, ya no recordaba a dónde se dirigía cuando había salido de la habitación, era como si hiciera mil años de eso, pues lo que acababa de pasar marcaba un antes y un después. Se encerró en el baño para darse una ducha que le ayudara a templar sus nervios. Estaba siendo, sin duda, uno de los veranos más extraños de su vida.

A la mañana siguiente cuando se levantó no había nadie en el piso, cosa que agradeció enormemente. Cogió la *tablet*, y mientras se preparaba un café, se sentó a mirar las ofertas inmobiliarias. Estaba casi decidido a marcharse, solo le bailaba algo, y ese algo ya no era Lena y la idea de que algún día pudiera volver buscándolos, sino que en sus paranoias actuales aparecía esa mujer que pretendía aniquilar su cordura. Ella era el motivo por el que quería irse y a la vez, Angélica era la única por la que dudaba que pudiera abandonar ese piso. Así que miró sin mirar nada en particular, tomó el café con calma y se dispuso a dejar pasar el día tontamente, pues en el fondo no le apetecía hacer nada. De nuevo le embargó esa sensación de haber estropeado lo mejor de su vida, o para ser más exactos su vida en general. Era como si todo aquello que sostenía su universo se hubiese desmoronado y ahora, cogido del filo invisible de una realidad inexistente, se debatía entre intentar aferrarse con más fuerza o soltarse y dejarse caer.

¿A quién pretendía engañar? Todo había dejado de importarle. ¿Todo? No, todo no. John cruzó la mirada con la mujer que acababa de entrar por la puerta, y a pesar de saber que no debía, que no estaba bien, y que sin duda, era una absoluta locura, no pudo evitar seguirla cuando ella alzó el dedo y le indicó que así lo hiciera. Era como un estúpido pelele, un perrito faldero en busca de la compañía de su amo, en este caso de su ama. La siguió por el pasillo hasta la habitación del fondo. Las cosas de Max le saludaron con desdén. No había dicho nada de ir a recogerlas, y él no había tenido aún el valor de llamarlo para saber si quería que se las mandara. Mientras él pensaba en aquel pequeño detalle, Angélica introdujo las manos por debajo de su falda y sin decir ni una sola palabra, tiró hacia abajo de su ropa interior. Se sentó al borde del colchón de la cama de Heit y separó las piernas. No tuvo ni que decir qué era lo que pretendía, John no era tan tonto como para no saberlo, aunque sí lo suficiente como para no meditar en las consecuencias que ese acto podría acarrearle. Nada importaba. Sin darle ninguna vuelta se arrodilló frente a ella para empezar a lamer su entrepierna como si no hubiera un mañana que, de hecho, si Carlos aparecía, no lo habría.

Era excitante. Pura adrenalina. Saber que estaba obrando mal, saber que lo que hacía no era correcto, tener constancia de que su vida peligraba le excitaba. Con Lena había descubierto el morbo de someter, con Angélica estaba descubriendo el placer de saberse sometido. Era una sensación extraña, ceder el control y dejarse llevar era algo diferente, un disfrute totalmente nuevo... Angélica lo estaba arrastrando al lado oscuro del placer sin él ser capaz de oponer resistencia. Al sexo prohibido que como siempre, y como en todo, lo prohibido sabía mucho mejor.

John terminó de ducharse rememorando lo acontecido escasas horas antes, desde que había entrado en esa habitación, en donde esa mujer había hecho con él lo que había querido. Tenía claras dos cosas, una era que Angélica solo jugaba con él, y la otra que él quería dejarla jugar. «No eres un peón cuando sabes que te usan», eso se repetía, y mientras eso estuviese claro en su cabeza, ¿qué podía salir mal, a parte de todo? Puede que tampoco importara tanto, ya había perdido lo que pensaba que más le importaba, y a fin de cuentas, él no le debía nada a Carlos. Salió de la ducha y se enrolló una toalla a la cintura para después peinarse. Había sido un polvo sin prisas. Ella sentada a horcajadas sobre su pelvis había marcado el ritmo, la cadencia, la fuerza de cada embiste, y él simplemente se había dejado llevar. John no pudo evitar soltar una carcajada, puede que ahora comprendiera un poco mejor a Lena. Dejarse

hacer podía resultar divertido.

Empezaba a notarse que los días eran más cortos y a su vez algo más fríos, pronto llegaría el otoño, una estación melancólica por naturaleza y él se dejaba arrastrar siempre por la languidez de sus días y la tristeza de sus atardeceres.

Era fin de semana y no tenía nada que hacer, era cuando más extrañaba a sus amigos, pues las horas transcurrían lentas, tediosas... y las paredes del apartamento parecían querer asfixiarle. Así que decidió salir. Necesitaba tomar el aire, despejarse y no pensar en nada. Puede que no pensar en nada tomando una cerveza en la terraza de algún bar, flirteando con alguna chica, aunque solo fuese por el placer de conquistar y no ser el conquistado. Decidió coger el coche y alejarse un poco de la zona habitual que acostumbraba a frecuentar, también evitó los bares a los que solía ir con Max o Heit... así que pronto se vio en la carretera alejándose del centro de la ciudad. A veces se maldecía por haber sido tan dependiente, tan apegado... ellos no habían dudado un solo momento en dejarlo tirado, mientras que él se regodeaba en el dolor que sentía al pensar en ellos, y en la añoranza de esa amistad perdida, estaba tan obsesionado con ellos, que incluso en esa parte de la ciudad, tan alejada de todo lo que conocía, le pareció ver a...

—¿Heit? —susurró John con la mirada fija en un punto muy concreto de la terraza de un bar.

A unos doscientos metros de donde se encontraba, sentado en la terraza de un bar lo reconoció sin problemas. Se quedó plantado en medio de esa acera observándole de lejos, dudando si acercarse a él o dar media vuelta y desaparecer, como se había esfumado él de la noche a la mañana con esa jodida nota. Sin saber muy bien el por qué, John cerró los puños con fuerza y encajó la mandíbula hasta sentir dolor. Estaba harto, cansado de ser un gilipollas sin agallas, el típico que ponía la otra mejilla y se dejaba pisotear siempre con una afable sonrisa decorando sus labios. La habían cagado, todos, los cuatro, habían cometido un tremendo error firmando ese contrato, pero dejarle como habían hecho... quería una explicación. Iba a ir hasta allí, se plantaría frente a Heit y exigiría una maldita aclaración, o puede que simplemente lo cogiera de las solapas para obligarlo a alzarse y estrellaría el puño contra su cara. Estaba decidido. Dio un par de pasos en su dirección, Heit no había advertido su presencia, de hecho, parecía totalmente absorto en algo al otro lado de la calle, y a pesar de que tenía entre las manos un periódico, no prestaba demasiada atención a la prensa, sino que solo

observaba en esa dirección concreta, como si su mirada hubiera quedado imantada en ese punto. John se paró parapetado tras unos coches aparcados, le confundió un poco verlo vestido de una manera tan informal, con unos pantalones y una simple camiseta de manga larga, llevaba el pelo un poco más largo y desde esa distancia no podía distinguirlo muy bien, pero parecía cansado. No dejaba de mirar con insistencia hacia la plaza que había al otro lado de la carretera, entonces John miró en esa misma dirección hacía dónde estaba lo que llamaba tanto la atención a Heit.

En ese instante la vio.

—¡Lena! —exclamó en un susurró antes de perder la capacidad de hablar, pues su corazón se pinzó haciéndole sentir hasta dolor—. No puede ser —susurró aturrido ante lo que estaba viendo.

No podía ser verdad. Al otro lado de la calle, en la pequeña plazoleta estaba ella. Vestía el uniforme de una de las cafeterías del lugar, entraba y salía apresurada portando una bandeja en las manos, para después de depositar el contenido en la mesa, volver a entrar al interior del local. John tuvo que frotarse los ojos para asegurarse que no le engañaban, no lo podía creer. Volvió a mirar a Heit, y de nuevo a Lena. Sacudió la cabeza y volvió a repetir el mismo proceso. Estaba guapa, llevaba su larga melena recogida en un moño despeinado que dejaba caer algunos mechones al azar, y repartía sonrisas por doquier a todos los clientes de la cafetería, parecía feliz. Volvió de nuevo la atención a Heit, ¿estaban juntos? ¿Ella le había buscado? ¿Lo había hecho él? Se quedó ahí plantado, lejos de la vista de los dos, pero pudiéndoles observar con detenimiento. Heit se escondía tras el periódico cuando ella se acercaba a las mesas, aunque a la distancia que se encontraba no creía que Lena lo fuese a ver, así que la respuesta a la primera pregunta era «no, no estaban juntos», tampoco parecía que Lena fuese consciente de estar siendo observada así que, sin duda, había sido Heit quien había dado con su paradero, el cómo y el por qué seguía siendo un misterio. Aunque Heit en sí lo era, al igual que su manera de hacer y conseguir las cosas, siempre le había fascinado por lo eficaz y casi seguro ilegal del tema, como siempre un enigma que en ese momento John no se atrevía a querer resolver. No sabía el tiempo que había pasado allí de pie, entre esos coches observándoles, debatiendo consigo mismo en si irrumpir o seguir atrincherado en esa acera, cuando Lena salió una última vez del local, ya no llevaba el uniforme, sino que vestía de calle. Se había soltado el pelo y llevaba un vestido de manga larga que se ceñía a su esbelta figura, seguía siendo preciosa. Paró un segundo en la acera

antes de cruzar y se enfundó unos auriculares, para reanudar la marcha justo después cruzando a toda prisa al otro lado de la calle.

John se tensó intuyendo que por la dirección que ella había tomado pasaría muy cerca de donde se encontraba, y se sintió de lo más ridículo cuando se escondió tras la furgoneta aparcada. El corazón le latía con fuerza y contuvo el aliento hasta que la observó desaparecer calle abajo caminando a paso apresurado, como si llegara tarde a algún lado. Dudó si seguirla, sin embargo desechó la idea. Cuando volvió a girarse Heit había desaparecido también.

Caminó con lentitud hacia la mesa donde había estado sentado, lo buscó con la mirada, haciendo un barrido rápido a su alrededor, pero parecía haberse esfumado. Gran habilidad la suya. Miró el periódico que le había visto leer, era del día anterior. Lo cogió y sonrió. Siempre había admirado la frialdad de su amigo, esa manera de ser en que parecía que nada ni nadie le podía afectar. Desde que lo conocía, y de eso hacía ya muchos años, Heit le había parecido un tipo frío y sin corazón. Qué equivocado estaba. Lamentaba no haberse dado cuenta antes, que Heit solo luchaba por no dejar entrar nunca a nadie en su interior y eso era lo que le hacía ser tan osco. Le entristecía no haberle sabido ayudar. Puede que de otro modo las cosas no hubiesen terminado como lo hicieron entre ellos.

Lena hizo aflorar lo mejor y lo peor de cada uno de ellos tres. Max se había enamorado, porque Max era así, siempre había sido todo corazón, pura bondad, a pesar de la apariencia de macarra de barrio. Él no había sido capaz de amarla, no había sabido ver más allá de lo establecido entre ellos y se aferró con todas sus fuerzas a ese contrato, puede que por ser consciente de no poder dar un paso más allá, siempre había sido un cobarde. Heit sin embargo, no sabía lo que era el amor, no es que fuera incapaz de amar, es que nadie le había enseñado como hacerlo, y eso, era muy triste. Aunque no era tarde para aprender, pensó John, y el hecho de que Heit se encontrara en ese lugar, que hubiera buscado a Lena, lo demostraba. Puede que aún hubiese esperanza para ellos.

John miró por donde había visto desaparecer a Lena, pero de nuevo le pudo la cobardía y se quedó allí, maldiciéndose por no haber sabido reaccionar antes.

—Perdona, ¿tienes fuego? —le asustó un viandante que pasaba por allí.

—¿Qué? No —respondió con sequedad.

Volvió a sentirse extraño, ver a Lena le removía muchas cosas por dentro, como hacerlo más consciente de todo lo que había perdido de un solo

plumazo. Puede que, si lograba hablar con Heit, pudieran arreglar las cosas. El camino de regreso lo hizo sumido en sus pensamientos, recurrentes y repetitivos, pero con un nuevo ítem que incluir en ellos, y es que entre todo lo que extrañaba de su vida anterior, había que sumarle algo que había aparecido casi de improvisto. Sonrió al pensar en Angélica.

## Capítulo 5

Ella le besó, uno de esos besos apasionados, ardientes, de esos con los que no echabas en falta nada, pero dejaban con ansias de más. John intentó retenerla, decir algo, negarse, sin embargo no pudo. Angélica puso un dedo presionando sus labios, señal internacional de que guardara silencio y así lo hizo, aunque obsequió a ese caprichoso dedo con un ligero mordisco. Ella le miró y sonrió de manera maliciosa antes de cerrar la puerta del armario dejándolo allí dentro.

«Tengo una sorpresa para ti», era lo único que le había dicho. Le gustaban las sorpresas de Angélica, solía hacer alarde de su portentosa imaginación. En esas semanas que habían empezado a... realmente no sabía qué había empezado entre ellos, lo que estaba claro era que fuese lo que fuese no quería que tuviese un final. Ella era pura magia, le hacía flotar hasta el cielo o hundirse en lo más profundo del infierno con tan solo una palabra, una mirada o una caricia. Angélica era la mujer que lo llevaría a la ruina, lo sabía, aunque no le importaba.

No era consciente del tiempo que había pasado desde que ella había desaparecido, ya iba a salir de ese encierro voluntario cuando escuchó voces y el abrir y cerrar de una puerta. John dudó un instante, como si los sentidos le fallaran, sin embargo la grave voz de Carlos llegó de manera nítida hasta él.

—Maldita sea —gruñó entre dientes perplejo.

Se quedó muy quieto, petrificado, incluso dudó de si la sangre había dejado de circular por sus venas, temía hasta respirar o parpadear, cualquier cosa que implicara el menor ruido. Si Carlos, Dios no lo quisiera, le encontraba allí dentro, era hombre muerto. No bromeaba cuando decía que con sus cosas no se jugaba, y Angélica era una de esas «cosas».

En la habitación la pareja había empezado a hablar en susurros quedos, desde el interior del armario se le hacía difícil poder distinguir más que murmullos, sin entender ninguna palabra concreta, pero por el tono, parecía una conversación íntima, puede que incluso algo encendida, pues los gruñidos de Carlos pronto ganaron en profundidad. John quiso mirar qué era lo que pasaba fuera, pero su cuerpo no reaccionaba, no podía moverse, intentó afinar el oído, y se dio cuenta de que la voz de Angélica se había acallado, sin

embargo los gruñidos de Carlos ahora se escuchaban con mayor intensidad. Cerró los ojos, no le hizo falta mucha imaginación para saber qué era lo que ahí fuera pasaba, y la imagen de Angélica arrodillada frente a ese grandísimo hombre con la cabeza hundida entre sus piernas hizo que una parte de su cuerpo, sí reaccionara. Suspiró, al menos sabía que la sangre circulaba de nuevo, la mala noticia era que toda en la misma dirección.

—Sí nena, así... —gruñó Carlos en pleno éxtasis.

John apretó los puños, eso era demasiado, ¿qué se había pensado? ¡Cómo podía hacerle eso! No obstante estaba ahí atrapado, quisiera o no... él se había dejado arrastrar a esa absurda, y por qué no decirlo, peligrosa situación.

—Joder nena, como me gusta que me hagas eso... eres la mejor mamándomela...

Se obligó a respirar, de manera pausada y tranquila, pero llenando bien sus pulmones de aire, y a contar para intentar centrar la atención en algo que no fuese la pareja que estaba fuera, algo que no fuera cómo Carlos estaba tocando a Angélica... Sacudió la cabeza. Solo era un juego, él sabía que ella solo lo estaba usando para jugar, sin embargo, no podía evitar que el enfado se apoderara de él. En ese armario hacía calor y pronto empezaría a sudar. Intuyó un sutil cambio en la habitación, ahora a los jadeos de Carlos se habían unido ligeramente los de ella, así que a la mente de John acudieron posibles situaciones que propiciaran eso. No le gustaba. Su libido se había disparado y su miembro estaba duro como una roca, aunque no le gustaba. Era consciente que Angélica era la pareja de Carlos, no era estúpido, sabía que él solo era el segundo plato, o esa galletita salada que uno come cuando tiene algo de hambre y así pasar las ansias hasta el plato principal, sin embargo una cosa era «saberlo» y otra que le dieran en toda la cara con...

—Joder —gruñó, cuando su mirada se coló por una rendija de la puerta del ropero y pudo ver, en vivo y en directo, y casi en primer plano la gran talla que gastaba Carlos. Estaba claro que todo en él era grande. Desde su ego hasta su miembro—. Calma John —se susurró a sí mismo.

En ese momento intuyó que Angélica se había tumbado en la cama, y Carlos arrodillado a los pies de la misma, de espaldas al armario, estaba con la cabeza hundida entre los muslos de ella, que de vez en cuando dejaba escapar algún gemido de puro placer. Dudó un poco, pero visto que Carlos estaba de espaldas, John abrió con cuidado una de las puertas para intentar escabullirse de la habitación antes que fuese demasiado tarde, en sentido metafórico, aunque también literal. Cuando ya tenía un pie fuera del armario no pudo

evitar buscar con la vista la taimada mirada de su amante, y se quedó prendado de la lujuria que destilaban sus ojos, cómo mordía su labio inferior señal inequívoca de lo mucho que la estaban haciendo disfrutar. Quiso irse, lo sensato era marcharse, sin embargo la visión de Angélica desnuda siendo devorada por ese orco fue más fuerte que la sensatez, y sin saber muy bien por qué, John volvió a meterse en el armario, esta vez dejando la puerta entreabierta para tener una mejor perspectiva de todo lo que iba a ocurrir en esa habitación.

Angélica tenía un cuerpo perfecto, de sinuosas curvas, elegante. Un cuerpo pensado para el placer, para perderse en él sin echar nunca nada en falta. John lo sabía, era consciente de ello, lo había podido disfrutar ya, pero verla así, era una visión totalmente nueva de Angélica. Entregada, sumisa, dominante, tímida, salvaje... era explosiva, llena de contrastes, con un sinfín de matices y él solo podía observarla obnubilado. La excitación era máxima, ver la manera en la que Carlos la tocaba no causó en él otra cosa que un gran enfado, un sentimiento de posesión, pero a la par una pasión desenfrenada, una bofetada de lascivia y ganas de más. Esa situación era de lejos, una de las más morbosas que había experimentado nunca. Sentía miedo, mezclado con curiosidad, placer, fascinación... Ver sin ser visto, mudo testigo del disfrute de otros, robándoles ese momento de tanta intimidad. Se preguntó entonces si sería tan excitante estar en el otro lado, el de saberse observado, y supuso que sí, pues por los gestos, las caras y los gemidos de Angélica, estaba totalmente encendida y rendida al goce, y eso que Carlos aún no la había penetrado. Cuando ese momento llegó, ella se situó de forma que su rostro quedó encarado a las puertas del armario, y así fue como, entre embestida y embestida que le propinaba Carlos, Angélica lo miraba fijamente, susurrando quedamente su nombre «John, John, John». Eso fue más de lo que él podía soportar y llevando la mano a su bragueta la hizo descender para poder masturbarse. No entendía por qué lo prohibido era tan seductor, pero ahora entendía por qué habían perdido el paraíso, aunque para él, el Edén estaba situado en cada pliegue del cuerpo de esa mujer.

Carlos gruñó aferrado a sus caderas, ese hombre tenía un aguante envidiable, cuando intuyó el final, clavó los dientes en el hombro de Angélica, jadeó como un animal, y terminó por correrse dentro de ella. John seguía acariciando su sexo, a pesar de ya haber alcanzado el orgasmo dos veces y estar exhausto, su polla había decidido echarle un pulso endureciéndose de nuevo una tercera vez. Eso no podía ser normal, empezaba a cobrar fuerza la

hipótesis de que estaba enfermo o algo le había quedado tarado después de lo de Lena.

Angélica se levantó con cuidado de la cama, estaba desnuda y sudada, con el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas y el semen de otro hombre escurriéndose por la cara interna de sus muslos. Tenía marcas de dientes en la espalda, arañazos en el abdomen y dedos en la zona de las caderas, donde Carlos se había asido con tanta fuerza que en algún momento había parecido que ella se fuese a romper. Angélica sonrió en dirección al armario y le guiñó un ojo. A su espalda el agotado hombre empezó a respirar con profunda tranquilidad. Ella abrió la puerta del armario descubriendo ahí a un agitado John, con los pantalones por los tobillos y el miembro entre sus manos. Empapado en sudor y totalmente rojo. No dijo nada, solo se arrodilló frente a él abriendo la boca y buscando la punta del glande con su lengua, el sabor salado pronto inundó su boca. Angélica sonrió y alzó la mirada para encontrarse con la de él, se mordió el labio antes de metérsela por entero. John tuvo que aferrarse al marco de la puerta para no tambalearse y apretó con fuerza los dientes para que ningún sonido traicionero escapara de su garganta.

—Se obediente y sucumbe a mis fantasías —dijo Angélica. Su voz le acarició y estremeció casi tanto como la lengua que volvía a devorarle.

No pudo evitar alzar la mirada y clavarla en Carlos, que descansaba después del gran esfuerzo de follarse a su mujer, esa que ahora se relamía con su polla entre los labios. Si seguía así, seguro que terminaría por enloquecer, pero no podía parar, Angélica era una droga dura a la que ya no podía renunciar. El orgasmo le sobrevino a ráfagas, tan intenso y abrumador como los anteriores.

—¿Qué me estás haciendo? —se lamentó.

Ella no dijo nada, solo tragó y sonrió. Se levantó tirando de su mano en dirección a la puerta de la habitación, y después de abrirla lo empujó fuera. John se quedó parado en medio del pasillo tan aturdido que no sabía ni qué hacer. Miró de nuevo hacía la puerta recién cerrada y suspiró. Ya era demasiado tarde hasta para pensar en la posibilidad de irse de ese apartamento. Debería haber sido listo y haberlo hecho antes de que esa tarántula de ojos color miel lo sedujera, y atrapara en su tela de araña de sexo y descontrol. Ahora había perdido la posibilidad de marcharse e intentar ser feliz. Solo le quedaba la opción de seguir rindiéndose a los caprichos de esa pérfida mujer.

Decidió darse una ducha y dormir, ya mañana sería otro día, y puede que su

razón recobrar fuerzas con las horas de sueño y pudiera, por fin, decir adiós.

Estaba cansado, por no decir hastiado de todo y de todos, era como si el mundo se hubiese confabulado en su contra y ya no podía soportar el peso del paso de los días sobre sus espaldas. Era algo extraño, cuando ella estaba allí era como que todo tenía más color, pero cuando ella se marchaba o cuando estaba con Carlos era como si el mundo se volviera gris.

Estaba en un momento tan gris, que parecía negro.

John se sentó en una de las mesas más apartadas de la cafetería, una que estaba cerca del apartamento, solía ir allí de vez en cuando, de hecho, había ido allí algunas veces con Lena. Sobre todo al principio, cuando necesitaba sacarla del piso pues veía cómo ella estaba a punto de estallar. Lena siempre pedía un café con leche y solía comerse la pieza de bollería más grande que hubiera en el mostrador. No importaba de qué era, pero sí que fuese enorme. Ahora recordaba con cariño todas esas tonterías que no habían tenido la más mínima importancia. Volver a verla no había supuesto en él ningún cambio significativo, ver a Heit sí había descolocado una parte importante de su corazón. Siempre lo admiró, puede que nunca se lo hubiese dicho, sin embargo en el fondo Heit sabía la fascinación que causaba en ellos, puede que se aprovechara de eso a veces para hacer valer su voluntad. Era un líder de masas, un gran orador, un tipo carismático, un dictador en potencia, alguien capaz de convencerte hasta del peor de los males, aunque en la terraza de ese bar, con la mirada clavada en ella, lo había visto tan derrotado... Había visto en él humanidad. No entendió hasta que fue demasiado tarde que Heit se había enamorado de Lena, algo que sin duda lo había descolocado tanto, que su única reacción había sido alejarla de él del único modo que alguien como Heit conocía, a través del dolor y la humillación. Sentía lástima por él. Puede que hubiese tenido a su amor verdadero justo delante y había sido tan estúpido que no lo había sabido ver, o puede que aún viéndolo, no lo había querido aceptar.

Llegó la camarera y pidió un café solo, sin nada más, no le apetecían dulces ni edulcorantes, todo lo que sentía era amargo, como debía ser el café. Sarah le había dicho que cuando llegara la mujer de su vida lo sabría, pues a su mente acudiría un «esta es la mía», se preguntaba si Heit había sentido eso con Lena, o si era eso lo que estaba sintiendo por Angélica. Cerró los ojos un instante y los abrió de golpe cuando notó o más bien padeció en sus propias carnes, como un líquido abrasador se derramaba sobre una de sus piernas.

—¡Joder! —gritó levantándose de pronto, y al hacerlo la camarera se tambaleó.

—¡Lo siento! —exclamó la chica, recuperando con rapidez el equilibrio—. Lo siento mucho —repitió con cara de horror, llevando las manos sobre el muslo de John donde se apreciaba la mancha de café caliente.

—¡Mierda! Joder cómo quema —clamó John e intentó de algún modo evitar que la tela tejana rozara con la piel de su pierna, algo que era bastante imposible lograr. La chica tiró del trapo que llevaba atado al cinturón del delantal para intentar limpiarle—. ¡Vaya mierda de día! —soltó él clavando los ojos en los de la camarera que le observaban implorando perdón.

—De verdad que lo siento mucho —dijo esta al borde del llanto.

—Eh eh, no, tranquila —John tiró del trapo, para limpiarse él mismo—. No pasa nada.

—¿Estás bien? —inquirió la muchacha con cara de preocupación.

—Bueno, me has quemado la pierna —comentó componiendo una mueca de dolor—, pero creo que voy a sobrevivir.

—¡Vaya día llevo! —se lamentó ella, mientras miraba como John seguía pasando el trapo por el pantalón y movía la pierna para intentar aliviar el quemazón.

—¿Nos conocemos? —preguntó John de pronto mirándola—. Me resultas familiar.

—Bueno, llevo trabajando aquí desde hace dos años, no es el primer café que te sirvo.

—Este no me lo has servido, me lo has echado por encima —bromeó.

—Lo siento —volvió a repetir ella—. ¿Te duele?

—Un poco... creo que voy a ir al baño a lavarme todo esto...

—Yo creo que debería prepararte otro café —propuso ella antes de encaminarse hacia la barra.

«Es bonita» pensó John, mientras la observaba un segundo más antes de irse al baño. Se bajó los pantalones con cuidado para descubrir que la piel de su muslo había quedado ligeramente enrojecida, vaya estupidez, con un café. Cogió papel y se lo pasó por la pierna después de humedecerlo, repitió el mismo procedimiento con el pantalón, intentando eliminar el color marrón de la tela. Aprovechó el momento para refrescarse un poco el rostro. Era octubre y aún hacía bastante calor. Cuando salió del baño una nueva taza de café le esperaba en la mesa. Sonrió a la camarera que de nuevo estaba tras la barra atendiendo a otros clientes. John se sentó con tranquilidad, sopló el interior de la taza antes de tomar el primer trago, ya había descubierto que podía llegar a quemar mucho. Siempre le había parecido que hacían un café excelente, aunque

nunca se lo habían echado por encima. Lena sin embargo, opinaba que lo mejor eran las palmeras de chocolate. Sacó un libro de la mochila y se dispuso a leer un rato, aunque de vez en cuando su mirada buscaba la de la camarera, para sorprenderse pues ella también le observaba, aunque la retiraba de inmediato como avergonzada.

—Toma —la voz de la chica le sorprendió cuando más enfrascado en la lectura estaba.

—¿Qué es esto? —preguntó John cogiendo el papel que ella le tendía.

—La hoja de reclamaciones.

John no pudo evitar soltar una carcajada y le devolvió el papel de inmediato, ella suspiró aliviada, y en un ataque de valentía que le había costado casi una hora reunir, tomó asiento a su lado. Él la observó sonriente, sin embargo el valor de ella parecía haberse esfumado con el acto de sentarse junto a él, así que le tocaba a John dar el siguiente paso.

—Soy John —se presentó alargando la mano en su dirección—. ¿Tú eres?

—Mia —soltó con premura—. Soy Mia.

—Vaya, así que eres Mia... —John sonrió—. Bonito nombre.

—¿Te gusta?

Él asintió y de pronto se quedó embelesado con el color de esos ojos, tan claros y dulces y a la vez tan diferentes a todos los que había visto con anterioridad. Era extraño, tenía una mirada profunda a la vez que sincera. Ella sonrió con timidez y dejó caer las pestañas cuando sus mejillas empezaron a tornarse de un tono rosado.

—¿Seguro que no nos conocemos? —insistió John, pues su rostro le parecía familiar, o puede que simplemente le gustara y por eso tenía la sensación de conocerla de antes.

—No sé, creo que no... solo de aquí, antes venías más, con tus amigos, hace tiempo que no les veo.

—Puede ser que sea de eso —y no pudo evitar volver a clavar la mirada en ella, ver la manera en la que se sonrojaba le divertía. Era una chica muy guapa, de eso no había duda.

La cafetería estaba desierta, solo se encontraban ellos dos en el interior y había una pareja sentada en una de las tres mesas que ocupaban parte de la acera y de las cuales Heit siempre se quejaba, y de nuevo uno de ellos metido en su cabeza, era enfermizo.

—¿Estás bien? —preguntó Mia al verle tan ausente por un segundo—. No te habré quemado mucho ¿no?

—Solo lo suficiente —bromeó John.

—De verdad que lo siento, estaba pensando en mis cosas... Hacía tiempo que no venías, me ha sorprendido verte.

—¿De verdad? —preguntó extrañado porque ella hubiese reparado en ese detalle—. La verdad es que llevo una temporada un poco mala.

—Vaya... lo lamento.

—Sí bueno, es solo una mala racha, pasará...

—¡Esa es la actitud! —sonrió Mia, y John no pudo evitar pensar que tenía una de las sonrisas más bonitas que había visto nunca.

—Oye, estaba pensando que... —soltó John de pronto, sin pensar, sin medir las consecuencias o meditar los pros y los contras como solía hacer, simplemente Mia le parecía una chica bonita y agradable, así que estaba dispuesto a invitarla a un café, sin embargo, en el bolsillo de su pantalón el móvil empezó a vibrar.

—¿Sí? —preguntó ella sin disimular el hilo de esperanza que tiñó su voz.

—Bueno, estaba pensando que si quieres después... ¡Joder! Espera —dijo alzando la mano a modo de disculpa para sacar el teléfono del bolsillo. Ver el nombre de «Angy» escrito en la pantalla hizo que le diera un vuelco el corazón—. ¿Sí? —respondió sin poder evitar el nerviosismo.

—Ahora —dijo la voz al otro lado de la línea.

John colgó y se levantó de pronto, guardando apresurado el teléfono en el bolsillo, el libro en la mochila y sacó la cartera para pagar el café. Mia también se había levantado.

—Invita la casa —dijo ella con un tono de decepción que pasó inadvertido a John.

—Gracias. Hasta otro día —se despidió saliendo rápidamente del local.

—Claro... —susurró Mia viéndole marchar de manera precipitada.

Era absurdo, una locura. Estaba loco, de eso había dado ya sobradas muestras, un maniático que solo podía pensar en el sexo, ¡no! Peor aún, en el sexo con la mujer de su compañero de piso. Demencial. Max se habría descojonado de él, porque a esas alturas ya era casi imposible negar que sentía algo por Angélica. ¿Amor? No lo sabía, pero nadie arriesgaba tanto por un polvo, y eso era algo que tenía siempre muy presente.

Entró en el apartamento casi a empellones, tropezó con el cordón desatado de sus zapatillas deportivas y a punto estuvo de caer de bruceas al suelo. Soltó una carcajada, por el ridículo y por, de nuevo, volver a pensar en Max. Repasó habitación por habitación, pero ella no se encontraba allí. Gruñó

cuando comprobó que efectivamente el piso estaba vacío. Volvió a mirar el móvil, sin embargo no había rastro de una nueva llamada, ni de ningún mensaje, nada. Tomó asiento en uno de los taburetes de la cocina y sorbió el refresco que había sacado de la nevera. No entendía nada ¿y si la llamada no había sido para él? Sin querer se tensó, ¿podía Angélica estar jugando a más de dos bandas? ¿Era eso posible? Se sintió dolido, traicionado y hasta celoso, de un modo diferente a como se sentía cuando era Carlos el que entraba en la ecuación, pues ese término ya lo tenía asumido.

Vació la lata por entero y la arrojó a la basura, caminó sin rumbo por el salón, cansado y hastiado, molesto y cabreado, y de pronto pensó en Heit. Volvió a su mente su imagen en la silla de ese bar, observando a Lena, embelesado en aquello que jamás podría tener. Era tan triste... Esperaba que a Max le fuese mejor que a ellos. Ese silencio condensado a su alrededor le dejaba demasiado tiempo para pensar y eso en su situación no era nada bueno.

—¡Buenas tardes chico! —saludó desde la puerta un sonriente Carlos.

—Mierda —gruñó entre dientes. Lo odiaba. No podía evitarlo, durante las horas que no coincidían se intentaba convencer, que en esa historia el malo era él, pero de pronto, cuando lo tenía en frente, se olvidaba de que la víctima era Carlos y solo podía sentir odio y rechazo hacía ese hombre, no obstante había aprendido a disimular—. ¿Qué pasa? —saludó sin mucho afán.

—Parece que ya vamos de cara al invierno —Carlos cogió una lata de cerveza de la nevera.

—Eso parece.

—¿Has hablado con Angélica? —inquirió Carlos de pronto.

John se tensó de inmediato, sintió una rampa que agarrotó todos sus músculos, aunque se obligó a relajarse y disimular la cara de terror que seguramente tenía en ese instante.

—Aaahhh no —dijo con tono de duda, y replegándose un poco sobre sí mismo en actitud defensiva, por si el siguiente paso de Carlos era abalanzarse contra él—. ¿Por? —se atrevió a preguntar.

—Ah, no, nada... su hermana viene a la ciudad unos días y habíamos pensado que a lo mejor no te importaba que se quedara en la habitación del fondo —Carlos soltó una carcajada al ver la cara de contrariedad de John—. ¡Ves! Por eso le dije a ella que hablara contigo... las mujeres son más convincentes.

—O nosotros unos calzonazos.

—¡Eso también puede ser! —se mofó Carlos, estrujando la lata vacía con

su mano—. ¿Sabes? Eres más listo de lo que pensaba, pero más tonto de lo que pareces.

—¿Me estás insultando? —inquirió John molesto y un tanto confundido.

—¡Tranquilo chico! —soltó alzando ambas manos—. Era solo una broma.

En esos meses había aprendido a aborrecer sus bromas, su mal entendido sentido del humor, sus batallitas de perro viejo, sus estúpidos consejos que nadie le pedía, de hecho, odiaba todo lo que ese hombre era y representaba, lo despreciaba todo de él, menos a su mujer.

—Entonces ¿te parece bien lo de Claire? —insistió de nuevo Carlos.

—Creo que mi opinión importa más bien poco...

—Bueno, la de ninguno de los dos —dijo Carlos bajando la voz como si hiciera una confidencia—. Claire es insoportable, una niña malcriada a la que le deberían haber dado un par de hostias de pequeña... pero, qué le voy a hacer, es mi cuñada.

—Joder, y la tienes en gran estima —musitó John.

—Ya la conocerás...

—No, si con esa descripción, ganas es lo único que me faltan.

—Solo te digo una cosa muchacho, no te dejes liar por esa bruja, o vas a terminar muy mal. Cara de corderito, pero es todo fachada, hazme caso y no caigas en sus redes —le aconsejó Carlos.

John no pudo más que soltar una carcajada. Ya estaba otra vez, el gran Carlos ofreciendo consejos gratis a todo el personal. John se levantó con clara intención de irse, aunque la verdad era que, a esas alturas, Claire ya había logrado captar su atención.

—¿Está buena? —preguntó como de pasada, realmente tampoco era que le importara mucho.

—Es la versión mejorada y más guarrilla de Angélica, pero como digas que yo he dicho esto te voy a tener que arrancar la cabeza.

—¿Te has follado a tu cuñada?

Carlos solo sonrió y fue él quien abandonó el salón dejándolo allí plantado y de nuevo con la imaginación totalmente desbocada.

«Quieren volverme loco», y encima Angélica no había aparecido, se sintió un auténtico estúpido, un pelele con el que estaban jugando, y él se sentía incapaz de hacer nada para evitarlo.

A los pocos días se presentó la hermana de Angélica. Claire era tal y como Carlos la había descrito, algo más menuda que su hermana mayor, aunque con el mismo tono caoba de pelo, los mismos ojos felinos y el caminar atigrado,

aún tenía que comprobar el otro aspecto, pero verdaderamente ambas hermanas se parecían en todo lo demás. Encima daban la sensación de llevarse francamente mal, pronto verlas discutir se convirtió en una diversión extraña, y solo llevaba dos días en el piso... Sin embargo, las discusiones entre ellas iban en aumento y John se preguntaba si alguna vez llegarían a las manos, podría ser hasta divertido de ver.

Con Claire en la casa había empezado a frecuentar más las zonas comunes, aún así, disfrutaba de la recién impuesta soledad, y sentado en la mesa con el portátil en frente dónde se suponía que debía estar trabajando solo podía pensar en cómo lograr escapar de todo, incluso de él mismo.

—¿Te lo puedes creer!? —exclamó Claire entrando sin tan siquiera llamar para advertir o anunciar su irrupción y dando un sonoro portazo tras de sí que hizo que todo temblara—. ¡La odio! —sentenció tirándose sobre la cama—. ¡Es insoportableeeeeee! —vociferó con el rostro escondido entre los almohadones.

John la miró desconcertado por tanta desfachatez, el caso es que no pudo decir nada.

—¿Tienes un piti? —y antes que John pudiera tener derecho a réplica Claire abrió uno de los cajones de la mesilla de noche—. ¡Joder! Menudo arsenal —silbó, metiendo la mano y sacando un puñado de preservativos—. ¿Follas mucho? —inquirió, y ahora sí clavó la mirada en él y calló para dejarle responder.

—Antes sí —dijo simplemente.

—¿Ahora ya no?

—Ahora menos —respondió John.

—¿Te ha dejado la novia?

—Algo parecido.

—No —sentenció negando con la cabeza.

—¿No? —John cerró la tapa del portátil en el que estaba trabajando, antes de que la nueva pelirroja entrara por la puerta y usurpara su cama para girarse y mirarla con detenimiento—. ¿Qué quieres decir con ese no?

—No tienes pinta de ser de los que una tía deja —afirmó Claire.

—¿Tengo pinta de ser yo el que rompe corazones?

—¡Ja! —soltó todo el aire en ese conato de carcajada—. Que va... Tienes pinta de pringado.

—¿Disculpa? —inquirió John.

—De buen tío —aclaró Claire.

—¿Ser un buen tío me convierte en un pringado? —preguntó John extrañado.

—Automáticamente —sentenció rotunda Claire.

—Es bueno saberlo —respondió John rascándose la cabeza.

—Tienes una historia.

—Todos la tenemos —soltó John levantándose, para sentarse en la cama con ella.

—Pero la tuya tiene pinta de ser interesante.

—Depende de cómo la cuente... —John alargó la mano y le quitó los preservativos a Claire para volver a dejarlos en el cajón, los guardó todos menos uno, que dejó sobre el regazo de ella—. Intenté ser el chico bueno, pero a las mujeres les iban más los tipos malos. Así que ahora, he decidido que yo seré el malo que os hará desear a los buenos.

—No me equivocaba contigo —susurró Claire alzando el preservativo.

—Pues espero que yo tampoco me haya confundido contigo.

La tiró a la cama de un empujón y antes de que ella pudiese reaccionar la acorraló con el peso de su cuerpo. El ronroneo de Claire confirmó lo que John ya intuía, así que sin previo aviso azotó una de sus nalgas por encima de la tela del pantalón, acto que conllevó la consecuencia de que ella gimiera de placer. John subió la mano hacía su cabeza y la cerró enredándose en su pelo para tirar de ella y deslizarla por el colchón hasta que cayó de rodillas al suelo, y así, aprisionada entre su cuerpo y la cama, ella no pudo más que mirarle y obedecer. Volvía a tener el control. Puede que solo fuese un polvo, pero en ese momento volvía a ser dueño y señor de sus pasiones, de sus actos, y lo más importante, de esa mujer.

Acercó los dedos a su boca que ella entreabrió para poder lamerlos, lo hacía con ganas, dejándolos totalmente ensalivados, poco después era otra parte del cuerpo de John la que lamía con igual o más pasión. Sin duda ambas hermanas eran expertas en los placeres orales.

Su cuerpo menudo se acoplaba a la perfección al suyo propio, estaba caliente y húmeda cuando se hundió en ella. No rechistó ni protestó cuando la puso de espaldas, ni cuando tiró de su pelo para que arqueara más la espalda y así poder tener una mejor visión de tu culo, sus nalgas, sus pechos, que danzaban al mismo ritmo que él imprimía en las acometidas. Era un deleite para los sentidos y se dejaba follar sin oponer resistencia, había entendido a la perfección que en eso consistía el juego, en cederle a él el control, y lo hacía sin rechistar.

—Déjate llevar —le susurró John, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y Claire gimió como toda respuesta—. Oh síííí... —John se aferró con más fuerza a su cuerpo imprimiendo un ritmo bestial a ese polvo que estaba a punto de terminar, tampoco tenía porque alargarlo mucho más—. Sí nena sí...

—¡Joder! —gruñó ella fuera de control.

Ambos llegaron juntos al placer, John se dejó caer a su lado satisfecho, ella lo miró desconcertada y una lágrima empezó a rodar por su mejilla. Él se alzó de pronto extrañado, vale, no había sido un caballero, aunque tampoco le había hecho nada muy fuera de lo normal, un par de azotes y algún tirón de pelo...

—¡Oh mierda! —dijo clavando la mirada en ella—. ¿Te he hecho daño? —pregunto confundido.

—Lo siento —susurró Claire enjuagando las lágrimas e intentando inútilmente dejar de llorar—. No es nada, no es qué... nada...

—Claire, estás llorando...

John empezó a incomodarse, solo quería echar un polvo sin más, sin remordimientos posteriores, simplemente follar con una tía y pasarlo bien, como había hecho siempre, no obstante parecía que el destino se empeñaba en enredar las cosas, como si ya no mereciera un polvo sin complicación.

—Perdona —hipó ella derretida en un llanto que iba en aumento por momentos.

—¡Joder! ¿Que perdone el qué? Me estás rallando Claire... no entiendo nada... —dijo alcanzando los calzoncillos para al menos cubrirse un poco.

—Ha sido mi primera vez.

Esa frase cayó sobre él como una sentencia. «Bien John, muy bien, así se hace campeón» pensó llevando ambas manos a su cabeza y alzando la mirada al cielo. Iba de mal en peor, acababa de tocar fondo y ya solo quedaba hundirse más o remontar, y no se veía a él mismo como un Phenix.

—Claire... —pero ahí terminó su argumentación, ¿qué podía decirle? ¿Qué lo sentía? ¿Qué no lo sabía? ¿Qué lamentaba haberle robado su virginidad?

—No pasa nada, ¿vale? —ella se levantó de la cama para poder vestirse—. De verdad, no ha sido nada —repitió, aunque sus hipidos y su cara de desconcierto no avalaban sus palabras.

—¿Seguro?

—¡Claro que no! —rompió a llorar.

—¡¿Pero por qué no me has parado?!

—No lo sé... creía que quería.

—¿Creías? —John movía los brazos exasperado—. ¡Joder! Se quiere o no se quiere... no se cree querer y después ya no... así no vale —gruñó molesto.

—¿Te has enfadado?

Surrealista, la situación se había tornado en algo totalmente irreal. Claire escondió su rostro entre las manos, sin embargo de pronto parecía más calmada, al menos su cuerpo había dejado de convulsionar entre hipidos. John clavó los ojos en ella, había dejado de llorar y ahora lo miraba también y poco a poco sus labios se fueron curvando en una sonrisa sardónica hasta que el silencio fue roto por una estridente carcajada que se clavó en John como una daga. No entendía nada, pero tenía la extraña sensación de que estaba a punto de quedar como un idiota.

—Qué rico —susurró Claire acercándose a él y acariciándole la mejilla—, deberías haberte visto la cara. Lo que yo he dicho, eres un pringado.

—Pe... pero... ¡joder! —bramó John.

—¿No te gusta jugar? —inquirió Claire.

—Largo —gruñó John señalando la puerta.

—Qué pasa John, ¿te ponía más cuando pensabas que era virgen?

—¡Vete! —gritó empujándola—. ¡Estáis locas! —exclamó a voz en grito cuando terminó de sacarla a empujones de su habitación—. ¡Estáis todas locas joder!

Lo que más le molestaba era que Carlos había tenido razón, debería haberse mantenido lejos de la loca de su cuñada.

## Capítulo 6

Adoraba las mañanas con olor a café, hasta que se percataba de que ya nada era igual, pero ese olor era como su particular regresión a esos meses. Aunque todo a su alrededor había cambiado por completo y al entrar en la cocina no era Lena quien aguardaba, sino Angélica que lo miraba con picardía, mientras se abrazaba al cuerpo de Carlos. Los primeros días eso no le molestó, ¿por qué debería hacerlo? Sin embargo poco después, esa idílica escena de pareja le asqueaba de tal modo que le era casi imposible de soportar, sin que las arcadas acudieran y le hicieran dar un vuelco en el estómago. Esa mañana, como venía siendo costumbre, le despertó un aroma a café recién hecho que le guio como si de la luz al final del túnel se tratara.

Había pasado mala noche, de hecho, ya no recordaba la última que había dormido del tirón, para ello seguramente debía remontarse a la última noche que Angélica no estuvo en el piso, aunque de eso hacía semanas, a decir verdad, parecía que ella ya vivía allí sin que él se hubiera dado ni cuenta. Después de que su hermana Claire se marchara, cosa que le supuso un gran alivio, Angélica había trasladado algunas de sus cosas a la habitación del final del pasillo, y de pronto la ropa, los libros y todo lo de Max estaba en cajas, y eso suponía para John no solo la certeza de que había perdido algo importante de su vida y que jamás volvería, sino también de que, en ese piso, el extraño ahora era él.

Cada vez tenía más claro que ese ya no era su hogar, ya no contaba para nada y se sentía de prestado, sin embargo, se resistía a abandonarlo, como si algo le anclara a esas paredes, y se aferraba a ello con uñas y dientes, sin poder soltarlo.

Cuando entró en la cocina lo primero que captó su atención fueron las piernas desnudas de ella, tan largas, tan suaves y perfectas, tan solo cubiertas en parte por una de las camisas de Carlos, que no alcanzaba ni a medio muslo. Quedó parado en medio de la cocina observándola con detenimiento, la analizó embelesado para llegar a la misma conclusión que llegaba siempre, que era perfecta. No importaba dónde, cuándo, ni cómo la mirara... era un sueño hecho realidad, el único problema era que era el sueño de otro, y para él pronto todo sería una pesadilla de la que no podría escapar, aunque no

quisiera, era consciente de ello.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Angélica sirviéndole un café, y dejándolo sobre la repisa que separaba la cocina del salón—. No te habremos molestado mucho, ¿no? —rió con maldad. Con esa mal intencionada finalidad de hacerle daño, como si verla ahí sin poder tocarla no fuese castigo suficiente. Y es que ella era así. Disfrutaba torturándole, viendo el desconcierto y el malestar nublando su siempre traslúcida mirada.

—No —respondió seco John, pues cada vez le gustaban menos esas «bromas».

—¡Deja al chico en paz! —se quejó Carlos, entrando en ese preciso instante en la cocina vestido con un impoluto traje oscuro—. Mira que eres... —y cogiéndola del brazo la acercó a él de un tirón para robarle un beso antes de terminar la frase— mala.

—¿Muy mala? —inquirió zalamera.

—Malísima... —gruñó el hombre mordisqueándole el hombro y enterrando el rostro entre su cabello después— Puede que después deba darte unos azotes.

—No todos tenemos la misma suerte que tú —repuso Angélica divertida soltándose de su agarre—, que nada más tumbarte en la cama te quedas dormido como un tronco, imposible despertarte... —y entonces clavó la mirada en los escurridizos ojos de John—. Ya podrían estar haciéndome cualquier cosa justo al lado que él no se despertaría... —susurró mordiéndose el labio inferior.

¿Estaba intentando decirle algo? John la miró inquisitivo, más de lo adecuado, intentando discernir entre esa escueta frase si Angélica estaba, en su caótico proceder que siempre le enloquecía, intentando proponerle alguno de sus juegos. Y es que era eso lo que ella pretendía, volverle loco, lo peor era que lo estaba logrando. Suspiró y descendió la mirada, intentando concentrar su escasa atención en cualquier otra cosa. Sin duda esa mujer era peligrosa, mucho más que cualquier otra que hubiese conocido, la pregunta era... si estaba dispuesto a jugarse la vida por ella... La miró de reojo sintiendo como verla le pinzaba el corazón.

Sin duda la respuesta a esa pregunta era sí.

—¡Yo soy normal! —exclamó Carlos haciendo que los dos volvieran a fijar la atención en él—. Lo que no es normal es lo que tú haces, que parece que duermes por fascículos... —rió entonces y dejando la taza de café sobre la encimera se dispuso a salir—. Hoy tengo una audición en un pueblo aquí

cerca, un grupillo de aficionados que no sé como se han colado en mi lista, pero bueno... mejor, así podré volver pronto y cenar en casa.

—Aquí estaré —respondió melosa, y John no pudo evitar la mueca de asco que pugnaba por salir de sus labios—. ¿Todo bien John? Pareces agobiado.

—Todo bien —contestó de nuevo con sequedad—. Tengo que irme.

—¡Vaya! Hoy me vais a dejar sola los dos. Muy mal... —se quejó ella cruzando los brazos a la altura del pecho y haciendo una mueca.

—No te quejes mujer, esta noche te lo compensaré.

John estaba en su habitación. Ya no sabía si es que realmente se había tornado muy lento, o su subconsciente le traicionaba para dejarlo a solas con ella, sin embargo su intención era salir del apartamento antes que lo hiciese Carlos, para no dar pretextos a su agitada mente a meter la pata de algún modo, no obstante, aún se encontraba en su habitación cogiendo unos libros para devolver a la biblioteca cuando escuchó el «hasta luego» de su profunda y desgarrada voz y la puerta se cerró, pistoletazo de salida, se habían quedado solos.

—Mierda —gruñó John entre dientes, lo malo de las tentaciones era que caías en ellas a la menor ocasión.

—Vaya... esperaba un recibimiento algo más cariñoso por tu parte —soltó Angélica apoyada en el quicio de la puerta de su habitación con una pierna cruzada por encima de la otra—. Me apetece jugar un poco ¿a ti no?

—No Angy...

—¿De verdad? —susurró mientras se relamía los labios.

Si era un castigo, estaba claro que se lo había buscado. John dejó ir todo el aire de sus pulmones en un hondo soprido. Evitó mirarla, sabía que, si sus ojos se deslizaban por sus perfectas piernas, su breve cintura, sus redondeados pechos... jamás lograría salir de ese apartamento. Se escabulló como un vil cobarde, pasando por su lado, con la mirada baja intentando no tropezarse. A su espalda llegó la carcajada de Angélica afilada y certera clavándosele muy hondo.

—Puedes intentar huir, solo es cuestión de tiempo, los dos sabemos que eres mío, ya te he atrapado.

«La araña», pensó John. Cogió las llaves de la mesilla del recibidor y salió apresurado precipitándose escaleras abajo. Pero cuando el día transcurrió, pasó lo que tenía que pasar, era inevitable, debía volver al piso. Caminó a paso lento por las calles de esa ciudad que le había cautivado desde el primer momento... Regresó al apartamento bien entrada la noche, con la esperanza de

que ya se hubiesen acostado, sin embargo a su llegada le saludó el sonido del televisor encendido, y las risas de la pareja sentada en el sofá. Rebufó con hastío.

—Te hemos dejado cena en la cocina —la voz de Angélica llegó a él desde el salón.

—Gracias —rezongó dejando caer la mochila al lado de la puerta de entrada.

Se sentó en uno de los taburetes de la barra americana y destapó el plato que habían dejado para él. Perdió la mirada en los guisantes, mientras su mente se evadía lejos de allí, a cualquier otro lugar alejado de ella, que ahora le miraba por encima del hombro, le sonreía a él con picardía, mientras con una de sus manos acariciaba la espalda de Carlos. John fijó entonces su atención en la ventana del final del salón, salpicada por las primeras gotas de lluvia de lo que parecía iba a ser una buena tormenta. No le gustaba el otoño, demasiado frío, demasiado triste. Estaban a punto de entrar en noviembre, sonrió al pensar que en unos días haría un año que había conocido a Lena, y ese pensamiento lo llenaba de sentimientos encontrados. Habían sido siete meses de una montaña rusa a la que no se arrepentía de haber montado, pero ahora, después de bajarse y darse de bruces con la realidad, le estaba matando por dentro todo lo que había perdido por ese pequeño rato de diversión. Debería volver a ese bar y hablar con ella, o hacerlo con Heit... Necesitaba encarecidamente recuperar en algo esa añorada normalidad, sus amigos, el apoyo incondicional que había tenido siempre de ellos, la compañía, ellos lograban que el otoño no fuese tan triste. Sin embargo...

—¡Despierta! —gritó Carlos frente a él chasqueando los dedos para llamar su atención.

—¡Joder! No hagas eso, por favor —se quejó molesto.

—Chico, yo creo que no estás bien... llevas unas ojeras... ¿Duermes?

—Cuando puedo —reconoció—. No todos tenemos la suerte de caer narcotizados en la cama —respondió John.

—Pues tú que eres casi médico, deberías auto recetarte algo para descansar, tienes muy mala cara.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—A un chico de tu edad ¿qué puede desvelarle salvo las chicas? —sonrió Carlos, sin darse cuenta que la mirada de John se había desviado hacía su mujer—. ¿Sabes? Hoy ha sido un día productivo —siguió ajeno a todo a su alrededor—, he descubierto un grupillo que, puliéndolo un poco puede dar qué

hablar... —Carlos se sentó al lado de John intentando, como en tantas otras ocasiones, entablar una conversación con él, lograr romper ese muro que parecía haberse instalado entre ellos, sobre todo desde que el rubio se había marchado de la noche a la mañana—. El chico canta bien... —siguió empeñado en establecer algún vínculo de unión entre ellos ¿por qué no intentarlo con la música? Idioma universal y a todo el mundo le gustaba—. De aspecto un poco osco y desaliñado, pero se podría trabajar en ellos, un buen corte de pelo, un afeitado... Canciones románticas que eso siempre es éxito asegurado y con esa voz, podría funcionar.

—A las mujeres nos gustan con pintas de malotes —les sorprendió Angélica desde la puerta—, el pelo largo es un plus y si tiene tatuajes ya nos conquista sin necesidad de hacer nada más.

—Entonces es por eso que John no se come un colín —afirmó Carlos.

John desvió la mirada para clavarla en él, y tuvo que morderse la lengua muy fuerte para no soltarle que sí se los comía, juntos y por separado, por ejemplo, el de su mujer y su cuñada, sin ir más lejos. El sabor a sangre inundó su boca y se tuvo que obligar a tranquilizarse para que ningún gesto o mirada le delatara. Un ejercicio de autocontrol que pronto le causaría una úlcera, empezaba a comprender a Max y sus arranques de cólera, sin dudo era mucho más sano que callárselo todo sin terminar de estallar jamás.

—Déjalo Carlos... Siempre estás igual con el chico. No le hagas ni caso —soltó ella acariciándole el brazo en un gesto de lo más normal, pero que a John le quemó como si fuese una lengua de fuego.

—Venga mujer, él sabe que es broma, ¿verdad? —apuntó Carlos divertido.

—Empiezo a estar un poco hasta la polla de tus putas bromas Carlos —dijo John bajando del taburete y saliendo de la cocina.

—Pero eso es porque te falta sentido del humor... —le gritó el hombre—. Para ser tan joven está amargado —añadió en voz baja hacia su mujer—, y le falta un buen polvo, está demasiado tenso.

—Eres un cerdo —repuso ella sin embargo no pudo evitar una sonrisa.

Angélica le golpeó en el brazo mientras negaba con la cabeza. Carlos siempre había sido así, puede que eso fuese lo que la había conquistado, o su porte, su físico, su manera de tocarla y de hacer que se perdiera... sonrió entre sus pensamientos que la habían transportado a muchos años antes, cuando había perdido la cabeza por ese hombre, que seguía haciéndole sentir mariposas en el estómago cada vez que la rozaba... a pesar de que le gustara jugar con otros cuerpos, siempre regresaba entre sus brazos, pues le

pertenecía.

—Anda vamos... —le instó a media voz, tirando de él para sacarlo de la cocina—. Es tarde.

—Lo es, total para la mierda de película que me has puesto... que ganas tengo de pillar la cama y... —le susurró agarrándola de las nalgas y estrujándoselas.

—Y quedarte frito, ¿no? —aunque no pudo evitar sentirse excitada.

—Qué bien me conoces mujer —soltó en una carcajada.

El cabreo de John había ido en aumento, invadiéndolo por completo, emponzoñándole. Por suerte siempre, a pesar de todo, lograba mantener un pequeño resquicio de autocontrol, y era por eso que no había dicho nada y se había mantenido callado... era por eso que muchas veces prefería apartarse a un lado y dejar a los otros hacer.

Estaba sentado sobre su cama, con las piernas dobladas sobre el colchón y un libro sobre ellas, sin embargo no podía leer, no lograba reunir la concentración suficiente para poder avanzar en su lectura. Las palabras de Angélica regresaban a él una y otra vez. Sacudió la cabeza, como si así pudiera hacer que se desvanecieran esos pensamientos recurrentes y que solo le llevarían a la perdición, aunque perdido ya estaba. Puede que no lo supiera aún, pero su destino estaba escrito desde el momento en que sus ojos habían acariciado por primera vez el cuerpo de esa mujer, en el preciso instante que sus labios la habían saboreado convirtiéndolo en un auténtico adicto. O bien pudiera haber sido meses antes, cuando descubrió que el sexo ya no era solo sexo, y entraron en la ecuación otros factores... ¿Follar? Eso estaba sobrevalorado. Hacerlo con Lena había supuesto un antes y un después, jugar, someter y someterse, tantear lo prohibido, añadir ese toque de peligrosidad al hecho de meterse dentro de una mujer...

Sin duda eso ya había llegado demasiado lejos. No dejaba de repetírsele una y otra vez, pero era como si su cuerpo actuara por cuenta propia, sobre todo su parte central, o la que algunos denominaban el verdadero cerebro de un hombre. Sí, su polla, ella como ente propio había tomado el control y contra ella no había mucho que batallar. Perdía con cualquier jugada y no podía ir de farol.

Se levantó sigiloso de la cama sin saber realmente del todo qué era lo que se disponía hacer. El pasillo estaba a oscuras y en total silencio, solo se escuchaban los incipientes ronquidos de Carlos que traspasaban la madera y reverberaban por todo el apartamento. John respiró por última vez antes de

abrir con precaución la puerta de ese dormitorio que no era el suyo. No tenía muy claro que era lo que allí iba a pasar, no obstante las insinuaciones y la velada invitación de Angélica, sumado a su ahora insaciable curiosidad y necesidad de emociones fuertes le habían empujado, nunca mejor dicho, a meterse en ese dormitorio. Puede que las «bromas» de Carlos le hubiesen ayudado también a tomar esa mala decisión, si se paraba a pensarlo, él se lo había buscado, era un completo gilipollas, se convenció a sí mismo.

Estaba a oscuras y necesitó unos minutos para que sus ojos se acostumbraran a tal penumbra. Carlos dormía a pierna suelta, boca abajo y a pesar de que las noches eran ya frías lo hacía sin camiseta, solo cubierto por la ropa interior. Angélica hacía lo propio a su lado, en posición fetal. La fina tela del camisón que cubría su cuerpo dejaba poco a la imaginación. John dio un dubitativo paso hacia la cama. La adrenalina empezó a quemarle por dentro, el corazón le latía a mil por hora y tenía que controlar su agitada respiración, si no quería morir en esa incursión en territorio hostil. Estaba claro que la adrenalina jugaba ahora un papel importante en los preliminares para John.

Se arrodilló al lado de ese perfecto cuerpo femenino que le hacía transitar, desde hacía semanas, en esa delgada línea que separaba la cordura de la locura. La observó un instante totalmente embelesado. Los rizos caían despeinados cubriendo parte de su rostro, y un rebelde tirante de las picardías se había escurrido, dejando al aire una porción de pecho nada desdeñable. Era un espectáculo. Verla dormir ya era en sí un tremendo placer, verla hacerlo al lado de su pareja era puro vicio. Alargó la mano para rozar con la yema del dedo índice su hombro, y alargó la caricia dirigiéndola a su pecho, parando el movimiento muy cerca del pezón. Ella se movió inquieta, pero no se despertó, lo que animó a John a seguir acariciando su cuerpo.

Tocarla mientras dormía, sin su tácito consentimiento, sin que ella fuese plenamente consciente de lo que sucedía... Pronto ya no solo la acariciaba con un dedo, sino que empezó a hacerlo con la palma de la mano entera, que situó en la corva de sus rodillas y fue ascendiendo muslo arriba, hasta llegar a la zona de la ropa interior. Tragó saliva con dificultad, ella se movió un poco dejando vía libre para que al menos uno de sus dedos pudiese llegar a la zona de victoria.

Estaba mojada, tenía la ropa interior encharcada y el creciente olor a sexo pronto inundó la habitación. Se preguntaba qué era lo que estaría soñando, si sus caricias habían podido traspasar la barrera de la consciencia, y si ahora

ella soñaba con que sus manos mimaban cada centímetro de su piel.

John aguardó muy quieto hasta que ella dejó de moverse, regresando a las profundidades de la fase rem, entonces con agilidad y maestría, con un simple gesto de su mano apartó un poco ropa interior para poder rozar su intimidad ya sin barreras. Clavó la mirada en esa zona, conteniendo la respiración y notando todas las sensaciones que estaba experimentando. Ya no conocía límite, cada nueva situación era un poco más que la anterior, haciendo de ese momento una de las experiencias más excitantes que había experimentado jamás, ver su dedo engullido por las profundidades del sexo de Angélica que seguía dormida, aunque ahora algo más agitada, lo delataba su respiración cada vez más acelerada. Su dedo se movía presto en un movimiento circular, donde pronto se unieron otros dos. De fondo los ronquidos de Carlos, que acallaban un poco los incipientes gemidos que había empezado a soltar ella que se movió de nuevo. John alzó los ojos y los clavó en los de Angélica que acababa de abrirlos, la reacción de John no fue otra que la de tapar su boca apretando la palma de la mano contra ella, para que no pudiera decir nada o hacer ningún ruido que pudiese despertar a Carlos, pero Angélica lejos de parecer molesta o sorprendida por esa violación de su cuerpo en plena noche, solo sonrió con picardía y moviéndose un poco le dio pleno acceso a su cuerpo.

No se lo pensó, o actuaba o iba a estallar, era un volcán en erupción, un tren fuera de control, destapó su boca y se levantó de dónde había estado arrodillado, liberó su impresionante erección y tumbándose ligeramente sobre el colchón presionó en la entrada de su vagina y poco a poco se fue abriendo paso hacia el interior. De reojo observaba como Carlos dormía, para después volver a desviar la mirada hacia los taimados ojo de Angélica, que disfrutaba de la situación y se lo hacía saber con ligeros movimientos de cadera que le ayudaban a profundizar más cada embestida. No tardó en llegar al orgasmo, ella enterró su rostro en la almohada para evitar que sus alaridos despertaran a quien dormía al otro lado del colchón. John tuvo un orgasmo descomunal, corriéndose en silencio aferrado con fuerza a sus caderas.

Pura droga, y en cada encuentro necesitaba un poco más que la vez anterior.

—Me vas a llevar a la ruina —le susurró al oído.

—Venga John... lo estás deseando.

Se resistió un poco a abandonar esa cálida ubicación, aunque tuvo que hacerlo cuando Carlos se giró alzando al brazo y palpó en la oscuridad hasta dar con el cuerpo de su chica, a la que abrazó fuerte atrayéndola hacia él. John

se dejó caer al suelo manteniéndose muy quieto para no ser descubierto, y así aguardó unos instantes hasta que los crujidos del colchón cesaron y supo que ya era seguro salir. Cuando alzó la cabeza buscó la mirada de Angélica, sin embargo solo se encontró con que ella se había vuelto a dormir abrazada al gran cuerpo de Carlos. Se escabulló en medio de la noche de nuevo a su habitación, aturdido, confundido y aún muy excitado.

¿Qué le estaba pasando? No lo entendía. No pudo conciliar el sueño en lo que quedaba de noche, y el amanecer le descubrió aún despierto sobre el colchón, con las manos enlazadas tras su nuca y la mirada clavada en esa mancha marrón de la pared. Era como si toda esa época hubiese quedado atrás, como si se tratara de otra vida, pero a la vez, tenía muy presente que esos meses eran los que ahora condicionaban todas sus elecciones. Meditó sobradamente sobre todo lo que ocurría a su alrededor y en su interior, para llegar a la misma conclusión de siempre: se estaba volviendo loco y así no podía continuar.

Esa mañana John salió temprano del apartamento, a esas horas el sol aún no había despuntado y el acuciante frío se calaba hasta el fondo helándole hasta los huesos. Otoño era de esas estaciones odiosas, mucho más que el invierno, puede que fuese porque cuando llegaba el invierno ya se había acostumbrado a los días cortos y fríos. No obstante despedirse del calor del verano siempre le había costado mucho, cuando era un niño porque significaba el fin de las vacaciones de verano y la vuelta a la rutina, y de mayor porque ya se había habituado a odiar esa estación en particular, y al menos en eso estaba resultando ser un hombre de costumbres.

Arrancó el coche, puso la calefacción, sintonizó una emisora de radio con algo de música tranquila y se incorporó al tráfico, bastante abundante a esa hora, conduciendo casi por inercia. Estacionó a un par de calles de la plaza donde se encontraba el bar en el que trabajaba Lena, y caminó a paso lento y hasta con miedo hacia allí. Lo primero que hizo fue intentar localizar a Heit entre las pocas personas sentadas en la terraza a esas horas. Aunque sabía que las posibilidades de que estuviese allí eran remotas. Observó todas las mesas del otro lado de la calle, pero no le vio, cosa que le decepcionó y alegró a la vez. Tampoco sabía muy bien qué decirle o cómo enfrentarse a él. Había pensado en echarle en cara el haberse ido, haberle dejado solo, el joder su amistad sin tan siquiera una simple explicación, pero después de los últimos acontecimientos ya no tenía tan claro querer hacer eso. Ahora más que nunca necesitaba un amigo, alguien con quien hablar... necesitaba a Heit porque

después de tantos años ya no podía concebir la vida sin su amistad y sabía que con Max todo iba a ser mucho más difícil. Así que estaba más que dispuesto a poner la otra mejilla, como había hecho siempre, no reprocharle nada e intentar reconstruirlo todo desde donde lo habían dejado.

John tomó asiento en la terraza de la cafetería, a pesar del frío y de que el cielo amenazara lluvia, como casi todos los días en la última semana. Lo hizo de manera que quedó de frente a la plazoleta y después de pedir un café con leche muy caliente se atrevió por primera vez a alzar la mirada en dirección al otro lado de la calle.

Lena había sido para él un auténtico rompecabezas, pensó mientras añadía el azúcar en el café, había logrado desempeñar el rol de sumisa a la perfección, sin embargo, algo le decía que en toda esa historia los doblegados a su voluntad habían sido ellos. Llegó a sus vidas para instalarse en ellas de modo permanente, a pesar de haberse ido pocos meses después, aunque estaba claro que su presencia se había hecho perenne, pues se había metido muy dentro de ellos, se había quedado grabada a fuego en su piel. John sopló un poco antes de acercarse la taza a los labios. Durante ese tiempo había visto una mujer llena de contrastes y matices, que podía llegar a ser tan tierna como una rosa y a la vez tan dura e hiriente como sus espinas. Y ahora, meses después de que se marchara, era cuando empezaba a comprenderla, pues Angélica estaba causando en él lo mismo que ellos habían despertado en ella.

Al otro lado de la calle Lena apareció. John no pudo evitar detener sus ya de por sí pausados movimientos, quedó petrificado, totalmente inmóvil, apenas se atrevió a respirar con la mirada imantada en ese menudo cuerpo que se movía con soltura por entre las mesas de la terraza. Era raro verla allí, saber lo que había pasado entre ellos, y ser consciente del daño que se habían hecho entre todos. Era una sensación de lo más confusa, saber qué se escondía bajo su ropa, pero no conocer absolutamente nada de su interior. Aquella tarde, cuando ella le confesó que le quería, le pilló totalmente desprevenido, y esa era la confirmación de que en esos meses, solo se había aprendido de memoria su cuerpo, sin embargo realmente no conocía de nada a esa mujer a la que pretendía suya. Se preguntaba si Max o Heit pensarían igual o era solo cosa de él. Descendió la mirada de nuevo al café cuando Lena desapareció en el interior del local para comprobar que ya se había enfriado.

Habría querido ser lo suficientemente valiente como para levantarse y acercarse a ella, preguntarle por qué... por qué había decidido quedarse ese día, por qué firmar aquel contrato, por qué dejar que las cosas se torcieran

tanto, y sobre todo por qué se fue. Y estaba seguro que la respuesta a todas esas preguntas llegaría a él en modo de otra interrogación, ¿cómo pudo dejar él que todo eso sucediera? ¿Por qué no hizo nada por evitar todo lo que ocurrió?

El sonido de su teléfono le sobresaltó haciendo que regresara de ese mundo de ensoñación al que a veces se quedaba atrapado. Miró la pantalla y suspiró con pesadez, aunque a decir verdad necesitaba hablar con ella...

Tomó aire antes de tener la fuerza suficiente para responder.

—Leah —susurró con un tono de voz más apagado del que pretendía.

—¿Es que no pensabas llamarme nunca? —le reprendió ella.

—Pues la verdad es que sí... pensaba en llamarte... —el sonido de un frenazo frente a él hizo que John levantara la mirada de esa taza de café que reposaba sobre la mesa, y al hacerlo, no la fijó en el coche que casi había colisionado con el de delante, sino que pasó por encima de ambos vehículos para clavarse de nuevo en ella.

—¿Dónde estás? —preguntó su hermana contrariada, pues a esas horas él debería estar en la universidad.

—He salido a tomar algo, ¿por?

—Joder John, mamá me tiene loca, en estos últimos años jamás me había llamado tantas veces como en estas últimas semanas, y ¿sabes qué es lo gracioso?

—Ahhh —intentó centrar todo su poder de concentración en la conversación que mantenía con su hermana.

—Lo gracioso es, John, que ni una sola vez me ha preguntado cómo estoy yo, o cómo está Sarah... o «mi amiga» como creo que la llama ella... Solo llama para hablar de ti y de lo que te ocurre.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? ¿Estar volviendo locos a papá y mamá? No me mal interpretes, me gusta verles sufrir y que por una vez no sea por mi culpa, pero John... me tienes preocupada a mi también. ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —le reprendió su hermana.

—No lo sé, y de verdad que lo lamento —susurró, no sabía cuántas veces se había disculpado ya—. Es solo una mala racha, pasará. Todo termina pasando ¿no?

—Eso espero enano, porque sino me veré obligada a torturarte —rio ella al otro lado de la línea.

—Leah, necesito dinero —soltó de pronto.

—¿Peeeeeeeerdona? —la voz de su hermana había sonado tan aflautada, que John tuvo que apartarse un poco del auricular para no quedarse sordo.

—Necesito que me prestes algo para pagar el alquiler de este mes y...

—Estás de coña... —bufó ella sin poder dar crédito a lo que escuchaba—. No, no lo estás... Oye John... habla con nuestros padres y puede que...

—No quiero hablar con ellos ahora... es que... Leah, solo necesito un poco de tiempo para aclararme las ideas y retomarlo todo de nuevo... Es solo eso, de verdad.

—Joder John, ¿toda esta movida es por los gilipollas de Heit y Max? Por que si es por eso voy a cogerles y...

—No, bueno... sí, en parte —reconoció, a su hermana no podía engañarla, o no del todo—. Pero joder Leah, no te metas, vale... —al otro lado se hizo el silencio, conocía a su hermana, debía estar intentando que no se la llevaran los demonios—. Sabes mi número de cuenta.

—Y una mierda John —soltó rápida, sin darle tiempo a poder añadir nada más—, si quieres pedirme dinero al menos ten la jodida decencia de venir a hacerlo a la cara.

—Está bien —bufó—. Leah, de verdad que lo siento —volvió a disculparse.

—Deja de sentirlo, lamentarse no arregla nada, vuelve a coger las riendas de tu vida hermanito, te veo más perdido que nunca, y eso no me gusta —decretó Leah.

—Ni a mi...

—Esta tarde estaré en casa, ¿nos veremos después? —Leah aguardó una respuesta que tardó demasiado en llegar, pues John había vuelto a fijar la mirada en Lena que entraba y salía del local y él quería poder hacerlo, ser capaz de acercarse a ella, pero era como si algo se lo impidiera—. ¿John? —insistió Leah desde el otro lado de la línea—. Eooo ¡John!

—Está bien, nos veremos después —dijo antes de colgar.

Volvió a centrarse por última vez en el bar de esa plazoleta y en esa menuda camarera que se movía como un torbellino por entre las mesas. Guardó el teléfono en el bolsillo y se levantó para irse mucho más confundido de lo que había llegado, realmente no entendía el por qué había ido hasta allí. Sobre la mesa de esa terraza quedó olvidado el café.

Caminó hasta el coche maldiciendo una y mil veces ese día, renegando haberla dejado quedarse y sobre todo haber dejado que se marchara. Sabía que ya no podía seguir así, sin embargo por más que lo intentaba, no podía

cambiar el estado en el que se encontraba, necesitaba una vía de escape, que alguien le echara una mano o le ofreciera una salida, pero se había quedado solo, y cada mañana le costaba más el poder afrontar un nuevo día.

Se sentó en el coche y no supo por qué, el caso es que no pudo contener las irrefrenables ganas de llorar que le asaltaron.

—Seré idiota —se dijo a sí mismo intentando esbozar una sonrisa— Joder, si me vierais ahora...

## Capítulo 7

El invierno se había colado en sus vidas a traición y sin avisar. Los días eran cortos y fríos, las noches largas e interminables sobre todo teniéndola tan cerca y a la vez tan lejos. Solo una pared les separaba de manera física, pero el abismo entre ellos parecía a veces insalvable, otras sin embargo, John sentía que de un salto lo podría atravesar. Ansiaba tocarla a todas horas, poder hablarle con franqueza, tomar su mano cuando se le antojara, acariciar su cuerpo sin necesidad de ocultarse de nadie. Decirle que había perdido la cabeza por ella, pues ya no podía esconderlo ni negárselo por más tiempo, estaba loco por esa mujer de cabello rojizo que se había empeñado en aniquilar la poca cordura que le quedaba. Porque a esas alturas John estaba devastado, desolado por no poder tenerla, atrapado en ese apartamento sin tener la fuerza suficiente para poderse ir.

Lo que sentía era su propia condena.

Y cada mañana, al empezar el día, se prometía a sí mismo que tenía que poner punto y final a esa enfermiza relación que habían iniciado sin saber muy bien el cómo y mucho menos el por qué, pero al caer la noche, con ella entre sus brazos, amparados en el anonimato que les confería la oscuridad, estando entre sus piernas, dejándose mecer por el salvaje embiste de sus caderas, se convencía a sí mismo que podía soportarlo, aunque solo fuese un día más.

John acarició el sedoso pelo de Angélica, le gustaba meter los dedos entre sus perfectos rizos deshaciéndolos, estirándolos y amasándolos, para comprobar después que sus caricias no obraban nada en ellos, pues tal como los soltaba, volvían a su forma original, indómitos y salvajes como la propia Angélica.

John sonrió hundiendo los dedos un poco más en la rojiza melena, jugueteó con los tirabuzones antes de apartarlos y poder besar la tersa piel del cuello de la razón de su existencia. Acababan de hacer el amor, al menos él lo sentía así, se había hundido en las profundidades de ese cuerpo al que ya adoraba con devoción, se había perdido entre los pliegues de su cuerpo, entre sus muslos, había degustado el dulce néctar que emanaba de su sexo, la había tomado, por delante y por detrás, en un frenesí descontrolado, salvaje, brutal, que les había catapultado a los dos al paraíso. Más salvaje, más duro, más

rápido... Ya no concebía el sexo de otro modo, Angélica hacía que todo su ser se estremeciera, de principio a fin, desde que entraba en la habitación haciéndole el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, hasta que salía de ella, dejándolo roto de dolor, pero aún así esperanzado por el siguiente encuentro. Y ahora, tendidos en la cama, calmando su agitada respiración, con los dedos hundidos en su melena y los labios acariciando la nívea piel de su hombro, se sentía más en éxtasis que segundos antes en pleno orgasmo.

Por más que lo intentaba, no encontraba una razón plausible para no estar juntos. ¿Carlos? Estaba claro que él ya no pintaba nada allí. El destino, el azar, o quien fuese que manejara los hilos de sus vidas era el causante de todo eso, de haber puesto a ese endemoniado ángel en su camino justo en el momento en el que más lo necesitaba. Lena había socavado su ánimo y su control, mientras que Angélica había llegado para recoger los frutos de esa extraña situación.

—Carlos no está —dijo John cuando Angélica inició el movimiento para alzarse de dónde habían permanecido demasiado poco rato. Y es que cada vez que ella se alejaba de su lado, él sentía que moría un poco de manera casi agónica.

—Lo sé —reconoció la mujer terminando de levantarse de la cama, dejando la impronta de su cuerpo perfilada en el colchón. John la observó cómo empezaba el ritual de volver a cubrir su cuerpo con la ropa, no le gustaba, prefería cuando se desnudaba.

—Y no volverá en unos días —añadió John volviéndola a devorar con la mirada, jamás podría cansarse de ella, de su perfecto cuerpo, su sonrisa embaucadora, sus ojos fríos... el color del infierno en sus cabellos.

—Eso también lo sé cariño —respondió con condescendencia terminando de ajustarse los vaqueros.

—Podrías dormir aquí, conmigo —propuso él de pronto, incorporándose de un salto con un destello de felicidad iluminando su mirada.

—Que rico —exclamó Angélica alborotando su pelo en un gesto fraternal.

—Lo digo en serio Angy... quédate, al menos esta noche, por favor —suplicó esperanzado alargando la mano para retener su marcha.

—John... mi pequeño y dulce John...

—Quédate, déjame saber qué se siente al dormir abrazado al cuerpo de la mujer que amas...

Pero no obtuvo respuesta, solo la que le ofreció el gesto de verla desaparecer cerrando la puerta tras de sí. Dejándolo como siempre solo,

herido en lo más hondo sin que pudiese ser consciente de ello. Esa llaga que había empezado a sangrar sin que nadie se diese cuenta de eso.

Y día tras día, noche tras noche iba hundiéndose un poco más en el fango que rodeaba esa relación, como si de unas arenas movedizas se tratara, pues cuanto más intentaba liberarse, más atrapado se encontraba, se iba hundiendo poco a poco y pronto ya no podría salir. Ya no era capaz de ver con claridad nada que emanara de Angélica, y hasta sus desprecios, sus desplantes y sus artimañas, para John eran lo más parecido al amor que pensaba que jamás iba a experimentar. Alguien dijo una vez que uno recibe el amor que cree merecer, y para John, todo lo que le ofrecía Angélica era a lo máximo que se podía permitir aspirar. Estaba tan próximo a tocar fondo que no podía ni darse cuenta de ello, y recogía con devoción cada migaja de cariño que ella le regalaba.

Vivía pensando en ella. Dormía pensando en ella, se movía como movido y empujado por la fuerza gravitacional que emanaba de ella. Angélica recorriendo sus venas, todo su organismo, socavando su mente, colándose a traición en todo su ser. Dominándolo por completo, subyugándolo y arrebatándole el poco control que le quedaba.

Y así se quedó, devastado y solo en esa habitación, pero de pronto un destello cruzó su mente, unas palabras dichas al azar en medio de una conversación banal. Se vistió de manera apresurada para poder llegar al centro comercial antes de la hora del cierre.

John saltó del coche con el ánimo renovado. Llegaban las navidades, unas fechas que de por sí no le hacían especial ilusión, pero estaba decidido a que eso cambiase. Se sentía extrañamente feliz. Era insólito, pues por momentos solo era capaz de ver lo malo de las cosas, el lado oscuro de todas y cada una de las situaciones que acontecían a su alrededor, sin embargo de pronto algo lo empujaba hacia arriba y todo le parecía maravilloso, aunque si bien no estaba en un momento de perfección, él se empeñaba en ver nada más la parte positiva de la historia. Y esa parte no era otra que Angélica.

Así que con la euforia del momento en el que se encontraba, aprovechó para salir de compras, había paseado por el centro comercial, distrayéndose mirando los escaparates, buscando el regalo perfecto para «su chica», y de pronto lo encontró. Llamó su atención desde el escaparate de esa selecta joyería, y no lo dudó un instante. Dos horas más tarde salía de allí con un precioso anillo de oro blanco con sus iniciales grabadas en el interior de la esfera, una J y una A que permanecerían impertérritas al paso de los años,

inmutable como sería su amor. John sonrió feliz y apretó la cajita que reposaba en su bolsillo, deseando que llegara el momento de poder dárselo, deseoso de ver la cara que pondría Angélica cuando le declarara su amor.

Estaba tan feliz que decidió hacer una visita a su hermana, se habían visto más esas últimas semanas que en los cinco años anteriores, pero quería recuperar el tiempo perdido con ella, y para ser fieles a la verdad, no tenía mucha gente más con la que poder hablar.

—¿John, estás bien? —Leah se extrañó al encontrarlo frente a su portal cuando llegó de trabajar.

—Solo quería verte —respondió este con media sonrisa guardando el móvil en el bolsillo.

—Repito —indagó Leah abriendo la puerta, y flanqueándole el paso—, ¿estás bien?

—Mejor que nunca —sonrió John abiertamente—. ¿Por?

—Creo que en los últimos años no habías venido tantas veces por aquí como en estos meses —comentó Leah.

—Joder, solo he venido un par...

—¡Y ya son muchas! ¿Ves lo triste? —ironizó Leah, mientras abría la puerta del apartamento.

—Capto la indirecta —contestó John entrando, y dejando la chaqueta colgada del perchero—. He venido a explicarte algo.

—Dispara.

—Un refresco primero, ¿no?

—Depende... —Leah le miró entrecerrando los ojos—. ¿Es bueno o malo?

—Estoy enamorado —soltó sin más John.

—¡¿En serio?! —exclamó emocionada ella dejando caer el bolso y la chaqueta para abrazarle—. ¡Me alegro mucho! ¿Quién es ella?

—La mujer más perfecta del mundo.

—Eso lo dudo —repuso con picardía Leah mirando a Sarah, que estaba sentada en el sofá observando la escena—, pero me alegro mucho John, espero que esto fuera lo que te hacía falta para centrarte de una vez por todas.

—¿Tenemos al niño enamorado? —se burló Sarah desde su posición sin poder evitar una sonrisa socarrona.

—No te rías de él —la regañó Leah.

—Eso, no te rías de mi —entró John en el juego, que aunque el momento era divertido y feliz, algo le impedía sentirlo del todo, no sabía muy bien el qué ni por qué.

—Pues hay que celebrarlo, llama a tu chica y nos tomamos una copa — sugirió Sarah levantándose del sofá.

Y ahí estaba el *quid* de la cuestión, él y Angélica jamás serían una pareja normal hasta que Carlos saliera de la ecuación, así que estaba claro que, su siguiente paso en toda esa historia, tenía que ser despejar la incógnita.

—No está en la ciudad —mintió para ganar algo de tiempo—, pero os prometo que la semana que viene... —dijo ilusionado y convencido—. El caso es que yo sí quiero una copa, incluso dos.

—¡Genial! —exclamó Leah divertida—. Voy a ponerme mona.

—Joder —gruñó Sarah en un susurró, y se dejó caer de nuevo en el sofá acomodándose—. Siéntate, ese proceso puede llevarle horas.

—¡Te he oído! —la reprendió Leah desde el fondo del pasillo.

Fue una noche divertida, como hacía tiempo que no pasaba, quería mucho a su hermana y a Sarah, y se alegraba que ambas se hubiesen encontrado, esperaba que él y Angélica fuesen esa clase de parejas que despertara la admiración, los celos y la envidia del resto. Como sucedía con ellas dos, que irradiaban un aura de amor y complicidad que ponía los pelos de punta.

Después de una noche épica, vino un amanecer algo resacoso. Ese día al despertar el piso se encontraba vacío, no olía a café, ni escuchó la risa de Angélica al otro lado del pasillo, esa risa que se clavaba en él haciéndole sentir un dolor placentero. Abrió el primer cajón de la mesilla de noche para poder observar el anillo, sonrió como un tonto acariciándolo con la yema del dedo. Era sencillo aunque perfecto. Eligió una ubicación más acorde con el valor que tenía y decidió esconderlo donde había guardado también la botella de whisky de Heit, cuando se lo diera, brindarían con ella.

Sintió el peso de esas paredes al comprobar que realmente Angélica no estaba en el piso, y no sabía ni si había dormido allí lo que le supuso un gran pesar que arrastró a lo largo de la jornada, esa que se había vuelto tediosa y repetitiva. Empezaba a odiar todo lo que le rodeaba, todo lo que no implicara estar con ella, aunque no pudiese hablarle ni tocarle, hasta ese momento se había conformado con solo mirarla, pero cada vez arraigaba con más fuerza la idea de mandarlo todo al traste y hacerla suya, en cuerpo y alma.

Esa mañana en particular había resultado pesada hasta la saciedad, desde las clases hasta la comida que había hecho en solitario en el bar de la facultad. Estaba cansado y solo pensaba en el momento de regresar al apartamento. A media tarde, después de un infructuoso paseo hasta la biblioteca se había encontrado con algunos compañeros que no le habían dejado negarse a tomar

algo, la verdad era que no le apetecía, sin embargo regresar al apartamento sabiendo que ella no estaría hasta la noche, tampoco era que le gustara como idea. Se dejó caer hacia atrás en la silla, con la mirada perdida en el otro lado de la cafetería, sin mirar nada en concreto, simplemente su vista había quedado fija en ese punto sin motivo alguno, mientras a su lado las voces de sus compañeros llegaban hasta él como un lejano eco, del cual adivinaba palabras sueltas, sin poder centrar del todo su atención en lo que decían.

Envidiaba su simplona felicidad, y quería unirse al jolgorio, a las risas, a los comentarios jocosos, al día a día que hacía tan solo un año le había resultado tan normal y reconfortante, pero no podía, era como que algo le impedía intentar recuperar la normalidad. Y cuando lo intentaba, una voz saltaba dentro de su cabeza y le advertía que iba a fracasar.

—¡Es que es una pasada! No se le escapa una —dijo uno con admiración hacia algún compañero sentado en otra mesa de la cafetería.

—Qué cabrón... —respondió otro fijando la mirada hacia el objetivo de su asombro—. Joder con el «cara bonita», ¿qué tiene él que no tenga yo?

—Dinero —se mofó Liam.

—Pues qué queréis que os diga, a mí no me convence, demasiado frívolo todo —repuso Leo.

—A ti te voy a dar frivolidad, ¡a hostias! —se burlaron.

—Venga Leo, lo suyo es ir de flor en flor, divertirse y pasárselo bien —rio en ese momento Liam—. ¡Es lo que nos toca ahora! No como tú, ya pensando en boda... eso no es normal.

—Claro, ahora nos toca follar como cosacos —sentenció otro.

—¡Exacto! —ratificó Liam.

Estaba sentado justo a la derecha de John, que con gran esfuerzo arrancó la mirada de ese lugar dónde la había dejado perdida y la fijó en su compañero que aún tenía la carcajada dibujada en la curvatura de sus labios. Intentó, no sin un tremendo esfuerzo, retomar esa conversación en la que había perdido el interés al poco de comenzar. Como le ocurría casi siempre en las últimas semanas.

—¿Y no lo puedes pasar bien siendo hombre de una sola mujer? —defendió Leo, que sentado frente a él, oscilaba la mirada entre sus interlocutores, a pesar de que John llevaba rato sin decir una palabra.

—No tienes puta idea de lo que hablas chaval, a ti te ha comido el coco Disney y su puñetera madre... ¿Verdad John, tú que piensas?

—Pues... —John vaciló, aunque ahora sí los miraba, su mente seguía

dispersa aún.

¿Ser hombre de una sola mujer? ¿Mujer de un solo hombre? ¿Mujer de tres hombres? ¿Ser capaz de compartir el amor? Había compartido a Lena sin que eso le pesara lo más mínimo, pero Angélica... se le revolvió el estómago solo de pensar que Carlos osaba siquiera rozar su piel. Todas esas cuestiones y algunas más afloraron en su mente, mientras sus amigos aguardaban una respuesta por su parte. Suspiró, dejando poco a poco todo el aire retenido en sus pulmones.

—Si me hubieras hecho esta misma pregunta hace cosa de un año, le habría dado la razón a Leo —respondió mirando directamente a Liam—. Pero ahora sé que el amor como nos lo han vendido es una mierda y no existe... es químicamente imposible que solo te atraiga una sola mujer a lo largo de tu vida, es más, diría que psicológicamente es hasta insano, así que por mi salud mental y la de todos, ahora mismo me inclino más por lo de ir de flor en flor.

—Mejor sería decir que ellas van de capullo en capullo.

—Llámalo H —repuso Liam a Leo.

—Prefiero centrarme en buscar a una mujer que sepa tocarme el alma, no solo la polla —sentenció Leo con convicción, y se dejó caer hacia atrás cruzando ambos brazos a la altura del pecho.

John observó un segundo a Leo, a pesar de su juventud parecía esa clase de tíos que sabían exactamente lo que querían de la vida, él pensaba que también era así. Tenía un plan, puede que no uno muy elaborado, pero lo tenía. Vivir a tope con sus amigos, terminar la carrera, ejercer de médico, conocer a una chica y enamorarse... vivir felices, tener un crío o dos. Fin. Era el típico plan, aunque tampoco le parecía tan malo entonces, sin embargo llegó Lena, irrumpió en su vida poniéndola patas arriba, Max y Heit le habían dado la espalda, y Angélica... Definitivamente ella era lo único bueno a lo que podía aferrarse en ese instante. Liam soltó uno de sus comentarios y todos lo jalearon ruidosamente, pero John se había quedado anclado en ese pensamiento, ¿qué había sido de su plan? ¿En qué momento había cambiado de rumbo? Lo que más le angustiaba ahora era: ¿sería capaz de volver a esa idea inicial? Había vivido a tope con sus amigos, aunque ahora ya no lo fuesen, no había terminado la carrera ni ejercido de médico, había tonteado con diversas chicas sin que eso terminara de reportarle nada. Era absurdo, no obstante a pesar de que seguía pensando que ser hombre de una sola mujer podía bien ser un atraso, no podía negar que se había enamorado. Y los ojos de Angélica se dibujaron nítidamente en sus pensamientos. No necesitaba ir de flor en flor

cuando tenía todo un jardín al alcance de su mano. El jardín prohibido, pero después de todo, cada vez tenía más claro que debía internarlo, ¿por qué no? Había descubierto el gusto por lo complicado. Angélica era «su chica» y nada ni nadie, y mucho menos Carlos, lograría interponerse entre él y su felicidad, una felicidad con nombre de mujer.

Se levantó de pronto.

—¿Dónde vas? —preguntó sorprendido Liam.

—A por esa mujer que ha tocado mi alma.

—¿Y la polla? —preguntó casi en un grito su amigo ya que John se dirigía a la salida.

—¡También!

«Y de qué manera» pensó.

Perder el rumbo era algo metafórico, pero podía llegar a convertirse en algo tan real que asustaba, y John a esas alturas, era consciente que había perdido toda dirección. Que si bien había pasado largos años trazando su mapa de ruta, hacía más de un año había elegido el camino equivocado. Y en ese momento estaba todo lo decidido que podía estar, que era mucho, y a la vez muy poco. Esos meses le habían llevado al borde de la locura, transitando en esa delgada línea que separaba lo real de lo irreal. Cuando entró en el piso lo hizo con determinación y arrojo, lo hizo pisando fuerte, con la cabeza alta y el corazón latiendo a mil por hora, decidido a saltar y volar, pues eso era ella para John, su sueño, y con cada beso podía llegar a rozar las nubes con la punta de los dedos, en su mente no se dibujaba el fracaso, no pensaba que pudiese saltar y caer.

Ella le había buscado, ella había ido a él, por ende, ella tenía que amarlo, a pesar del miedo y la reticencia de dejar a Carlos, podía entenderlo, no era fácil romper con lo que uno conocía para enfrentarse a lo desconocido, pero él estaba dispuesto a ponerle las cosas más fáciles. Que supiera que él también le quería, que anhelaba con cada fibra de su ser estar con ella, día y noche, en lo bueno y en lo malo, hasta el fin de sus días. Que su única misión en la vida era quererla y hacerla feliz. Que estaba dispuesto a dárselo todo, si le pedía la Luna se la daría en bandeja de plata. Por un segundo pensó en ir a coger el anillo, pero no podía pensar, si lo hacía, volvería ese John cobarde que se amilanaba con todo. Estaba dispuesto a construir a medida su propio destino, y en ese futuro solo estaba ella.

Angélica estaba recostada en el sofá, con las piernas recogidas sobre los cojines cubiertas con una manta, leía un libro, que dejó con solemnidad sobre

su regazo al ver entrar a John. La observó solo un segundo, si esperaba más, todo el discurso se difuminaría y perdería el momento. Su momento.

—Pareces acalorado —le dijo Angélica nada más verle aparecer.

Y sin darle tiempo a nada más, John se plantó frente al sofá, clavando su profunda mirada en ella. Respiró un segundo solo para tomar impulso, cerrar los ojos y saltar, confiando en que el paracaídas iba a abrirse. Si algo le sobraba en ese preciso momento era seguridad.

—Te quiero —soltó sin pensar—. Angélica te amo, estoy total y profundamente enamorado de ti —y dicho esto se arrodilló delante de ella y cogió una de sus manos para acunarla entre las suyas—. Te quiero más que a nada en el mundo, con toda mi alma y no puedo estar ni un solo segundo más sin ti, sin saber que eres mía, tan mía como yo soy tuyo...

—Estás de broma —soltó entre dientes y con evidente nerviosismo, estirando con fuerza para recuperar la mano que John había apresado.

—Estos meses han sido una locura, pero... es una locura que estoy dispuesto a vivir el resto de mi vida.

—Basta John —susurró.

—Angélica, por favor, dime que sientes lo mismo que yo, que para ti este tiempo ha sido tan especial como lo ha sido para mí, que nos espera un futuro juntos felices los dos... ¡Dime que me quieres!

—Te quiero —gruñó una profunda voz desde la puerta del salón.

Carlos observaba la escena desde esa posición, viendo como su mujer era cortejada por ese muchacho imberbe y flacucho, y a pesar de que en un principio, sus primeras palabras le habían ocasionado un mudo ataque de risa, algo en ellas le había puesto en alerta, y es que de pronto sus sospechas eran confirmadas, tampoco es que lo necesitara. Hacía ya tiempo que se olía algo, a pesar de que esperaba que su mujer no hubiese sido tan estúpida y temeraria.

—¿En serio Angy? —inquirió sin dejar ver el enfado en el tono de su voz.

—Carlos yo... —dijo ella dando un traspié al levantarse—. No es lo que parece cariño...

—Joder nena —se lamentó el hombre apesadumbrado—. ¿De verdad?, ¿con este? —inquirió con mezcla de incredulidad y asco—. ¿Es que no hay más niños en el mundo?

—Lo lamento Carlos —habló John que a pesar de estar aún agitado porque Carlos estuviese en casa, intentó imprimir seguridad en su voz y postura, irguiéndose de pronto y hablando con pasmosa y fingida tranquilidad—, las cosas han ocurrido así y...

—¡Oh venga! —exclamó Angélica—. ¡Cállate ya!

—Angy... —la miró confundido.

—Hazle caso muchacho, será mejor que cierres la boca si no quieres que sea yo quien te la cierre de un puñetazo... o qué cojones...

Carlos no tardó ni dos segundos en replantearse su posición de pasividad, y se lo hizo saber a John estampando su puño justo a la altura de su nariz. Se había movido tan deprisa que lo había cogido desprevenido. El dolor fue lacerante, empezó en esa zona de su rostro, pero enseguida ascendió a su cerebro, electrizándolo durante un segundo para hacerlo llorar de dolor justo después. Y dolía, dolía muchísimo, pero la pasividad de Angélica le hizo sospechar lo peor. ¿Por qué no hacía nada? ¿Por qué no intentaba detener a Carlos?

—¡Maldito niño! —gruñó Carlos que no estaba aún satisfecho y volvió a golpearlo con saña, esta vez un certero puñetazo en el estómago que hizo que John se replegara de dolor—. Te lo dije, mira que te advertí ¡que no tocaras mis cosas! —vociferó dando así rienda suelta a su descomunal enfado—. ¡Te lo mereces! —escupió Carlos a un palmo de su cara—. ¡Mis cosas no se tocan! ¡Maldito gilipollas! Pero defiéndete —le instó—. ¡Defiéndete! —le gritaba aún más enfadado viendo su inmovilidad.

Era una pelea desigual, Carlos era un hombre curtido por el tiempo y los golpes de la vida, John no tenía oportunidad alguna de salir indemne de esa situación, aunque tampoco hizo mucho por evitar ser vapuleado, pues sus ojos se habían clavado en los de Angélica que lo tenían desconcertado, no podía entenderlo, o más acertado sería decir, que no quería comprenderlo, esos ojos que adoraba le escupían frialdad, indiferencia y nada que pudiera hacerle pensar en un solo atisbo de amor.

—Te dije —silabeó Carlos propinándole un golpe—, que no —otro golpe — tocaras —un golpe más— mis cosas.

Su confusión era tal que en ningún momento pugnó por intentar detener o razonar, con el hombre que estaba dejando caer una lluvia de puños sobre su cuerpo. Sus gritos eran como un eco lejano al que ya no podía llegar, como si lo escuchara desde otra dimensión, y se dio cuenta que hasta los golpes habían dejado de doler y tan solo podía mirarla a ella, que ahora apartaba la mirada con total indiferencia y con esa visión tan desconcertante, John se abandonó y perdió el conocimiento.

Un profundo color negro lo engulló.

## Capítulo 8

«Te dije que no te acercaras a ella, te lo advertí».

En ese estado de semi inconciencia en el que se encontraba, solo esa frase se repetía una y otra vez en su cabeza como en bucle. Esa advertencia meses atrás formulada, ese tácito compromiso, ese respeto a lo ajeno que, sin buscarlo ni pretenderlo, había agraviado.

Cuando despertó no tenía claro dónde se encontraba, le costó mucho tomar conciencia que se hallaba en una aséptica habitación de hospital. Intentó moverse, pero pronto se dio cuenta que era un intento inútil, estaba o demasiado sedado o demasiado dolorido para poder hacerlo. De reojo miró hacía la butaca frente al gran ventanal por donde entraba el sol, allí estaba su hermana Leah, que dormitaba acurrucada de medio lado. Quiso llamarla, sin embargo la voz no le salió. Cerró los ojos. Todo le daba vueltas y un sinfín de imágenes sin sentido se mezclaban en su agitada mente, como si fuese un caleidoscopio, a cada vuelta que daba, todos los trozos se alineaban para mostrarle una escena diferente, algunas de ellas surrealista. Se sintió mareado y a punto estuvo de vomitar.

Los meses vividos junto a Lena tomaron la delantera a cualquier otro recuerdo, como si en sus casi veintiséis años de vida, esos siete meses fuesen los que hubieran calado más hondo en su subconsciente. Y al pensar en ella, no pudo evitar sentir una punzada en medio del estómago, tan fuerte y tan real que se quedó por un segundo, sin poder respirar. Intentó coger aire, pero le era imposible y la angustia se apoderó de él haciendo que empezara a agitarse sin control.

—¡John! —chilló Leah levantándose de pronto—. ¡Ayuda! —aulló mirando hacia la puerta abierta que daba al pasillo—. ¡Un médico! ¡Por favor, ayuda! —siguió chillando rozando el histerismo.

Segundos después la habitación se llenó de enfermeras que hicieron a Leah a un lado, aunque no terminó de salir como le habían indicado, pues no podía apartarse de su hermano, que parecía que había recobrado la conciencia en medio de convulsiones. Rompió a llorar presa del miedo y los nervios acumulados en esos tres largos días esperando que John recobrara la conciencia. Una enfermera la tomó del brazo para finalmente hacerla salir

fuera de la habitación, y una vez en el pasillo, lloró desconsolada apoyando la frente en el cristal viendo ese ir y venir de médicos que intentaban estabilizar a su hermano sin terminar de conseguirlo.

En esa cama, John sintió tanto dolor en su interior, que pensó que no sería capaz de sobrevivir a ello, sin embargo de pronto algo empezó a quemarlo por dentro y de repente todo fue calma, cuándo por fin volvió a abrir los ojos, por la ventana ya no entraban los reconfortantes rayos del sol invernal, sino la tenue luz de la Luna. Su hermana estaba de nuevo en la butaca, aunque esa vez se encontraba despierta, observándolo, y en sus ojos pudo ver el alivio cuando sus miradas se cruzaron. Había llorado, la delataban los ojos hinchados y enrojecidos, también se la veía cansada.

—John —susurró Leah levantándose despacio y tomándolo de la mano—. Joder John... —sollozó dejándose caer sobre su pecho.

John intentó abrazarla, pero aún no podía moverse así que se quedó muy quieto hasta que Leah dejó de llorar.

—¿Qué ha... qué ha pasado? —quiso saber él.

Pudo notar como Leah temblaba entre sollozos, mientras lo volvía a abrazar como jamás lo había abrazado. Pasaron aún unos minutos hasta que ella se incorporó, lo miró de nuevo y se enjuagó los ojos con el dorso de la mano.

—¿No lo recuerdas? —inquirió Leah intentándose sobreponer a todo el miedo que la atragantaba, él negó con la cabeza.

—Recuerdo... —la mirada de John se perdió por un instante en el que Leah temió que volviera a perder la conciencia, así que apretó más su mano—. No sé... recuerdo...

Angélica. Claro que la recordaba, sus ojos, sus manos, sus caricias, sus desprecios y desplantes, recordaba el dolor y lo mucho que la quería, y de pronto todo vino a su mente. Volvió a sentir el mismo sufrimiento de esa tarde, el dolor de cuando a uno le partían el corazón, volvió a sentir la angustia de verse solo, sin ella, rechazado, humillado... Él le había entregado su corazón y ella lo había pisoteado. Y de pronto sacudió su mente esa otra tarde, de unos meses más atrás, lo hizo con total nitidez. Recordó a Lena y como en ese mismo sofá le confesó que lo amaba y él no pudo corresponderla. No pretendía hacerle daño, pero ahora con esa nueva perspectiva que le había dado la vida, entendía el dolor que ella sintió. Él también le había partido el corazón, y ahora sabía lo mucho que podía llegar a doler, de un modo inhumano, insoportable como la propia muerte.

—¿Recuerdas a tu nuevo compañero de piso?

—Carlos —y solo pronunciar su nombre, la bilis subió por su garanta hasta casi atragantarlo con su sabor amargo.

Claro que recordaba a Carlos, y también sabía por qué estaba en el hospital. No hacía falta estar muy lúcido, que no lo estaba, para saberlo. Jugar con lo ajeno era peligrosamente divertido, había gozado durante meses de la parte lúdica, ahora pagaba las consecuencias de la peligrosa. Y es que un hombre deshonrado era un hombre peligroso. Lo había descubierto hacía tres tardes, y solo podía regodearse en lo estúpido que había sido. No le dio tiempo a reaccionar, parecía que en ese piso, todo el mundo golpeaba a traición, aunque para ser fieles a la verdad, aunque hubiese estado advertido, no habría podido hacer nada contra Carlos. El primer golpe dolió, directo a la nariz y de pronto como si algo lo taladrara en el cerebro, aunque ese aciago dolor no fue nada comparado con la mirada de indiferencia de ella, y el hecho de que no hubiese hecho nada por detener a Carlos que lo había golpeado sin piedad, por su estado supuso que bastante rato más después de perder la conciencia.

Miró a Leah que aguardaba aún a su lado, paciente y comprensiva como siempre, así era su hermana, mientras él divagaba rememorando esa tarde, regodeándose en ella como si nada más importara.

—Carlos —repitió él con un hilo de voz apenas audible.

—Puedes denunciarle —dijo ella—, ¡debes denunciarle! —rectificó.

—No.

—John...

—Leah —intentó incorporarse, pero el dolor se lo impidió— créeme si te digo que me lo merezco.

—Pero, ¡qué dices! ¿Te has vuelto loco?

—¿Y papá y mamá? —el rostro de su hermana se ensombreció por un instante, y no hizo falta que dijese nada, John conocía a la perfección la respuesta a esa estúpida pregunta, que no sabía ni por qué había formulado—. No pasa nada Leah, siento que hayas tenido que pasar por esto sola.

—Eres mi hermano —dijo sin más—. Vino mamá el primer día.

—A ver si seguía vivo —comentó irónico John.

—Estuvo aquí unas horas, parecía muy angustiada.

—Porque nadie supiera que a su hijo le había dado una paliza el marido de su amante —soltó John sin más.

—¿Eso es lo que pasó? ¿En serio? —John se encogió de hombros ¿qué podía decir?—. ¡Venga John! —bufó Leah levantándose de la cama—. ¿De eso

va toda esta locura? ¿Te tiraste a la mujer de ese hombre? ¿Se puede saber qué diablos te está pasando? ¡Tú no eres así! —Leah le observó, pero estaba claro que su hermano no iba a decir nada, y a decir verdad, ella tampoco tenía ganas de enfrentar ese tema en ese preciso momento—. Voy a por un café —añadió levantándose sin más.

—Este es el problema de nuestra familia, que en vez de enfrentarnos a aquello que se nos hace difícil, huimos de ello.

—¡No te lo permito! —chilló Leah parándose antes de alcanzar la puerta—. No puedes echarme nada en cara John, no te lo consiento.

—Perdona —se disculpó John rápido.

—Lo has tenido muy fácil, el ojito derecho de papá y mamá... ¡El futuro prometedor de la familia! ¡El hijo prodigo! ¡El gran médico!

—Joder Leah, acaban de darme una paliza, no sé ni lo que digo, yo no quería decir eso... Perdona.

—Lo sé —susurró saliendo de la habitación para que su hermano no la viera llorar.

—Ellos lo habrían entendido —le gritó John, pero Leah desapareció por el fondo del pasillo—. Joder —gruñó cabreado consigo mismo por haberle dicho eso a su hermana.

Sus padres jamás habían aceptado la condición sexual de su hija, de haberse sabido habría sido un verdadero escándalo, y Leah, consciente de ello, había preferido marcharse de casa y buscarse la vida por su cuenta antes que seguir bajo el yugo de esa familia conservadora, que no entendía ni entendería que quisiera estar con una mujer. Sin embargo, John se acomodó a las facilidades que le proporcionaba la posición social y económica de sus padres, estudiar medicina, seguir las normas, hacer lo correcto... era ese pequeño precio a pagar. Que a su hijo modélico le diera una paliza un marido cornudo seguro no entraba en el canon de normalidad que perseguían sus padres. Sonrió sin ganas.

Algún que otro flash del viernes tarde volvió a él, Carlos gritándole a menos de un palmo de la cara, podía notar su aliento y sus escupitajos mojándole el rostro. Estaba fuera de sí, encolerizado, y lo entendía, Angélica era esa clase de mujer por la que perdías la cabeza y el control.

—Angy... —suspiró.

¿Habría ido a verle en esos días? No podía preguntárselo a Leah, o puede que lo que no pudiera fuese enfrentarse a la realidad, esa que le diría que ella no había ido, que no se había preocupado, a decir verdad, su hermana era la

única que había pasado noche y día a su lado, sin apartarse un momento de esa habitación.

Leah entró de nuevo con un café en una de las manos y comprobando el móvil con la otra, no dijo nada y volvió a sentarse en la butaca que había convertido en suya tres noches atrás.

—Tienes la nariz rota, los metacarpianos de la mano derecha totalmente destrozados, una fisura en la muñeca y diversas contusiones. Según el médico has tenido suerte de tener la cabeza tan dura, podría haber sido mucho peor — le explicó Leah.

—Bien.

—John, hoy deberías haberte presentado a tu examen, he intentado hablar con la universidad, pero...

—No te preocupes.

Leah dejó el móvil sobre la butaca antes de levantarse y acercarse a su hermano, no lo entendía, lo intentaba, le miraba y sí, era John, los ojos de John, el pelo de John, la manera de hablar de John, pero no era él. Se sentó en el borde de la cama, estaba agotada.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó intentando comprenderlo.

—Que me han dado una paliza —intentó bromear John.

—John, no me toques las narices... Primero Max, volviendo a casa de sus padres...

—¿Cómo está? —quiso saber él.

—Igual... No sé, no lo he visto —sopló—. John, ¿Dónde está Heit?

John simplemente alzó los hombros por toda respuesta, pues era la única que podía ofrecer, no tenía ni idea de dónde estaba Heit, puede que hubiese alquilado otro piso, o que a esas alturas ya hubiera logrado hablar con Lena, puede que los dos fuesen felices en algún lugar paradisíaco del mundo...

—Sabes dónde no están tus mejores amigos, aquí contigo.

—No les culpo.

—No vas a contármelo, ¿no? ¿Es por esa mujer? ¿Os habéis peleado por eso? —John negó con la cabeza—. Está bien hermano... Cuando quieras contármelo, sabes que puedes confiar en mí. Sarah vendrá en un rato a buscarme, ahora que estás despierto y sé que de esta saldrás —dijo guiñándole un ojo—, voy a ir a darme una ducha y a dormir un poco.

—Claro Leah... Gracias por haber estado aquí —dijo John de corazón.

Adoraba a su hermana. Era la mejor del mundo, desde siempre se habían entendido a la perfección, seguramente porque tenían gustos muy parecidos,

sobre todo en chicas, sonrió al pensarlo. La vio marcharse junto con Sarah, iban cogidas de la mano y no pudo evitar una pinzada de celos en medio del pecho, que se convirtió en algo más doloroso al percatarse que se había quedado solo en esa fría habitación. Suspiró.

Iban a ser las navidades más tristes de toda su vida. Lo tenía todo pensado y de nuevo el destino o el azar habían obrado a su antojo. Pensó en el anillo, aún estaría en el armario de su habitación. Y a pesar de todo lo ocurrido, tomó una determinación. Cuando saliera de allí, iría a por ella. No aceptaba un no por respuesta. Angélica era la mujer de su vida y no iba a dejar que Carlos se entrometiera en lo que había nacido entre ellos. John cerró los ojos y sin dificultad pudo recrear sus ojos, el suave timbre de su voz, la perfección de su rostro, su cuerpo, la tersura de su piel. La amaba por encima de cualquier cosa y sería suya, porque ya no concebía la vida sin Angélica a su lado. Con los ojos cerrados se dejó llevar a ese paraíso que habían prometido sus besos. Una vida a su lado le parecía corta, soñó despierto con el momento de llegar a casa, cogerla de la cintura y besarla, imaginó ese instante y todo su cuerpo se erizó.

Los siguientes días fueron duros, pero según su médico, tenía una capacidad de recuperación envidiable. Sus padres no se habían pasado ni una sola vez, aunque le constaba que su madre se había interesado por él a través de su hermana. Leah estaba sentada en la butaca, Sarah había ido a por un par de cafés, estaban esperando a que le dieran el alta. John resopló cansado, esos días en el hospital habían sido muy aburridos, y ni la visita de Liam y Leo le había animado lo más mínimo, los apreciaba, pero no eran Max y Heit... Se preguntaba si sus amigos estarían al día de lo que había sucedido y si habían decidido no ir a verle a modo de castigo. Volvió a suspirar para alejar sus pensamientos.

—Deja de resoplar, no tardarán —le dijo su hermana sin alzar la mirada de la pantalla de su móvil.

—Ya —resopló nuevamente.

—No puedes volver al piso —comentó Leah de pronto en un susurro.

—Es mi piso —argumentó John sin entender muy bien a qué se refería su hermana, se sentó al borde de la cama intentando ponerse los calcetines.

—Ya no.

—¿Perdona? —interrogó John sorprendido.

—No me había atrevido a decírtelo, pero... el contrato estaba a nombre de Heit, el casero se ha enterado que él ya no está y ha rescindido el contrato.

—¡Joder Leah! —gruñó enfadado—. ¿Cuándo pensabas decirme que no tengo a dónde ir?

—¡Claro que tienes a dónde ir! —se quejó su hermana—. ¡Con nosotras!

—No —repuso John.

—John...

—No Leah, no, ni de coña... no —negó John levantándose con medio calcetín fuera del pie.

—No seas cabezón —Leah se agachó para terminar de calzarlo.

—No es cuestión de ser o no ser cabezón Leah, es que no quiero ir con vosotras, te adoro, pero no. Además ¿qué pasa con mis cosas?

Leah levantó la mirada y la clavó en Sarah, que acababa de entrar con dos vasos de café solo en la mano. Ambas chicas se miraron y Leah suspiró poniéndose en pie.

—Yo fui a recoger algunas de tus cosas —intervino Sarah— recogí ropa, libros, y los objetos personales, el resto se quedó allí, no creo que el gilipollas «ese» sea muy comprensivo dada la situación, pero... podemos intentarlo y yo puedo acompañarte.

—¿Carlos se ha quedado el piso? —gruñó John con incredulidad.

—Lo siento —respondió Leah apesadumbrada.

—¡Joder! Maldita la hora... que ojo tengo.

—Las cosas de Max seguían allí, o puede que ahora «ese» ya las haya tirado.

—Bueno, no importa —suspiró John con resignación, ¿algo más podía salirle mal? Leah se acercó a él para ayudarlo con los botones de la camisa—. Tengo que ir al piso igualmente.

—¿Qué? —Leah alzó la mirada hasta clavarla en él—. ¡No! —dijo rotunda.

—Tengo que ir —sentenció.

—¿¡Estás de coña?! —Leah no daba crédito, John se había vuelto loco de remate, él, que siempre había sido un remanso de paz y de cordura ahora parecía que no hilaba un pensamiento cuerdo, suspiró y buscó en Sarah el apoyo que necesitaba, pero ella parecía que quería mantenerse al margen, y la comprendía.

—Leah, tengo algo que hacer allí.

—¿Ella? —inquirió sin poder ni querer disimular el asco que sentía por esa mujer que ni conocía. John no respondió, cosa que la molestó aún más—. No ha tenido ni el jodido detalle de preguntar por ti —escupió su hermana cabreada.

—Leah tranquila —instó Sarah.

—¡Estoy tranquila! Es solo que no entiendo cuando el perfecto de mi hermano se ha vuelto un imbécil integral, incapaz de ver la realidad que le rodea.

—Te estás pasando Leah, no sabes nada, entre Angélica y yo...

—Entre «esa» y tú, ¿qué? ¿Amor? No me hagas reír John...

—Entre ella y yo hay algo que nada ni nadie podría romper —comentó John.

—¡Eres un idiota! —exclamó Leah alzando las manos al cielo totalmente exasperada, cabreada con él y consigo misma por no ser capaz de hacérselo entender—. ¡Eres tonto! —se lamentó.

—No puedes entenderlo, la quiero.

—¿La quieres? —Leah soltó una carcajada nerviosa—. Ella a ti no —espetó con frialdad.

—¡No tienes ni puta idea! —gritó encolerizado John—. ¡No! Tú no sabes nada, ella... ella es... y yo... ¡Joder Leah! —concluyó nervioso sin terminar de poder decir nada.

—Será eso —respondió ella enlazando la mano con Sarah— no tengo ni puta idea... Vamos —dijo tirando de su novia.

—No puedes dejarlo aquí Leah —dijo Sarah.

—Claro que puedo... es mayorcito —le respondió a Sarah, pero de pronto se paró y volvió a dar un par de pasos hacia su hermano—. John, te quiero. Cuando te des de frente con la realidad ya sabes dónde estamos, las puertas de nuestra casa estarán siempre abiertas para ti, aunque seas un gilipollas.

—Leah, espera...

—No John... primero pégate la hostia, otra vez... —se lamentó su hermana, convencida que era lo que debía pasar—. Sabes dónde encontrarme después.

Las vio desaparecer por el final del pasillo, aún miraba en esa dirección cuando el médico le sorprendió entrando para darle los papeles del alta.

Cuando abrió la puerta del apartamento miles de sensaciones le embargaron, miedo, angustia, emoción... sabía que Carlos no estaría, aunque tampoco podía estar seguro de que ella estuviese. Por suerte no habían cambiado aún el bombín. Intentó cerrar con sigilo, pero esa vieja puerta era imposible que dejara de chirriar. Se quedó allí plantado, hasta que escuchó sonidos en la que siempre había sido su habitación. Y allí estaba ella, como siempre tan hermosa, sentada en la que había sido su cama, y no pudo evitar

pensar en las cosas que habían pasado sobre ese colchón. Ella alzó la mirada para clavarla en él, tenía los ojos color de la miel, preciosos y perfectos, toda ella lo era, la perfección hecha mujer, y él tenía la suerte de que fuese solo suya, al menos lo había sido a ratos y en algún momento futuro lo sería por entero. Sonrió embargado por ese profundo sentimiento que ella hacía aflorar en él, como que todo fuese a ser posible, hasta el infinito y más allá, una sensación de ingravidez tal que le hacía flotar. Ella era su musa, su droga, su media naranja, su alfa y su omega. Era su todo, su destino. Volvió a sonreír embelesado.

—Sabía que hoy iban a darte el alta —dijo Angélica.

—¿Lo sabías? —quiso preguntarle cómo, pero supuso que, a pesar de lo que decía Leah, ella si se había preocupado por él, no podía ser de otro modo.

—Carlos —dijo sin más— me dijo que no quería que viniera hoy al piso, no ha cambiado el bombín para que pudieras terminar de recoger tus cosas.

—Cuanta amabilidad —dijo con sorna—. Te dijo que no vinieras, pero estás aquí —sonrió.

—No se me da bien acatar órdenes y tenía curiosidad.

—¿Curiosidad? Lo sabes todo de mí...

—Sé todo lo que me has dejado ver, o todo lo que he tenido intención de conocer, a decir verdad, tampoco me interesaba saber mucho más —comentó ella.

—Recogeré algunas cosas y podremos irnos —alegó John.

—¿Irnos? —inquirió ella alzándose, era majestuosa, su sola presencia llenaba la habitación—. Sabes, al principio fue divertido, la novedad, un chico joven con ese vigor que os da la testosterona —sonrió—, después pensé que simplemente eras uno más, un buen polvo pero insulso e insustancial como el resto, aunque hubo algo... No te sabría decir exactamente el qué ni el momento exacto en el que me di cuenta de que tenías algo más...

—No... creo que no te entiendo —John se sentía confundido, la medicación, el dolor y sus palabras. Tenía la mente con neblina y le estaba costando mucho seguir su hilo argumental.

Angélica abrió el primer cajón de la mesilla y sacó de allí unos papeles, John sabía exactamente lo que eran y verlos en sus manos hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Sabes, ahora me encajan muchas cosas —dijo Angélica alzándolos—. No me confundí contigo cuando intuí que había algo más. ¿Dónde está ella ahora? —preguntó clavando la mirada en él.

—Ella ya no importa.

—La trama se pone de lo más interesante —siseó Angélica entre dientes—. ¿La matasteis?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

—Podría ser... un mal golpe, uno de esos «correctivos»... A alguno se le fue de las manos y... —Angélica alzó los hombros.

—Ella se marchó —la cortó John.

—¿Disfrutaste? —inquirió Angélica hurgando en el fondo de su siempre translúcida mirada. Le había parecido un buen chico de primeras, para poco a poco y conforme le iba conociendo, ir cambiando de opinión—. Siempre he sentido curiosidad... ¿La golpeabas? —y aguardó la respuesta, que no llegó, aunque no hizo falta—. Te corríste de placer solo con pensar en hacerle daño y verla sufrir —chasqueó la lengua satisfecha de la reacción de él—. Eres un sádico pervertido.

—¿Qué importancia puede tener eso ahora? —John cada vez estaba más confundido y no pudo evitar alzar la voz, sus palabras le estaban haciendo mucho daño.

—Ninguna, solo era curiosidad, has pasado a ser un poco más interesante, que pena que ya sea tarde.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué?

—Simplemente tarde. Bueno, voy a dejar que recojas lo que tengas que llevarte, esta noche tenemos la cena de navidad de la empresa, debería empezar a arreglarme.

—¿Tenemos una cena?

Angélica soltó una carcajada que inundó el apartamento por entero, lo miró con ternura, como quien mira a un niño que acaba de preguntar por que el sol viene y se va.

—Eres tan tierno... —se lamentó—. En fin... me voy, ya sabes que a Carlos no le gusta que le haga esperar.

—Pe-pero... ¿Carlos? ¿Y qué pasa con nosotros?

—¿Qué nosotros?

—¡Nosotros! —gritó John siguiéndola por el pasillo en dirección al salón—. Nosotros, tú y yo, juntos, ¿recuerdas? Para toda la eternidad.

—Que rico...

—No lo entiendo.

—¿De verdad llegaste a pensar que...? —Angélica soltó una nueva carcajada que se clavó en John como una afilada daga, pero ni punto de

comparación con las palabras que ella pronunciaría a continuación—. Has pasado de tierno a ridículo —y acompañó esa tajante afirmación con una mueca de desprecio en el rostro.

—Me dijiste que me querías... —susurró él sintiendo como el mundo se desmoronaba bajo sus pies—. Yo... yo te quiero Angy... yo...

—Tú, tú, tú... —repuso Angélica con sorna—. No seas patético John, ¿de verdad pensaste que teniendo al lado a alguien como Carlos yo...? —Angélica no pudo evitar volver a reír—. Ha sido divertido, no lo niego. Nos lo hemos pasado bien, pero entre tú y yo jamás podría haber nada, a mí me gustan los hombres de verdad. Pensé que eras un chico listo John, aunque ya veo que me equivoqué contigo. Solo ha sido sexo, diversión... nada más.

«Nunca podría haber nada más allá». Las manos de John se apretaron en dos fuertes puños. Se sentía dolido, usado, humillado... él le había entregado su corazón y ella solo lo había pisoteado. Era ridículo, ella tenía razón, era un ser patético, enamorado de esa pérfida mujer que disfrutaba viéndole sufrir, sin embargo él la quería, la quería mucho y la necesitaba, cada vez que Carlos rozaba su cuerpo él sentía ganas de lanzarse sobre él y arrancarle la cabeza. Él lo haría todo por ella, lo que le pidiera, decía que su vida estaba unida a Carlos, pero ¿y si Carlos no estaba? Ellos podrían ser libres de estar juntos, ellos para toda la eternidad, ellos... Se mareó, tantas ideas bailando dentro de su cabeza hicieron que se mareara.

—Nunca habrá un nosotros. Somos Carlos y yo, tu simplemente le has mantenido la cama caliente mientras no estaba.

John sintió como si un abrasador fuego empezara a quemarle por dentro, de pronto su sangre bullía y su razón estaba tan próxima a nublarse que se estremeció. Alargó la mano para cogerla, para abrazarla, necesitaba rodear su cuerpo y que ella sintiera lo mucho que la adoraba, que sería capaz de matar y morir por ella, sin embargo cuando su mano estaba a punto de alcanzar esa tan ansiada piel, Angélica se retiró un paso, dejándole huérfano de su calor. John alzó la mirada para encontrarse con el hielo que desprendía la suya, no, era peor que eso, no era que lo mirara con frialdad, es que lo miraba con desprecio, como si él no fuese nada, se sintió un nadie, y de pronto todo lo que habían vivido se tornó oscuro y siniestro, todos esos momentos que su mente atesoraba como los mejores de su vida se volvieron aciagos, amargos, imposibles de tragar. En tan solo un segundo todo lo que tenía dentro cambió.

Hizo un vano intento más por acercarse a ella, pero Angélica solo lo apartó acompañando el gesto de desdén con una carcajada fría y siniestra.

—Te necesito—consiguió decir John.

—Tú puedes necesitar lo que quieras, que más me da a mí —repuso Angélica con desprecio.

—No puedes dejarme.

—No te dejo John, no te dejo porque jamás me has tenido, ¿es que no lo entiendes? ¿Tan estúpido eres? —le preguntó.

—¡Eres mía! —vociferó John con una voz salida directa de sus entrañas, donde se estaba gestando todo el dolor.

—Soy de Carlos.

—Eres mía —volvió a gruñir John, ahora sí asiéndola de la mano con fuerza.

—Lena también era tuya y se marchó, puede que estés condenado a no tener nunca nada que te pertenezca.

John lo vio todo oscuro a su alrededor, como si alguien hubiese apagado las luces de su lucidez. Y la mención de Lena en boca de Angélica fue el colofón final, más de lo que pudo soportar.

—Mía —repitió con voz ronca y alargó la otra mano para agarrarla, hundiendo las uñas en el contorno de su muñeca.

—Suéltame John, no hagas más el ridículo.

—Tú eres mía —sentenció él clavando la mirada en ella.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó desafiante Angélica.

—Coger lo que me pertenece.

—No tienes lo que hay que tener... —le retó muy segura de sí misma.

John tiró de ella con fuerza para besarla, pero Angélica movió el rostro para impedir que sus labios le alcanzasen, John estaba fuera de sí, humillado, dolido, perdido, loco. Total y absolutamente loco. La agarró con desmesurada fuerza tirando de ella con una mano, mientras con la otra la agarró del pelo para obligarla a recibir sus besos. Ella se resistía, se movía inquieta, incluso gritaba, pero John no era capaz de reaccionar, necesitaba más, la necesitaba a ella. Necesitaba esas migajas de amor que le había ido dando a cuentagotas. Logró reducirla y pronto Angélica estaba ya tendida en el suelo, con el esfuerzo su vestido había ido ascendiendo y ahora estaba enroscado a la altura de su cintura, dejando sus muslos y su ropa interior al aire. John observó un segundo ese cuerpo que le hacía perder la cabeza, que había aprendido a amar y necesitar a partes iguales.

Se tumbó sobre ella y siguió buscando sus labios, besándola, lamiendo su rostro, su saliva se mezcló con las lágrimas de ambos, que tiñeron los besos

de un sabor salado.

—Te quiero, te quiero —susurraba él enajenado.

—Déjame John, suéltame... ¡Para! —chilló Angélica presa del pánico, y consciente más que nunca de lo que le iba a pasar.

—No puedo parar de quererte ¡es que no lo ves! Me has embrujado.

Consiguió liberar su erección de la prisión tejana dirigiendo la punta de su miembro hacia su vagina, tanteó hasta encontrar su entrada, que estaba húmeda y caliente, y de una sola embestida se introdujo dentro de ella haciendo el tanga a un lado. Entraba y salía entre sacudidas y zarandeos, mientras ella le empujaba con ambas manos en el pecho y él buscaba con desesperación esos besos que noches atrás le habían hecho soñar con un futuro lleno de dicha y felicidad. Ahora el futuro se desvanecía a cada embiste.

—No puedes dejarme —sollozó John dejando caer la cabeza entre sus pechos, pero sin dejar de penetrarla—. Eres mía... solo mía, eres mía, te quiero, te quiero Angy por favor, te quiero...

Siguió las acometidas sin ritmo, pero con una necesidad perentoria, se ahogaba. Moría, a cada penetración moría un poco más, pero no había nada mejor que perecer dentro de ese cuerpo que tanto amaba. Agarró con fuerza su cintura para dar un último empujón derramándose dentro de ella y se dejó caer abatido sobre su cuerpo llorando, susurrándole lo mucho que la amaba.

—Eres un puto psicópata —gruñó Angélica entre dientes empujándolo para sacarlo de su interior—. Jamás... ¿me oyes? Jamás volverás a ponerme una mano encima —se levantó dejándolo a él tirado en el suelo—. Hagas lo que hagas en esta vida, siempre serás escoria John.

—Angélica yo... —dijo tomando conciencia de lo que acababa de pasar.

Angélica enjuagó sus mejillas hizo descender su falta y tomó fuerzas de donde no las tenía para recomponerse, volvió a mirarle con desprecio antes de desaparecer del salón.

—Lo siento —susurró él a la nada, pues ella había abandonado el apartamento dando un sonoro portazo—. Joder.... ¿Qué he hecho...?

## Capítulo 9

Hacía frío a pesar de que ese año aún no había nevado y unas navidades sin nieve se hacían de lo más extraño. Lena terminó de recoger el lavavajillas secando con mimo y esmero cada taza que había extraído del interior. Hacía ya cuatro meses que trabajaba en esa cafetería que no le ofrecía ni remotamente un buen suelo, pero era suficiente para poder ir pagando el alquiler de la habitación, además de ser un trabajo que le gustaba, incluso con el hecho de tener que tratar con gente, había descubierto que no se le daba mal, sonreír y asentir. Las navidades habían pasado como entre bruma, llena de tristeza y dejándose envolver por la melancolía que solía acompañar esas fechas tan señaladas. Una época en que el convencionalismo social dictaba que todo el mundo debía estar feliz, aunque ella no recordaba las últimas fiestas navideñas en que realmente se había sentido llena de gozo y felicidad. A decir verdad, llevaba tanto tiempo sintiendo dolor en su interior que no entendía cómo había soportado tanto sin terminar de estallar, sin romperse definitivamente. Estaba claro que algo la había obligado a mantenerse entera un poco más, puede que lo hubiera aguantado todo para llegar hasta ese punto y ese momento en concreto. Ese día, que no difería tanto de ningún otro, pero que estaba a punto de ser el momento de la verdad y es que, si había un punto de inflexión en toda esa historia, tenía que ser ese preciso instante, la certeza de que eso era así la abofeteó justo cuando al echar el cierre a la persiana del local y despedirse de los compañeros, sus ojos se cruzaron con los de John.

Esos ojos.

John.

No pudo evitar que todo su cuerpo se sacudiera y las piernas empezaran a temblarle. Intentó recobrar el aplomo con una honda respiración, llenando de aire sus pulmones para echarlo poco a poco después. Estaba ahí y era real, no una de sus pesadillas más recurrentes... Lo observó cómo caminaba a paso lento hacia ella, como si algo lastrara su avance y dudara a cada paso que daba, sus pisadas resonaron en la solitaria plaza. Sintió miedo, más que eso, le entró el pánico, así que miró a ambos lados de la plazoleta para ver cómo y por dónde poder escapar, necesitaba huir de ahí y de ese momento para el que no estaba preparada, hasta dudó si echarse a gritar para que alguno de sus

compañeros, que habían salido minutos antes que ella, la escuchara y volviera para socorrerla, pues eso era lo que sentía, que necesitaba ser rescatada del que un día fue su rescatador.

No sabía cómo hacerlo, cómo enfrentarse a él, no sabía cómo mirarlo sin derrumbarse como un castillo de naipes, tan endeble se sentía como esa pequeña construcción de cartón, que se derrumbaba con un simple soplido. Tan solo dos cortos pasos les separaban, y a pesar de que toda ella temblaba, se obligó a alzar la mirada y clavarla en él, que enseguida descendió la suya para no enfrentarse a sus ojos. Siempre le habían fascinado los ojos de John, de un color tan inconcreto que no tenía nombre. Tan transparentes y tan mentirosos a la vez.

Estaban el uno frente al otro sin atreverse a decir una palabra, con el silencio denso condensado a su alrededor, oprimiéndoles. Lena apretó la mandíbula haciendo un titánico esfuerzo por no llorar, no quería que él viera qué aún tenía el poder de trastornarla, de hacerla sentir tan insignificante como una mota de polvo suspendida en los confines del universo.

—¿Cómo me has encontrado? —siseó entre dientes.

Las palabras salieron sin más, puede que algo entrecortadas por la presión de la mandíbula, pero había intentado que su voz sonara entera y que la frase resultara fría, hermética, sin un ápice de ternura ni calidez. Una simple pregunta que necesitaba de su pertinente respuesta, así que aguardó sosteniéndole la mirada, sabiendo que, si en algún momento él alzaba la vista, lo más seguro era que no lo pudiera soportar. Había intentado alejarse todo lo que había podido de ellos, evitar que la fortuna o el azar volviera a cruzarles en su camino, no quería saber nada de esos tres hombres que tanto daño le habían hecho. Pero estaba claro que esa distancia no había sido suficiente, y a ella en su momento le había faltado el arrojo suficiente para terminar de desaparecer del todo, como si algo la uniera a esa ciudad. Por eso se había quedado, y cada mañana rezaba para que ninguno diera con su paradero, si es que en algún momento querían encontrarla.

Su pregunta seguía en el aire e hizo que John se estremeciera o eso le pareció observar, ahora era él el que temblaba, como una hoja al caer al suelo arrastrada por el frío aire otoñal.

—Yo no he sido —confesó al fin sin poder ser capaz aún de mirarla a los ojos, pues la vergüenza cubría sus profundos ojos.

—Heit —rezongó ella apretando los puños. No sabía muy bien por qué, pero algo le decía que Heit era el único que se habría atrevido a buscarla,

siempre supuso que para el rubio, que ella se marchara habría supuesto una liberación y un empujón a su ya de por sí hinchado ego, pues lo había logrado, había logrado derrotarla. Lo que la extrañó entonces fue que hubiese sido John el primero en atreverse a enfrentarse a ella—. ¿Qué quieres John? —preguntó despacio, como si cada palabra le costara ser pronunciada.

Lena volvió a temblar, se había prometido a sí misma ser fuerte y no derrumbarse, a pesar de saber de antemano que era algo que jamás lograría. Durante esos meses lejos de ellos había pasado momentos de todo, pero el miedo y la angustia, así como el desprecio hacía sí misma habían tomado la delantera a cualquier otro sentimiento. Salió de ese apartamento despreciándose, aborrecida de la persona en la que se había convertido o que ellos habían modelado pero, a decir verdad, los primeros meses no pudo culparles a ellos, eso vino después, con el paso de las semanas.

Pudo notar cómo él de pronto titubeó, eso la sorprendió, el siempre tan seguro John, era como si ese tiempo hubieran conseguido doblegarlo y sembrarlo de dudas y puede que, con suerte, algo de culpabilidad. Parecía incapaz de mirarla y solo se atrevió a alzar un poco la vista para poder observarla, aunque nada más fuese de soslayo.

—¿Estás bien? —la voz de John llegó a ella como entre brumas.

—¿Acaso eso te importa? —replicó Lena, y cuantas más dudas veía en él, más fuerza conseguía reunir ella a pesar de que era consciente que estas se disiparían si él la miraba o intentaba siquiera rozarla.

—Sabes que sí —respondió con un susurro quedo.

—Yo no sé nada John... solo que no quiero hablar contigo, no... no quiero saber nada de vosotros, así que... —respondió intentando irse de allí.

—Estoy muerto —dijo él sin más con un pesar en la voz que estremecía.

—A mí me matasteis vosotros.

No estaba siendo injusta, en realidad John tenía que saber que ella tenía razón, era demasiado pronto para enfrentarse a lo que había ocurrido, a ninguno de ellos, pero John... John era el peor de los tres, él le había hecho soñar con un mundo de fantasía, un mundo donde la felicidad y ella podrían darse de la mano, John la había hecho volar al mundo imaginario del amor para después soltarla y dejarla estrellar contra la cruda realidad, esa en que solo había sido para ellos una puta, una muñeca, algo más parecido a una mascota que a una mujer a la que pudieran siquiera pretender amar.

Y tomó fuerzas de dónde no las tenía, logró reunir el valor suficiente para verter sobre él todo el dolor y la rabia acumulada durante ese tiempo, le dijo

lo que sentía y lo que en su día él le hizo sentir, le confesó que le había amado y que saber que él era incapaz de hacerlo era lo que la había hecho marcharse de allí. Lo hizo del tirón, pues si se atrevía a detener su discurso sabía que sería incapaz de poder volver a hablar, pues pronto sus palabras se aferrarían a su garganta impidiendo ser pronunciadas. Observó cada gesto, cada pequeño cambio en ese hombre que tenía en frente y como cada palabra que ella pronunciaba hería un poco más su ánimo, hasta reducirlo y convertirlo en algo tan pequeño que apenas le veía si le miraba. Y así fue como pudo esquivar a ese cuerpo que retenía su huida y lo dejó ahí, en medio de una calle cualquiera de una ciudad cualquiera, solo y abatido, pues en ese tiempo había aprendido a conocerle, aunque solo fuese un poco. Y sabía que John estaba derrotado, solo eso era lo que le había empujado a presentarse frente a ella. No quería saber qué era lo que le había hecho tanto daño, ya tenía suficiente con su propio dolor. No se sentía orgullosa de haberle lastimado más de lo que ya estaba, pero sí de haber sido lo suficiente valiente como para enfrentarse a uno de sus peores miedos, John, el hombre que le había pisoteado el corazón hasta tenerlo tan roto que nadie, ni con todo el amor del mundo, sería capaz de sanar. Aunque le había mentado en algo, y era que jamás, por más años que viviera, podría olvidarle, a ninguno de ellos. Jamás podría borrarlos de su memoria ni todo lo que había vivido a su lado. Ese sería el lastre que arrastraría hasta el último de sus días, una mala decisión que había hipotecado su pretendido final feliz.

Caminó tranquilamente hasta perderse de vista, entonces ya lejos de su mirada corrió, corrió hasta que sus piernas dolieron y sus pulmones no eran capaces de ofrecerle suficiente oxigenación, aún así corrió un poco más, y en una calle solitaria se derrumbó, dejándose caer al suelo echándose a llorar y temblar entre convulsiones y quejidos. Lloró hasta que sus ojos se secaron, no sabía cuánto tiempo habría pasado, entonces se levantó para regresar a su piso, intentando arrastrar los últimos rastros de su estado emocional con el dorso de la mano.

Le había costado un poco encontrar un sitio donde vivir, pero desde hacía unos meses parecía que de nuevo la suerte le sonreía, a pesar de que ella no fuese aún capaz de hacerlo pues, aunque que sus labios simularan una feliz sonrisa, por dentro seguía llorando a cada minuto de cada hora. Las manos le temblaban tanto que le costó un poco dar con las llaves y mucho más ser capaz de abrir la puerta con ellas, cerró de manera apresurada, y aún en un estado anímico cercano a una crisis de ansiedad, logró deslizarse en silencio hasta su

habitación donde se encerró para poder volver a llorar.

—¿Lena, estás bien? —dijo una voz tras unos ligeros toques de nudillo en la madera.

—Sí —mintió

—¿Puedo entrar?

—No.

Pero Judd entró igualmente. El hombre la observó de arriba abajo, sin detenerse en los mínimos detalles, no hacía falta, ojos enrojecidos, maquillaje esparcido alrededor de sus ojos, todo su cuerpo aún se agitaba por el llanto. Era una muñeca rota. Pese a los esfuerzos de esos meses, Lena seguía siendo tan vulnerable que estremecía. Habían limado tantas veces su corteza que ya solo quedaba un endeble junco que se agitaba ante la más mínima brisa, aunque también por ello jamás se rompía del todo, solo se dejaba zarandear de un lado a otro oponiendo la resistencia justa para que, a pesar del vapuleo, nunca logaran romperla del todo, y a veces, eso era lo peor que le podía pasar.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Judd.

—No lloro —replicó Lena.

—¿Has sucumbido a la moda mapache? —Judd se sentó a su lado y señaló sus ojos, dejando claro que se refería al borrón de máscara de pestañas que emborronaba su mirada.

—Te odio —dijo ella dejándose caer sobre el regazo de su nuevo amigo abandonándose entre sus brazos, él instintivamente empezó a acariciar su espalda.

—¿Quién odia a quién? —quiso saber Scott entrando en la habitación.

—Lena me odia a mi y al mundo entero.

—Nada nuevo bajo el sol —se burló Scott, pero calló al ver la mirada reprobadora de su novio y se arrepintió de inmediato de sus palabras, resopló —. ¿Os apetece un té calentito? —ambos asintieron así que Scott, consciente de que Judd era mucho mejor que él para consolar a la chica, optó por retirarse y dejarles solos.

—¿Y bien? —volvió a preguntar entonces Judd, ayudándola a alzarse para poder mirarla a los ojos.

—He tenido un mal día —reconoció ella, sin pretender entrar en muchos más detalles. No podía, dolía tanto que aún no había sido capaz de poder confesar en voz alta todo lo que había hecho o se había dejado hacer. Era demasiado horrible.

—Lena, sabes que puedes confiar en nosotros ¿verdad? —comentó Judd, y ella asintió—. Cuando llegaste aquí eras solo un guiñapo... llorabas día y noche, dolía solo mirarte... Y ahora parecía que todo iba mejor ¿no?

—Supongo que las navidades me han pasado factura —suspiró apesadumbrada.

—Está bien, fingiré que te creo, pero oye una cosa pequeña, sea lo que sea, nada ni nadie merece tus lágrimas ¿vale? Eres demasiado bonita para llorar por ningún tío.

Esa noche volvieron sus pesadillas. En ellas volvía a estar en ese piso, y pese a que se sentía como en casa y que no estaba mal en ese lugar ni con ellos, al despertar toda la congoja la asaltaba y se maldecía porque en su subconsciente aún albergara amor y cariño por esos tres abominables seres, que la habían maltratado hasta hacer de ella alguien irreconocible. Y en el albor de la madrugada, cuando su mente estaba a medio caballo entre el mundo real y el onírico, era el único momento en el que se permitía reconocerse a sí misma que no toda la culpa fue de ellos, que ella se prestó, que ella aceptó y a pesar de todo disfrutó de todo ese tiempo. No había salido como ella esperaba y puede que fuese eso lo que realmente le doliera. Pues en el fondo, muy en el fondo, en ese momento del día en que todavía no era plenamente consciente de todo, seguía queriéndolos y anhelaba que ellos también la quisieran. Y en esos escasos segundos que duraba su despertar, pensaba que de haber sido de otro modo, habrían podido ser felices los cuatro.

Después despertaba del todo y se obligaba a recordar esos sueños y maldecirlos como si de las más terribles pesadillas se tratasen. Se levantaba alimentando la necesidad de odiarles y culparles de todo cuánto había ocurrido. Se reprendía a sí misma cuando las dudas la asaltaban y se atusaba para verter sobre ellos todo el rencor que a veces era más contra ella misma.

Esa mañana le costó más de lo habitual el poder despegarse de las sábanas, por suerte era fiesta y podía remolonear por la casa como una polilla dentro de un armario, no tenía intención de pisar la calle por nada ni por nadie. Disfrutó del calor de las mantas haciéndose un ovillo entre ellas, y al cerrar los ojos, la imagen de John la noche anterior regresó a su mente. Parecía tan roto, tan vulnerable que por un segundo le compadeció. Algo había quebrado su alma, como meses antes ellos habían roto la suya.

—¡Basta! —se regañó a sí misma— se lo merece, sea lo que sea lo que lo tenga así, él se lo ha buscado —sentenció tratando de imprimir convicción a sus palabras y pensamientos.

Se levantó de un salto y aunque su ánimo le pedía llorar un poco más, desechó la idea, o puede que solo la aplazara hasta un poco más tarde. Sacó ropa limpia del armario y se sentó un segundo en la cama, perdiendo la mirada en esa ventana por donde empezaba a despuntar el sol. Era una habitación minúscula, tan solo la cama y ese pequeño mueble que ya le era suficiente, a decir verdad, esa habitación era tan reducida que no había encontrado aún un lugar para «ella». A veces la desenfundaba y acariciaba sus cuerdas, lo hacía con añoranza contenida de esas tardes en que, con una canción, era capaz de volar lejos de todo y todos. La guitarra de Max. Lena se levantó, dejó la ropa sobre la almohada y caminó hacia el instrumento, acarició la funda con la yema de los dedos. No sabía muy bien qué la había empujado a querer recuperarla, pero lo había hecho a las pocas semanas de escapar de ellos, lo había hecho incluso antes de encontrar esa habitación. Desde ese día la había acompañado, como un tesoro o un talismán. Era absurdo, pero así lo sentía ella.

Se preguntaba quién sería Andy y porqué su nombre estaba escrito en el interior de la funda. Suspiró.

En el piso todos dormían. Scott y Judd habían sido maravillosos con ella, el destino se había apiadado de su situación poniendo a esos dos hombres en su camino, eran dos ángeles, sobre todo Judd, con quien había sentido una especial conexión desde el primer momento.

Se encerró en el baño y después de una rápida ducha salió ya vestida en dirección a la cocina para preparar café y poner una lavadora.

—Buenos días —la saludó un sonriente Scott cuando apareció un rato después—, ¿sigue caliente? —preguntó señalando la cafetera, Lena asintió y sacó una taza del armario que dejó frente a él—. No sé cómo no lo odias —sonrió— todo el día preparando café, yo lo aborrecería.

—¿Bromeas? A veces creo que es lo único que me mantiene con vida, bendita cafeína.

Ambos rieron.

—¿Qué planes tienes hoy? —preguntó el hombre.

—No hacer nada.

—Buen plan —sonrió Scott—. Nosotros saldremos a comer, ¿quieres venir?

—¿Y ser la vela? No gracias.

—¿Qué te pasó ayer? —quiso saber. Para ello cogió su taza de café y se sentó al lado de Lena mirándola directamente a los ojos. Desde que había

aparecido en sus vidas le había costado un poco encajar con ella, pero una vez rota esa primera barrera de la desconfianza, había nacido en él un instinto de protección hacia ella que, si bien no era comparable con el de Judd, no se quedaba atrás. Simplemente que Judd era de los que lo llevaban siempre todo al extremo, era parte de su encanto, amaba y odiaba con tal intensidad que abrumaba—. No me digas que nada —le advirtió.

—Nada importante.

—Lena... —suspiró y se dio por vencido, había aprendido a conocerla un poco, y Lena jamás les contaría nada de lo que había vivido hasta conocerlos, era algo que había asumido ya, esa chica había guardado bajo llave todo su pasado y el peso de esa carga era lo que no la dejaba avanzar, pero ya no sabía cómo hacérselo ver.

—El pasado siempre vuelve.

—Como el estribillo de una mala canción —añadió Judd que acababa de entrar en la cocina—. Buenos días, ¿estás mejor? —quiso saber.

—Un poco más tranquila —reconoció Lena.

—¿Quieres que nos quedemos? —preguntó Judd.

—No, claro que no, me vendrá bien estar un rato a solas.

—¿Seguro? —insistió entonces Scott.

—Seguro, vosotros pasadlo bien... ¿vale? —les dijo Lena componiendo una sonrisa.

Eran maravillosos y hacían una pareja estupenda, y aunque aún no podía ni planteárselo, algún día debería marcharse de ese piso y dejarles vivir su vida tranquilos porque, aunque siempre le decían que era como la hija que jamás tendrían, ella sabía que en algún momento tendría que, como buen hijo, emprender el vuelo y alejarse del nido. Sonrió con pesadez.

Cuando ellos se marcharon cerca del mediodía deambuló por la casa, se preparó algo rápido para comer y se dispuso a pasar la tarde sentada frente al televisor. Sin embargo era imposible, sentía como algo oprimía sus sienes, y ahora que estaba sola se dejó llevar por todas las emociones que le había ocasionado ver de nuevo a John, todos esos meses había pretendido sepultar los recuerdos en su memoria, pero habían vuelto más vívidos, más reales y mucho más dolorosos, tanto que sin ser posible sentía cómo sangraba por dentro. Durante ese tiempo se había preguntado cuanto tardarían las heridas en sanar, Judd decía que solo debía dejar pasar el tiempo, no obstante ahora era consciente que jamás dejaría de dolerle y mucho menos podría ser capaz de olvidarles, todo eso la llevaba a maldecirse.

Se tumbó en el sofá y se replegó sobre sí misma, abrazando las piernas contra su pecho y dejó que la primera lágrima cayera despacio, sintiendo la humedad que dejaba en su recorrido. A pesar de no quererlo se abandonó a la angustia, sin poner barreras a su avance indómito, que empezaba por su cabeza y terminaba oprimiéndole el corazón.

Y así dejó que muriera el día y la sorprendiera la noche, sumida en un mar de confusión y melancolía tan abrumador, que por momentos se le hacía difícil hasta respirar.

Cuando al día siguiente llegó al trabajo, no pudo evitar detenerse un segundo en el mismo punto dónde había estado parado John. Se quedó ahí plantada con el pulso acelerado, giró sobre su propio eje y miró en todas las direcciones, temiendo volverle a ver, a él o a cualquiera de los tres. A pesar del acuciado frío Lena empezó a sudar, y solo consiguió serenarse cuando entró en la cafetería y comprobó que todo seguía igual.

—Estás pálida —comentó su compañero—. ¿Estás bien?

—Sí —titubeó, pero se obligó a respirar, y a actuar con normalidad.

—Pues parece que hayas visto a un fantasma —insistió el chico.

—Al de la ópera —añadió alguien a su espalda.

Mientras sus compañeros empezaban a preparar las cosas tras la barra, ella bajaba las sillas que estaban sobre las mesas, lo hacía de manera pausada, sin prisa, puede que más distraída de lo habitual, la verdad era que su mente estaba demasiado agitada incluso para esa tarea tan simple y mecánica. Poco antes de abrir al público pasó el chico del quiosco, que se acercaba cada mañana a dejar la prensa local e internacional. No solía prestar especial atención al periódico, lo ojeaba a veces mientras hacía tiempo hasta la hora de apertura, sin embargo ese día algo la empujó a abrirlo y observarlo con más detenimiento. Pasó de largo la sección de economía, era pobre y desgraciadamente seguiría siéndolo, también descartó la de deportes, jamás le habían interesado lo más mínimo.

—Busca alguna película para irnos después al cine —le propuso una de las chicas—. ¿Te apetece?

—Podríamos ir a cenar también —indicó el otro compañero añadiéndose al improvisado plan.

Y quiso responderles que no, que no tenía ganas de salir, ni de ir al cine, ni atiborrarse a palomitas, no tenía ganas de nada salvo de seguir llorando y auto compadeciéndose, sin embargo pasó con desgana las páginas para ir al final, dónde solían estar los espectáculos con sus horarios, pero mientras ojeaba por

encima la prensa de pronto un titular en letras grandes y negras, hizo que se detuviera en una de las páginas, no notó cómo alguien leía también la noticia por encima de su hombro.

—Pobre chico —chasqueó la lengua—, veintiséis años y a punto de terminar la carrera de medicina... Debía estar muy jodido para hacer eso, lo vi ayer en las noticias.

—¿El que se tiró de un puente? Es verdad, yo también lo vi, vaya mazazo para la familia, era de un pueblo de aquí cerca...

Lena sintió un fuerte mareo y tuvo que sentarse para no caer al suelo, una pinzada en el estómago y de pronto las náuseas la invadieron. Cerró los ojos para que no se derramasen las lágrimas y negó de manera enérgica con la cabeza. «No puede ser, es solo una casualidad» se dijo a sí misma, y se lo repitió una y mil veces mientras sus ojos se deslizaban por el resto de la noticia.

Era domingo noche, el joven J.W. había saltado de uno de los puentes que rodeaban la ciudad. A pesar de la premura con la que llegaron al lugar de los hechos los equipos de rescate, no se pudo hacer nada por él, cuando llegó al hospital se encontraba en estado muy crítico y murió unas horas después sin que el personal médico pudiese salvarle la vida. El joven se encontraba en estado de embriaguez. La policía barajaba diferentes hipótesis sobre el motivo de la muerte, aunque tomaba fuerza la de que pudiera tratarse de un suicidio.

No podía ser, era imposible, el domingo por la noche ella le había visto, habían hablado... él estaba vivo. Y de pronto las palabras de John volvieron a ella golpeándola para dejarla KO, ese «estoy muerto» apenas susurrado, Lena volvió a sacudirse de manera casi convulsiva, mientras luchaba por poder respirar, se ahogaba, el aire no llegaba a sus pulmones y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no derrumbarse allí mismo frente a todos.

—¡Eh! —dijo alguien a su espalda. Asiéndola del brazo la arrastró hasta el final del local donde la obligó a tomar asiento—. ¿Lena...? Respira, tranquila, vamos... respira... ¿Lo conocías?

—Nn-nno... —murmuró—. Nnno... No, no... no... no puede ser... no... no...

—Joder, ¡eh reacciona!

—¡Mierda! ¿Qué le pasa?

Había saltado de un puente. Tan solo unas horas después de hablar con ella. El corazón se le pinzó dándole un calambrazo que se extendió por todo el cuerpo y sintió que iba a desfallecer.

—Tráele agua —instó su compañero a la otra chica.

Los primeros clientes habían empezado a ocupar las mesas y el ambiente empezaba a ser el de todos los días, frenético, sin embargo Lena no podía moverse, no podía alzarse, no podía pensar, reaccionar, hablar... no podía hacer nada. Alguien le acercó un vaso de agua, pero apenas pudo tragar.

Ellos habían hablado, ella le había escupido todo el veneno que llevaba dentro, lo hizo a sabiendas que le estaba haciendo daño, lo había visto en sus ojos. Lo hizo por venganza, lo hizo a conciencia y con maldad... en ese momento disfrutó de ver la sombra del dolor planear sobre él. Y ahora... Llevó las manos a la cara para cubrirse con ellas toda la culpabilidad que debían mostrar sus ojos, y soltó un sollozo acompañado de las primeras lágrimas. El miedo oprimió su pecho haciéndole sentir un tremendo dolor. Él se había quitado la vida solo unas horas después de implorarle su perdón, uno que ella le había negado.

Solo habían pasado unos minutos, pero era como si toda una vida se hubiera ido en ellos, de hecho, una vida se había ido. John... su John... muerto. Estaba próxima a perder el conocimiento cuando alguien se plantó frente a ella llamando su atención. Intentó alzar la mirada, aunque había perdido la capacidad de ver y solo pudo vislumbrar un borrón al que no pudo identificar.

—¿Eres Lena? —preguntó una voz, y ella asintió con un ligero toque de cabeza o eso creía haber hecho, no estaba segura, se encontraba envuelta en una densa bruma que la incapacitaba para cualquier tipo de reacción—. Un chico me ha dado esto para ti.

«Chico» esa palabra la despertó de pronto, cerró los ojos para al volver a abrirlos, poder enfocar mejor a su interlocutor, un muchacho de no más de quince años que tendía un papel en su dirección.

—¿Qué chico? —preguntó nerviosa.

—Estaba en la terraza del bar del otro lado de la plaza, me ha dado esto y me ha dicho que preguntara por Lena.

Alargó la temblorosa mano hasta hacerse con el papel con la punta de los dedos, sentía cómo le quemaba, dudó un instante, pero lo desdobló para descubrir escrito en él una fecha, una hora y una dirección. Nada más. Simplemente eso.

—¿Cómo era? —inquirió Lena poniéndose en pie de pronto, aunque ya conocía la respuesta a esa pregunta—. El chico que te ha dado esto, ¿cómo era? —insistió devorada por los nervios.

—Esto... no sé... no muy alto, rubio, con traje...

—Heit —soltó de un soplido confirmando lo que ya sabía.

Lena salió corriendo de la cafetería ante la atónita mirada de sus compañeros que no acertaron ni a llamarla. Corrió en dirección al otro lado de la calle y cuando llegó lo buscó con el corazón en un puño, girando alrededor con evidente nerviosismo. Toda ella temblaba, no había cogido la chaqueta, y cosas del destino, en ese momento empezaba a nevar. Los primeros copos de nieve se arremolinaron contra su cuerpo.

—¡Heit! —gritó volviendo a oscilar la mirada de un lado a otro de la calle—. ¡Heit! —chilló con tanta fuerza que su voz se rompió, como iba a romperse la propia Lena de un momento a otro, la gente a su alrededor se detenía a mirarla—. Heit —susurró entonces, dejándose caer de rodillas al suelo, sintiendo la humedad de esa finísima capa de nieve que aún no había ni empezado a cuajar.

No escuchó los pasos a su espalda, ni la mano que se le acercaba dubitativa, no se percató de su presencia hasta que notó la calidez en su hombro y cómo susurraba su nombre en su oído.

—Dime que es mentira —suplicó Lena aún sin girarse, pero consciente de que era él, no podía ser nadie más—. Dime que es una de tus bromas, que solo es una manera más de querer torturarme, de pretender hacerme daño... Te lo suplico, dime que es toda una de tus mentiras, por favor dímelo, dímelo y te prometo que te creeré.

# JUEGOS SALVAJES: Heit

## Prólogo

Nunca se había considerado a sí mismo como alguien dependiente, uno de esos estúpidos sentimentales de los que pensaban antes con el corazón que con la razón. Eso no iba con él, al contrario, esa debilidad de los sentimientos era algo que detestaba por encima de muchas otras cosas, a priori quizás más aborrecibles... sin embargo, precisamente por ese confuso estado emocional en el que se encontraba, había permanecido en ese piso al lado de John, esperando el momento en que su amigo se derrumbara, aunque sin darse cuenta que el que estaba a punto de tocar fondo era él mismo.

Cuando esa madrugada salió del apartamento y cerró la puerta, fue cuando verdaderamente se dio cuenta que había roto las reglas de su propio juego. Esas que se había autoimpuesto años antes y le habían servido, al menos hasta entonces, para protegerse de todo lo exterior. John no se encontraba en el piso cuando se fue, y casi era mejor así, no habría tenido fuerzas suficientes para despedirse de él, tampoco habría sabido qué decirle, era bueno con las palabras, pero nunca se le habían dado bien los sentimentalismos. Había sido más sencillo dejar una nota. Y a esas horas, tras la tercera copa en ese bar de mala muerte, estaba convencido de que había hecho lo mejor para ambos, él necesitaba hundirse y John tenía que seguir con su vida y todos sus planes de futuro.

Lo había intentado, sin embargo no había podido seguir entre esas paredes. Ese apartamento, a pesar del poco tiempo que habían compartido con ella, era Lena. Cada rincón era Lena, cada recuerdo era Lena, cada color, cada olor... el rastro de su fragancia, esa que había atesorado en secreto durante meses, estaba impregnada en cada recoveco de ese hogar, convirtiéndolo en un lugar hostil y salvajemente doloroso, abruptamente insoportable.

—Otra —gruñó entre dientes, haciendo un gesto con la mano al camarero.

Adoraba que el alcohol anesthesiara su mente, le hacía verlo todo más sencillo a pesar de saber que la sencillez y él jamás iban de la mano. Tomó un trago de la nueva copa, y se giró apoyando la espalda contra la barra del bar, observando el panorama que se presentaba frente a él. Un atajo de perdedores

¿era también él uno de ellos? ¡Jamás! Puede que hubiera perdido una batalla, no obstante no había dicho la última palabra en esa guerra. Sí, se había enamorado de Lena, esa había sido su derrota, pero se alzaría con la victoria al olvidarla. Porque en su mundo no había lugar para el amor, si algo había aprendido con los años era que ese sentimiento te hacía débil, vulnerable, estúpido... solo hacía falta ver a Max para darse cuenta de ello.

A la quinta copa ya había perdido el control de sus propios pensamientos y se había perdido en el mar de confusión que había imperado todos esos meses.

Heit caminó por las empedradas calles sin rumbo fijo, tambaleándose de un lado a otro, notando cómo las lágrimas habían empezado a surcar su rostro, emborronándole aún más la visión, y en su mente solo se dibujaba un rostro, un cuerpo, unos labios, unos besos... esos besos, los únicos besos... jamás habría otros y esa certeza le laceraba el corazón.

Era ya de madrugada, sin embargo a pesar de eso hacía mucho calor, un bochorno de esos que se pegaban al cuerpo y no te dejaban apenas respirar. No le gustaba el verano, aborrecía el otoño, odiaba el invierno y la primavera era la estación favorita de Lena, y no sabía cómo podía saber eso, pero lo sabía.

Llegó con paso inseguro a ese apartamento, miró hacia una de las ventanas, aunque no vio luz. Nunca había pasado del portal, pero la necesidad imperiosa de borrar ese rostro y ese cuerpo que tanto dolor le provocaban lo empujó a ascender esos escalones. Golpeó la puerta con ambas manos, con la urgencia de que se abriera y poder dar rienda suelta a sus necesidades, que no eran otras que las de desdibujar esa mujer con otra, de borrar los besos de Lena con otros labios, desintoxicar su cuerpo de caricias con otras manos. Siguió aporreando la madera hasta que escuchó pasos al otro lado, las lágrimas no habían dejado de brotar de sus ojos y se maldecía por eso «los hombres jamás lloran» le había dicho su padre entre un golpe y otro, «los hombres jamás se lamentan, nunca muestran su debilidad, los hombres son fuertes y toman aquello que desean cuando lo desean»

Y la puerta se abrió.

—¿Se puede saber...! ¿Heit?

La visión del cuerpo semi desnudo de Elisa terminó de obnubilar su razón, si es que quedaba resquicio alguno de ella. Se abalanzó sobre esa bella mujer, haciendo que al tropezar cayera contra la pared de enfrente. La puerta seguía abierta, o no, no lo sabía, tampoco le importaba, solo la necesidad de que otras manos borrarán el rastro de las manos de Lena sobre su piel.

—¡Heit! —exclamó ella sorprendida e intentando empujarlo—. ¿Qué haces? ¡Para! ¿Te has vuelto loco?

Pero Heit estaba fuera de sí, sus manos empezaron a recorrer los muslos de Elisa, intentando alcanzar la goma de la ropa interior para poder deshacerse de ella. Un aroma rancio impregnaba la escena, era el olor a culpabilidad y alcohol.

—¡Basta! —exigió Elisa, rompiendo a llorar presa del miedo y desconcierto.

—Eres puta ¿no? —balbuceó casi inteligible Heit, y metiendo la mano en el bolsillo sacó un fajo de billetes que arrojó sin miramientos sobre Elisa, que debido al forcejeo ya estaba casi tendida en el suelo con él encima suyo—. Yo pago, tú follas...

—¡No! —gritó ella intentando apartarlo cuando sintió las manos de Heit bajo su ropa interior—. ¡Quieto Heit!

—¿Es que mi dinero no te vale? —gruñó batallando para lograr abrirle las piernas—. Tienes que hacerlo Elisa, solo tú puedes hacerlo, tienes que hacerlo... bórrala... bórrala de mi mente... —repitió roto de dolor.

Antes de que Heit consiguiera hundirse en el interior de ella, Elisa logró zafarse de su agarre, que había perdido fuerza cuando el llanto había ganado en intensidad, y una vez liberada del peso de su cuerpo consiguió golpearlo con la rodilla, haciendo que Heit se doblara sobre sí mismo soltando un alarido de dolor dejándose caer definitivamente al suelo.

—¿Mami? —una voz infantil descubrió la escena desde el otro lado del pasillo.

—No pasa nada Roy —respondió Elisa enjuagándose las lágrimas e intentando sonreír al pequeño—, vete a la cama cariño, no pasa nada...

—Pero...

—Roy, a la cama —dijo tragándose las lágrimas y mirando severamente a su hijo.

El niño dudó un instante, pero obedeció a su madre desapareciendo por donde había venido. Elisa miró a Heit, aún tirado en el suelo, se recompuso como pudo la ropa, pasó las manos por las mejillas retirando los últimos restos de lágrimas y miedo, y se agachó al lado de su amigo. Dudó un instante antes de acariciar su pelo, parecía tan vulnerable, que no parecía el mismo chico que se movía por el local de *Striptease* como si fuese el dueño del mundo.

—Tranquilo Heit, no ha pasado nada —susurró con cautela.

—Lo siento... —sollozó él—. Perdona... yo... —se incorporó para enfrentar, con mirada arrepentida, los oscuros ojos de Elisa.

—Eres un gilipollas —espetó ella tirando de su mano, para terminar de ayudarlo en la difícil tarea de ponerse en pie, y cuando lo hizo el sonido de su mano contra la cara de Heit rompió el aparente silencio. Él no dijo nada, encajó el merecido golpe y agachó la mirada al suelo, pero sintió como la mejilla empezaba a escocerle—. No soy una puta —su voz sonó con gran convicción—. Prepararé el sofá.

—Gracias —susurró Heit siguiéndola, lastrando su ánimo al interior del piso.

# Agradecimientos

Aquí me encuentro de nuevo frente al ordenador, con ganas de agradecer todo lo bueno que me habéis aportado estos últimos meses.

Esta vez serán unos agradecimientos más cortitos, no porque tenga menos que agradecer, ¡al contrario! Si *Juegos Salvajes: Lena*, me llenó de alegrías, *Juegos Salvajes: Max* no se ha quedado atrás.

Gracias a las chicas de la lectura conjunta de Max, que al final ni hemos comentado la novela, pero se ha establecido un vínculo muy bonito y se han convertido en esas personas a las que consultar, con las que me río, me divierto, me apasiono, me enfado... Espero que encontréis entre estas páginas, algunos guiños de nuestras conversaciones y que os hagan sonreír. María Elena Ayala, Fontcalda Alcoverro, Zaraida Méndez, Olga LB, Niyireth Urrea, Cristina Gpe, Paqui Medina, Vicky B F Fcc, Iratxe Ortiz, María Ribas... No sé como daros las gracias, bueno sí lo sé: **¡Gracias de todo corazón!**

A Nani Mesa por ofrecerme la posibilidad de asistir a mi primer encuentro de romántica, aunque me apena no poder estar, sin embargo me alegra que haya pensado en mí.

A Mariluz Aquino, Beatriz Ponsier, Karla CA, Nesly Lugo, Cin Castro, Silvia Azzolín, Esther Gcía, Marina Fort, Marta Sedano, Tammy Mendoza, Neneta Nin, Mariluz Aquino, Bella Hayes, Maite... Sois muchas y espero no olvidarme de nadie, gracias por leerme, aunque sobre todo por querer compartir conmigo vuestras impresiones.

Como siempre gracias a los grupos de lectura por ofrecerme ese pequeño espacio en el que moverme y darme a conocer, gracias a Divinas Lectoras y en especial a Cecilia, por ser un sol y siempre tan amable y cercana. Gracias a las Tertulianas Eróticas, por tener uno de los grupos de Facebook más dinámicos que he visto, pero sobre todo a Lorena De la fuente, por romper sus propias reglas por mí, por la charla y sus palabras. Gracias a Begoña Medina,

RM Madera e Ivonne Vivier, grandes escritoras y administradoras de El baúl de lectores y escritores.

Y no podía faltar un: **Gracias a ti lector**, que solo con leerme has logrado que estos personajes cobren vida y puedan seguir adelante con sus historias.

A todos vosotros, espero que disfrutéis y sufráis con John...

Nos vemos muy pronto en la historia de Heit.

# Lena Wolf